



1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926

1927

1928

1929

1930

1931

1932

1933

1934

1935

1936

1937

1938

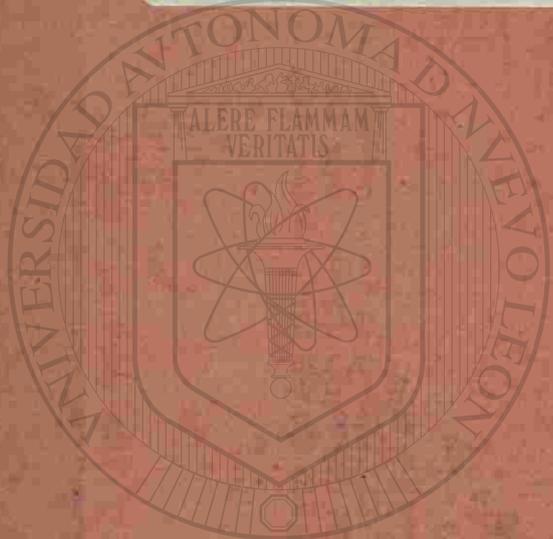
1939

1940

PO4683

A3

A48



UANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO GONZÁLEZ



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AMOR Y GIMNÁSTICA

POR

EDMUNDO DE AMICIS

U A N L

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor A 5120  
Núm. Ed. 20  
Procedencia 310-8  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificación \_\_\_\_\_  
Catalogó 29

®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS,**

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ITALIANO

POR H. GINER DE LOS RÍOS

- 1.—1870-71.—*Recuerdos*, 3 pesetas.  
2.—*La vida militar.—Bocetos*, (Primera serie), 3.  
3.—*La vida militar.—Nuevos bocetos*, (2.<sup>a</sup> serie), 3.  
4.—*Páginas sueltas*, 3.  
5.—*Retratos literarios*, 3.  
6.—*España*, 3,50.  
7.—*Efectos psicológicos del vino*. (Conferencia), 1.  
8 y 9.—*Italia*. Dos tomos, 6.  
10, 11 y 12.—*Los amigos*. Tres tomos, 9.  
13.—*Poesías*, traducidas en verso castellano, 3,50.  
14.—*Turin, Londres y París*, 2,50.  
15.—*Impresiones de América*, acuarelas y dibujos, 3.  
16.—*Ideas sobre el rostro y el lenguaje y pruebas fotográficas*. (Con 4 fotograbados de Laporta), 3.  
17.—*En el Océano*. Viaje á la Argentina (con una carta prólogo del autor y su retrato), 4.  
18.—*Dos dramas de escuela*, 4.  
19.—*Amor y Gimnástica, La Cuestión Social, etc.*, 4.  
*Constantinopla*. Dos tomos, 5.  
*Novelas*, 3.  
*Corazón (Cuore)*. Diario de un niño, con prólogo de *Fernanflor*, 3,50.  
*Holanda* (En colab. con Muñiz Carro), 4.  
*Los amigos*, (nueva edición ilustrada), un tomo.

EDMUNDO DE AMICIS

**AMOR Y GIMNÁSTICA**

LA CUESTIÓN SOCIAL

GARIBALDI Y OTROS TRABAJOS

— Versión castellana. —



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO X EL SABIO"  
1040. LOS MONTECINOS. MEXICO

MADRID

Sáenz de Jubera, Hermanos, Editores

10—CAMPOMANES—10

1892

98014

31050

C  
850

A.



ALERE F. FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Propiedad de los Editores. Queda hecho el depósito que la ley.  
**CAPILLA ALFONSO REYLA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

PQ 4683  
A3  
A48

AMOR Y GIMNÁSTICA

UANL

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYLA"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

EN la esquina de la calle de los Mercaderes el secretario dió un profundo sombrero al ingeniero Ginoni, que le correspondió con su acostumbrado: —¡Buenos días, querido secretario!—y tomó luego por la calle de San Francisco de Asís para volver á su casa. Eran las nueve y veinte minutos: estaba casi seguro de encontrar por las escaleras á quien deseaba ver.

Á diez pasos de la puerta tropezó en la acera con el bigotudo maestro de gimnasia Fassi, que estaba leyendo pruebas de imprenta: se detuvo éste, y enseñándole los papeles, dijo que estaba repasando las de un artículo sobre la barra fija de la maestra Pedani, destinado á *La Nueva Liza*, periódico de gimnasia, del que era uno de los principales redactores.

—Es justo—añadió—lo que dice. No tengo que hacer más que retocarle un poco, aquí y allá. ¡Ah! esa es una verdadera maestra de gimnasia. No digo para escribir: cada uno tiene sus facultades. Y además... en la gimnasia, como ciencia, el cerebro de una mujer no puede profundizar ¡ya se sabe! Pero como ejecutante, no hay otra. Es verdad que la madre naturaleza la ha fabricado para esto: le ha dado las proporciones más perfectas que jamás he visto, en su esqueleto, una caja torácica que es una maravilla. Ayer precisamente la estaba observando al hacer la rotación del busto como experiencia. Tiene la flexibilidad de una niña de diez años. ¡Que me vengan á decir esos señores estéticos que la gimnasia deforma al bello sexo! Esa maneja los aparatos como un hombre, y tiene el brazo más bonito de mujer... ¡si usted lo viera desnudo!... le aseguro que nadie ha podido ver nada comparable bajo el sol. Para servir á usted.

Así cortaba él bruscamente toda conversación para imitar al célebre Bauman, el gran gimnasiarca, como él lo llamaba, que era su Dios. El secretario se quedó pensativo.

Este feroz maestro Passi, sin saberlo, le estaba atormentando hacia ya tiempo con

todas estas noticias descriptivas sobre las fuerzas y las bellezas de la maestra, en la que ya él por su parte pensaba demasiado. Ahora las dos imágenes del busto que daba vueltas y del brazo desnudo, aumentaron la agitación con que se encaminaba siempre hacia la escalera en el momento en que esperaba encontrar en ella á su vecina.

Subió los primeros peldaños con paso lento y suave con el oído alerta, y cuando llegó al primer descansillo, al oír el roce de los pies en el piso de arriba, la sangre se le agolpó á la cabeza. Eran la maestra Pedani y la maestra Zibelli que bajaban juntas como siempre, para ir á la escuela. Él reconoció la voz de contralto de la primera.

Cuando estuvieron frente á frente á la mitad del segundo tramo de escalera, el secretario se paró, quitándose el sombrero, y en vez de mirar á la Pedani, dominado por la timidez, miró, como solía hacer otras veces, á su compañera; ésta creyó una vez más que ella era la causa de su turtación, y le animó con una amable sonrisa. Y sostuvieron uno de los diálogos estúpidos y manoseados de tales ocasiones.

—¡Qué pronto van ustedes á la escuela!— balbuceó él.

—No es tan temprano—contestó con voz melosa la maestra Libelli;—van á dar en seguida las ocho y tres cuartos.

—Creí... que no serían más que las ocho y media.

—Nuestros relojes van mejor que el de usted.

—Puede ser. ¡Hay una niebla hoy!

—La niebla precede al buen tiempo.

—A veces... quizá ocurra hoy esto. Y... ¡hasta la vista!

—Adiós.

—Adiós.

Desde lo alto de la escalera, el secretario se volvió rápidamente, y aun llegó á tiempo de lanzar una mirada arrebatadora á la hermosa espalda y al brazo poderoso de la Pedani, en el instante que la Libelli, sin que su amiga lo advirtiese, se volvía á mirarlo con cara sonriente.

Entonces él tomó una resolución. No, no era posible que continuase de aquella manera, haciendo el papel estúpido que había hecho delante de ella; esto le daba el último empujoncillo. No podía seguir más adelante con aquel deseo atormentador en el cuerpo, exacerbado todos los días por encuentros como este, en que ni siquiera lograba el gus-

to de mirarla. Estaba decidido: mandaría la carta que hacía una semana tenía sobre la mesa: quería una sentencia de vida ó de muerte.

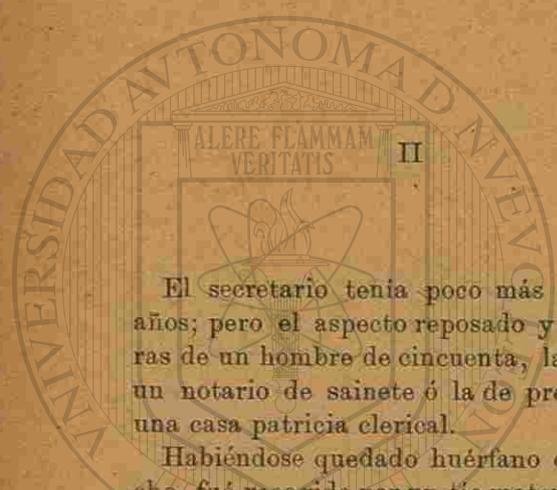
Al llegar al segundo piso, abrió la puerta con aire resuelto y se fué derecho al cuarto de su tío, el comendador Celzani, amo de la casa, para entregarle las rentas de otra casa suya de Vanchiglia, é irse en seguida á leer, por última vez, la carta que debía decidir de su destino. Pero á un paso de la puerta, oyendo que hablaban dos personas en la habitación, se detuvo, y mirando por el ojo de la llave, vió en compañía del amo un hombre pequeño y gordísimo, con ancha cara imberbe y rugosa como de niño envejecido é inflado, á quien conocía de tiempo atrás. Era el director general de las escuelas municipales, que pasando todos los días por la calle de San Francisco para ir á la oficina, de vez en cuando subía á saludar al comendador Celzani con quien tenía íntima amistad hacía ocho años, desde cuando aquél había sido asesor suplente de instrucción pública. Sin embargo, como desde que guardaba en su pecho el secreto de aquella pasión, el secretario desconfiaba de todos, se puso á escuchar á la puerta, sospechando

que hablasen de él. En seguida se tranquilizó oyendo que el director hablaba, según su costumbre, de las grandes y delicadas dificultades de su propio cargo, por lo que á la inspección de las maestras se refiere.

—Usted comprende bien—decía con voz asmática y lenta—van á dar lecciones á familias nobles, tienen conocimientos entre los diputados y senadores, algunas tienen relación con altos empleados del Ministerio. Hay que ir despacio. A veces están apoyadas por gentes de la Casa Real. Y en un abrir y cerrar de ojos se alza un enjambre. Es un cargo, como usted sabe bien, que requiere un tacto, una delicadeza... que pocos tienen. Se trata de hacer marchar á una familia de doscientas cincuenta á trescientas, entre señoritas jóvenes y maduras, casadas y viudas, procedentes de todas las clases sociales, y con ellas un cuerpo de directoras que... mucho más cómodo sería tener que habérselas con las treinta princesas de la casa Hohenzollern. Figúrese los quebraderos de cabeza que me dará entre amores, enfermedades, matrimonios, lunas de miel, exámenes, puerperios, rivalidades, diferencias con sus superiores y padres... Créame usted, que á veces, me daría de cabezadas contra la pared.

Y así iba hablando en términos generales. El secretario, completamente tranquilizado, se apartó de allí dispuesto á esperar. En cuanto el director salió, entró él á ver al tío, que aun estaba sentado en la poltrona, envuelto en su bata, con sus graves y dulces ojos azules fijos en el techo, como absorto en contemplaciones celestiales, y después de darle cuenta de sus gestiones, le puso sobre la mesa los billetes de Banco.

Él se limitó á hacer un signo de aprobación, con su hermosa cabeza blanca, sin decir palabra, como era su costumbre, y volviendo nuevamente los ojos al cielo, se puso á pensar. Fuese entonces el secretario de puntillas, entró en su cuarto, sacó de un cajón cerrado con llave una carta escrita por las cuatro carillas con perfecta caligrafía, volvió á leerla con atención profunda, la puso de nuevo en el sobre con sumo cuidado, pególe el sello correspondiente, salió de casa sin hacer ruido, y en la esquina de su calle, después de quedarse algo indeciso con el brazo levantado delante del buzón, dejó caer su carta. Dió un profundo y largo suspiro. La suerte estaba echada. Ya no cabía más que echarse en brazos de la Providencia.



El secretario tenía poco más de treinta años; pero el aspecto reposado y las maneras de un hombre de cincuenta, la figura de un notario de sainete ó la de preceptor de una casa patricia clerical.

Habiéndose quedado huérfano de muchacho, fué recogido por un tío materno, párroco de un pueblo, que primero le metió en la sacristía y luego le dió una plaza en el Seminario para hacerle cura; pero, muerto el párroco, que le dejó un modesto peculio, le sacó del Seminario llevándose consigo su tío Celzani, viudo sin hijos, para hacerlo su administrador ó secretario y capataz: oficios en los cuales ponía él una probidad y un celo verdaderamente ejemplares. Iba á la iglesia, frecuentaba el trato de los curas; y de cura le habían quedado ciertos movimientos y actitudes, como la de tener casi siempre una

mano apretada contra otra sobre el pecho, la aversión á los bigotes y á la barba, y la costumbre de vestir todo de obscuro; no era beato, sin embargo, y se vanagloriaba, sin mentir, de ser patriota y liberal.

No obstante esto, por sus trazas todos los inquilinos de la casa le llamaban hacia años por burla, *Don Celzani* (\*). Y á pesar de esta sombra ligera de ridículo, le estimaban y le querían bien porque era cortés y servicial, y tímidamente respetuoso con todo el mundo, siempre igual; desahogándose, cuando su paciencia se ponía á prueba, con esta única exclamación, la más áspera de su repertorio: —¡*Gran Dios!*— que lanzaba levantando los ojos al cielo y estirando los brazos, en actitud de invocación.

Había en él, sin embargo, un lado de su naturaleza que nadie había conocido nunca.

Bajo aquel aspecto reposado de clérigo disfrazado, se ocultaba un temperamento físico ardiente, una fuerte sensualidad contenida, no tanto por hipocresía, como por timidez, por sentimiento de decoro y dis-

(\*) Sabido es que en Italia se llama *Don* á los sacerdotes, colocando el tratamiento delante del apellido.

mulada generalmente por su actitud de profunda meditación.

Al ver por la calle aquel hombre vestido de negro, algo encorvado, con sus cabellos oscuros y lacios, con el semblante liso, con dos ojos tan pequeños que cuando sonreía desaparecían por completo, con una nariz larga y delgada de asceta, con el andar menudo que parecía estudiado y siempre con la vista hacia tierra, á diez pasos, delante de sí, nadie llegaría á pensar que pudiese escapar á su mirada ni un pieccecito descubierto al montar en un coche, ni una fotografía libre puesta en un escaparate, ni una pareja de amantes apretados en el hueco de una puerta, ni nada, en suma, que pudiera excitar los sentidos. Un observador no hubiera podido reconocer su temperamento más que en la gran boca movable, que parecía formada de dos sierpecillas bermejas, y en ciertas oleadas de sangre que al cruzar ciertos pensamientos le coloreaban por un instante el cuello y la cara. Á la verdad que el alma cándida de su tío el cura, no hubiera podido seguirle en todos sus pasos; mas su conducta era tan dignamente prudente, que ni el que conociese mejor sus hábitos, podría descubrir nada que hiciera sospechar que

bajo tal aspecto, no era lo que parecía. Por lo demás, él era una de esas naturalezas no vulgares en su sensualidad, que no se abandonan al vicio, porque no se apagan en él sus deseos, ni pueden satisfacerlos más que en la posesión única, segura y honrada, y no exenta de afecto; naturalezas, mejor que sensiblemente sensuales, amorosas, que esperan y buscan, que sin gran esfuerzo se enfrenan si no encuentran encarnado el ideal físico y moral que guarda su mente; con lo cual son quizá más difíciles de contentar que otros hombres fríos y refinados, á quienes no ofusca el humo de la pasión.

## III

Ahora bien; él había encontrado este ideal en la maestra Pedani, que hacía tres meses, (allá á principios de Diciembre) había venido á vivir con su colega la Zibelli en un cuartito del tercer piso de aquella casa, frente á la puerta del maestro Fassi, quien la había traído allí para asegurarse mejor su preciosa cooperación en *La Nueva Liza*.

Aquella alta y robusta joven de veintisiete años "ancha de espaldas y estrecha de cintura," modelada como una estatua, que por todos los poros de su cuerpo respiraba salud y fuerza, y que hubiera sido bellísima si no le hubiese tocado una naricilla sin concluir, una expresión en el rostro y un andar quizá demasiado varoniles, le había hecho, desde su primera aparición, el efecto de una persona, por mucho tiempo deseada y esperada.

Era el tipo que había acariciado en sus

sueños ardientes de seminarista, la figura que había entrevisto confusamente en toda su fogosa juventud.

La primera vez que subió á su casa á recoger el alquiler anticipado del trimestre, no había podido contar los billetes de á cinco que le fué poniendo en fila sobre la mesa.

Desde aquel día la pasión fué creciendo á oleadas. Y en cuanto llegó á comprender, por su apostura, el carácter vigoroso y tranquilo, refractario á todo género de coquetearias, hasta el punto de que le pasaba inadvertido el efecto producido por su propia persona, y no daba esperanza alguna ni de ligerezas ni de caprichos, el pensamiento de él fué derecho y resueltamente hacia el matrimonio, como el único modo posible de conseguir la satisfacción de sus deseos.

No obstante su ardor, por lo demás, preveía las dificultades que su tío opondría racionalmente á su matrimonio con una maestra, sola y sin fortuna. Pero le hacía esperar en parte que el *no* no fuera absoluto, el hecho de una pasión singular que habíase encendido en el alma del comendador, la única que él le conocía: un espíritu activísimo de propaganda en favor de la gimnástica educativa, y que él había promovido de to-

dos los modos posibles durante su breve vice-asesorato de la instrucción; de cuya propaganda desistió luego, pero guardando una viva y constante simpatía por todos los espectáculos gimnásticos de escuelas, colegios, institutos, academias y exámenes, de los cuales no perdía ni uno solo, siendo invitado á todos como uno de los primeros y más beneméritos fundadores de la Palestra de Turín.

Precisamente era esta simpatía por la gimnástica lo que le había hecho reducir en una tercera parte el alquiler de un tercer piso al maestro Fassi, conocido de él en la Palestra muchos años hacía, y otorgar el mismo favor á la señorita Pedani, maestra de gimnasia en varios establecimientos, conocida por su valentía para la enseñanza y por sus articulillos animados en los periódicos técnicos.

El secretario pensaba que el mismo sentimiento que le había hecho reducir el alquiler á la inquilina, le haría disminuir la oposición á la esposa.

Por este lado pues, no estaba la dificultad más terrible. La más terrible era la de arriesgarse á declarar abiertamente su pasión á ella: á lo cual se había opuesto for-

midablemente por tres meses su timidez invencible, motivada sobre todo por la consideración de la gran inferioridad que él reconocía en sí, respecto á la maestra, bajo el punto de vista de los méritos exteriores de la persona.

Llevaba tres meses, en que conociendo con toda precisión el horario de todas sus lecciones, se ingeniaba todos los días y á todas horas para salir y volver á casa precisamente cuando podía encontrarla en la escalera y abrirle el corazón; cien veces la había encontrado, sin haber podido dirigirle sino las más banales é insípidas palabras. Y de nada le servía preparar primero la frase, tragarse luego dos copitas de Caluso ó buscar el valor en el sentimiento de la honradez de sus fines: cuando se encontraba frente á frente de aquella alta y fuerte muchacha, bien estuviera en el peldaño de más arriba ó en el de más abajo, le parecía siempre dominado como por una figura colosal; todo su ficticio ardimiento caía por tierra sin que las más de las veces osase ni apartar la vista de su bonita cintura ó de levantarla desde sus estupendos hombros á su rostro. No había logrado quizá, ni hacerle adivinar su propia pasión; tan tranquila y siempre igual se

mostraba ella en su desenvoltura de jovenzuelo al saludarlo y conversar con él.

Así vivía rumiando su amor, añadiendo cada día la excitación de una nueva imagen á una interminable colección de actitudes, de timbres de voz, de movimientos, de gracias que él tenía en su cabeza y á los cuales pasaba revista de continuo, meditando sobre cada uno de ellos y saboreándolos con una voluptuosidad y con un tormento creciente que no le daban punto de reposo.

Por último, no pudiendo ya resistir más, le había escrito aquella carta.

## IV

La casa se prestaba á los manejos y secretos de una pasión amorosa.

Era una de las casas más viejas de Turín, un antiguo convento, según decían; sin buhardillas, sin terrazas sobre el patio, con dos únicas escaleras mal iluminadas: en cada una de estas no daban sino las puertas de seis cuartos, en su mayor parte pequeños y habitados todos por gente tranquila.

En la escalera del dueño de la casa, en el primer piso, habitaba el ingeniero Ginoni, con su familia, con la que sostenía relaciones la Pedani por haber sido maestra elemental de una de las hijas, que á la sazón era alumna de la escuela "Margarita". En el mismo piso vivían dos hermanas viejas bien acomodadas, entregadas en cuerpo y alma á la iglesia, escrupulosas hasta el punto de que jamás levantaban la vista para mirar á un hombre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES  
CALLE CHOLUL  
C. P. 45100  
SAN ANTONIO DE LOS RIOS, NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

á la cara y buenísimas en el fondo; éstas en un principio saludaban cortesmente á la Pedani, y luego dejaron de hacerlo porque llegaron á saber por los criados que aquella asistía á un curso de anatomía y fisiología aplicadas á la gimnasia, que daba el doctor Gamba.

En el piso segundo y frente al comendador, vivía un viejo caballero, Borsetti, propietario, con su mujer siempre enferma, que jamás salía de casa; hombre correctísimo, que alguna vez acompañaba á la Pedani al subir la escalera, hablándole de sus males.

El piso tercero era todo él escolástico y gimnástico, y los dos cuartos, por la vida que en ellos se hacía, eran sin duda los más originales de la casa: principalmente el de las maestras, por las grandes diferencias que entre ellas había por la índole y por la vida respectiva y que hacía parecer extraño que ellas se hubieran decidido á vivir juntas.

La Zibelli tenía treinta y seis años, y en su físico era también el polo opuesto de su amiga. Alta, pero flaca y estrecha de pecho; fisonomía bonitilla, pero demasiado menuda y ya ajada: no tenía mas que los contornos aparentes de un cuerpo bien formado, gracias al gusto con que se vestía; y por la ma-

nera peculiar de echar el paso se comprendía que sus rodillas eran amigas demasiado intrínsecas.

Debió haber sido una jovencilla muy simpática, con cabellos castaños hermosísimos: su gloria era haber enamorado en la escuela "Domenico Berti," á un joven profesor de física, quien se ponía encendido al preguntarle; pero esta gloria era ya antigua, y los cabellos se habían encanecido.

Las amarguras de su larga vida de soltera, para la que no había nacido, habíanle producido dos ásperas arrugas en los ángulos de la boca, y no se qué de torvo en los ojos, que revelaba un alma contrariada.

El fondo se había conservado bueno, á pesar de los pesares; pero el humor irritable y voluble lo estropeaba todo. Hizo amistad con la Pedani desde que ésta entró en su misma sección municipal, por quien se interesó inmediatamente con simpatía de hermana mayor, por aquella guapa muchacha olvidada de sí misma y de las cosas domésticas, con la cual tenía de común el entusiasmo por la gimnasia; y se había unido aun más con ella para sofocar con el afecto un principio de celos y de envidia que sentía por su opulenta belleza. Por esto precisamente le había

propuesto vivir juntas, como lo realizaron desde hacía dos años.

Según creció la familiaridad se fué turbando poco á poco la buena armonía.

La primera discordia nació el año anterior, con ocasión del gran congreso gimnástico de Turín, en el que determinándose la división entre las dos escuelas de Oberman y de Bauman, la Pedani se había arrojado resueltamente en la segunda que era más radical, y la otra se quedó, como lo exigía la índole suya más femenina, en la primera.

Después surgieron otros disentimientos por causas más graves.

La Zibelli se enamoraba á cada paso, con una increíble facilidad, y se creía correspondida por sólo una mirada, por una frase cortés ó equívoca, por la más sencilla atención de un maestro, de un superior, de un pariente, de alguna alumna suya; y siempre en estos accesos súbitos de la fantasía, encontraba ó le parecía ver surgir entre sí y el supuesto amante á su hermosa amiga, para apartar la atención de él, hacia su persona, atrayéndola sobre sí propia, involuntariamente desde luego, pero siempre con gran desesperación de su parte.

Sobrevenían entonces periodos desagrada-

bles, durante los cuales ella no podía soportar nada y se enredaba en cuestiones interminables por una palmatoria que no estaba en su sitio, ó porque se levantaba demasiado temprano, ó porque la hacía esperar á la mesa medio minuto, por todos los más fútiles pretextos, en suma; y más irritada todavía porque no encontraba su rabia donde hacer presa en aquella alma sana, en un cuerpo sano también, en el que circulaba la vida rápida y entusiasta, y en que la labor continua y alegre no parecía dejar sensibilidad alguna para los choques menudos y los pequeños disgustos de la vida doméstica. Luego la Zibelli se encaprichaba de otro, y mientras la ilusión duraba, volvía con ella á la amistad expansiva y protectora de los primeros días, cuidándose de su vestido, divirtiéndose con su desorden, complaciéndose casi de la admiración con que las gentes la miraban.

Sino que según iban sucediéndose las desilusiones, como ella creía, por causa suya, las manifestaciones de su acrimonia se iban haciendo más fuertes cada vez y duraban más tiempo. Cuando se encontraba en uno de estos periodos, no la acompañaba para ir á la escuela, murmuraba de ella con los vecinos, se pasaba los días enteros sin despe-

gar los labios ó la contradecía ferozmente de la mañana á la noche, pero sin lograr encolerizar á la compañera.

En las discusiones, su amiga le daba la razón cuando la tenía, discutía con parsimonia en el caso contrario, sin dar importancia mas que al fondo de la cosa, y cuando la Zibelli estaba de hocico, se contentaba con mirarla de vez en cuando, como con curiosidad, seguía haciendo sus cosas con naturalidad grandísima, inmutable en su varonil amistad, sin ternuras ni chillidos, no dando mucho pero también pretendiendo poco.

El último rompimiento tuvo lugar por causa del maestro Fassi que había inspirado á la Zibelli una ardiente simpatía, y cuyas continuas conferencias con la Pedani, á propósito de la gimnasia, la enfurecían acerbamente; y hubiera llevado entonces á la práctica, su propósito de otras muchas veces, de plantear la crisis, si la fuerza de la costumbre, un resto de bondad y el no tener ningún otro motivo que confesar á las gentes, no la hubieran detenido. Más que todo esto sirvió á detenerla, sin embargo, la persuasión de que el *secretario* estaba enamorado de ella.

Y no solamente se quedó, sino que renacieron para su amiga las ternezas de antes.

## V

Ni aún en esto había parado mientes la Pedani.

Ésta vivía de un solo pensamiento: la gimnasia; no por ambición ni por pasatiempo, sino por convicción profunda de que la gimnasia educativa, difundida y practicada como ella y otros la entendían, hubiera sido la regeneración del mundo. La predilección por esta enseñanza tenía su principal motivo en el carácter varonil contrario á toda blandura y molicie en la educación, tanto que en las composiciones de las alumnas borraba inexorablemente todos los diminutivos y no toleraba ni los nombres de pila más usuales, consagrados por el martirologio.

Después del impulso que el ministro Desanetis dió á la gimnasia, y de la poderosa propaganda de Bauman, llegó á constituir en ella una verdadera pasión que le conquistó cierta notoriedad en el mundo escolar de

Turin. Además de enseñar gimnasia en la sección de mujeres "Monviso," donde era también maestra, enseñaba en la escuela, "Margarita," en el "Instituto de las hijas de los militares," en el "Instituto del Socorro," y á las niñas de los socios de la Palestra, dando sobre todo á la enseñanza el impulso vigoroso del propio entusiasmo.

Ciertamente parecía nacida para aquella única cosa. No solo conseguía ejecutar bien, por gusto suyo, los más difíciles ejercicios varoniles en la barra fija y en las paralelas, sino que con el estudio había logrado dominar de un modo insuperable la teoría; admiraba á todos los inteligentes, por la rara prontitud en la variación de los ejercicios, de los cuales había hecho en su cabeza, racionalmente, innumerables combinaciones; por el singular vigor en el mando, obteniendo movimientos prontos, fáciles y simultáneos; por el golpe de ojo agudísimo al cual no se escapaba ni la más pequeña irregularidad en las posturas y movimientos de las más nutridas filas de alumnos.

En la presente ocasión seguía un curso de anatomía en la Palestra; otro había frecuentado ya hacia dos años, con gran aprovechamiento, ampliando sus ideas con muchas

lecturas; de modo que podía fundar y regular su enseñanza, sobre un conocimiento más que mediano del organismo humano y de la higiene.

Al primer golpe de vista reconocía si una muchacha tenía aptitud ó no para la gimnasia, examinaba los cuerpos mal conformados, encontraba las espaldas asimétricas, el pecho jiboso, los abdómenes prominentes, las piernas torcidas y trataba de corregir cada uno de estos defectos con una clase especial de ejercicios adecuados.

Á esto se dedicaba con un celo maternal; se esforzaba por persuadir á las madres de la eficacia de su método cuando luchaban obstinadamente; hacia una guerra implacable á las cinturas demasiado apretadas y á los vestidos excesivamente ceñidos; tenía un cuadro de la estatura y del peso de ciertas alumnas para asegurarse de los efectos de su cuidado; se había comprado á sus expensas un dinamómetro para medir la fuerza; hacia ahorrillos para poderse procurar un aparato medidor de la capacidad pulmonar; hubiese querido que se inventaran mecanismos para graduar la belleza del porte, la destreza, el poder de equilibrio, todo.

Y á más de sus lecciones, se ocupaba en

problemas técnicos especiales, seguía las tareas de los varios congresos regionales de maestros de gimnasia, registrando sus deliberaciones, leía todas las obras extranjeras traducidas que llegaban á sus manos, y no perdía ni un número de los diez periódicos de gimnasia que se publican en Italia, de algunos de los cuales era corresponsal. Uno de sus artículos sobre la *utilidad práctica del salto*, escrito con donaire y con fuerza de argumentación, había despertado la admiración del maestro Fassi, dando ocasión para que trabasen amistad, la cual por lo demás, era de parte del maestro algo interesada, puesto que lleno de ideas, creía, y de conocimientos en su ciencia, faltábale por completo el estilo, como al *Mariscal* de Emilio Augier, y un poquito también de gramática; y la Pedani proveía admirablemente á su deficiencia, convirtiendo sus apuntes en artículos á los cuales él ponía con mano franca su propia firma. Pero la Pedani, que no escribía por la gloria, no se cuidaba de ello.

Completamente dedicada á sus escuelas, todo el día en movimiento por los cuatro ángulos de Turin, sentada á su mesa de estudio cuando terminaba sus lecciones, ocupada ella sola en experiencias gimnásticas

cuando no estudiaba en los libros, era infatigable en su apostolado por la regeneración física de la raza, sin notar siquiera, ni las miradas que de todos lados se arrollaban á su hermosísimo cuerpo, ni las envidias y los celos que suscitaba. Tanto, que quien la conocía de cerca considerábala como una naturaleza de mujer misteriosa, refractaria al amor y casi privada de instinto sexual; y el ingeniero Ginoni, quien tenía gusto en bromear con ella, la llamaba *la vulneradora invulnerable*. Y ella por su parte, parecía justificar esta idea con el poquísimo cuidado que ponía en el vestido, como no fuera por pulcritud.

Un día salía con el sombrero puesto atravesado; otro con el abrigo desabrochado ó con calzado de casa, andaba á pasos demasiado largos, dejaba escapar de su voz varonil notas que hacían volver la cabeza á las gentes sorprendidas, y pronunciaba una erre cuadruplicada que semejaba al ruido estridente de una rana. Pero en vano... todos estos defectos, y hasta las naricillas sin acabar, desaparecían en medio de la belleza poderosa y triunfal de su juvenil cuerpo de guerrera.

## VI

Ella y la Zibelli, tenían una criada para las dos, y una habitación que hacía de sala común. A un lado de ésta se encontraba el cuarto de la Pedani, y en el opuesto el de su amiga, muy diferentes, tanto como la indole de las personas. El de la Zibelli estaba puesto con mucho orden, adornado de cuadritos al pastel pintados por ella en otro tiempo, y de una profusión de labores de gancho y de encaje, de flores artificiales de papel y de cuero, de pantallos, de guarniciones, de mendencias, hechas todas por su mano; entre otras cosas, unos estantitos cubiertos con cortinillas bordadas, en los que andaban mezclados los libros de texto con algunas novelas francesas; porque, según la luna, ó bien se encerraba rigidamente en la escuela y en la pedagogía como un claustro intelectual, para olvidarse del mundo y sus tentaciones,

ó se entregaba en cuerpo y alma á las lecturas de fantasía.

En el cuarto de la Pedani, al contrario, había siempre la confusión de una prendería: vestidos por aquí, blusas de gimnasia con rayas negras, colgadas en clavos; en un rincón, un bastón Jäger, dos pares de pesas bajo el lecho, alpargatas al pié del armario, y esparcidos por todos lados números de *La Nueva Liza*, de *El Campo de Marte*, de *La Palestra de Padua*, de *El Gimnasta Belga* y otros periódicos de la misma familia. Al lado de la cabecera de la cama, junto á un calendario de escuelas, deshecho, colgaba de la pared en un marco dorado una inscripeión caligráfica, regalada por sus alumnas, de los dos versos de Parini:

¿Qué no conseguirá el alma atrevida  
que en fortísimos miembros tenga vida?

La librería era un monte de volúmenes descosidos colocados sobre una mesa y cubiertos con un periódico, una colección exclusivamente gimnástica de prontuarios, manuales, atlas, de literatura melogimnica, de opúsculos de higiene, de natación, de velocipedismo, publicaciones del Club Alpino; pues su pasión por la gimnasia abrazaba to-

das las disciplinas físicas del género humano. Lo que sin embargo daba un aspecto curiosísimo á su cuarto, era un gran número de retratos, tomados en su mayor parte de periódicos ilustrados, pegados en las paredes, como en una tienda de vendedor de grabados. Además de Bauman, que sobresalía, estaban los gimnastas italianos de más nombradía: el Gallo de Venecia, Pizzarri de Chioggia, Ravano de Génova; sobre éstos, Ravestein, el Nestor de los gimnastas alemanes; Firmino Lampiere, el *hombre locomotora*; una fotografía de Bargossi; un retrato en oleografía de Ida Lewis, condecorada con la medalla de oro en el Congreso de los Estados Unidos por salvamento de náufragos, y otros, á docenas.

Este extraño bazar le servía de dormitorio y de despacho, y hasta de palestra y de escuela, porque allí hacía todos los días sus ejercicios en cuanto se levantaba, y daba sus lecciones particulares. Y era asimismo un segundo saloncillo para ambas, porque, cuando estaban en buena armonía, á cada paso asomaba por allí la Zibelli atraída por lo raro de aquel desorden, á charlar un rato con su amiga.

## VII

Precisamente se encontraban las dos reunidas allí, á las siete de la tarde, después de comer sentadas á una mesita iluminada por una luz de petróleo, hojeando la Pedani ante los ojos de su amiga, que le había echado los brazos al cuello, la *Gimnasia de las anillas* del doctor Orsolato, cuando entró la portera con la carta del administrador.

La Pedani la hizo entrar para repetirle una vez más lo que hacía un mes le venía diciéndole, que no torturase más á su niña. Tenía una chiquilla que se iba poniendo jorobada, decía ella, y se había dejado persuadir por un comerciante ortopedista de la vecindad de que debía ponerle un corsé con placas metálicas, que oprimiéndole mucho al costado, la hacía sufrir y chillar como una endemoniada.

La Pedani quería que su madre tirase por la ventana aquel instrumento, causa proba-

ble de una consunción pulmonar, y que le confiara su hija para someterla á un tratamiento gimnástico. Pero ella se mantenía terne. Y esta vez también le dió la respuesta de siempre:

—¡Ah! otra cosa se necesita, mejor que la gimnasia de usted.

—Os tengo lástima—le contestó la Pedani.

Luego, cuando la portera ya se había ido, miró el sobre de la carta, cuya letra no reconoció.

La Zibelli se levantó para irse, pero la incertidumbre de su paso mostraba tan poca voluntad de marcharse, que la Pedani le dijo que se quedara. Por otra parte, ella no tenía secretos ni con ella ni con nadie.

Abrió el sobre, miró la firma y comenzó á leer sin dar señal alguna de sorpresa. Sólo después de concluir, sonrió moviendo la cabeza, con los ojos fijos en la carta, como si por vez primera aparecieran claros ante su mente los varios signos que debían haberle hecho preveer aquel caso.

La Zibelli, picada de la curiosidad, pero contenida á la vez por el silencio, no osó preguntarle; pero signió con la vista todos los movimientos. La otra se levantó, dejó in-

advertidamente la carta en el cajoncillo de la mesa de los libros, y acercándose al guardaropa cogió su sombrero.

La Pedani se acordó de que tenía que ir al Club Alpino á oír una conferencia de la condesa Palazzi-Lavaggi sobre las *ascensiones alpinas de las mujeres*.

Una idea cruzó por su mente; pero para evitar toda sospecha, dijo sonriéndose:

—¡Ah, tú haces misterios!

—No es un misterio,—contestó la Pedani con indiferencia:—luego te lo diré.—Y se puso el sombrero.

La Zibelli, jugueteando, la acompañó hasta la puerta, fué á asegurarse de si la muchacha estaba en la cocina, volvió á escape al cuarto de su amiga, cogió la carta del cajoncillo y lo primero que leyó fué la firma: se quedó pálida.

Luego leyó toda la carta, y se apoderó de ella un arrebato tal de rabia, que miraba en derredor con la tentación de romper y pisotearlo todo.

¡También le quitaba á éste!

¡Oh nefasta criatura! En aquel momento la hubiera acribillado á alfilerazos.

Y lo que la enfurecía más, era que aun cuando en la carta no se hacia alusión algu-

na al matrimonio, se comprendía sin embargo por la gravedad casi cómica de todas las frases, que no era una declaración de amor hecha á la ligera, con un fin galante tan sólo: era una carta trabajosa y meditada en la que se traslucía una pasión ya antigua y un propósito serio.

¡Y cómo ella había podido engañarse de tal modo, y había hecho de comodín á los dos!

Echó la carta en el cajón, dió dos ó tres vueltas por el cuarto, parecía que le faltaba aire que respirar; y sintiendo necesidad de un desahogo y de una venganza, atusándose de prisa los cabellos, salió de casa, atravesó la meseta de la escalera y llamó en la puerta del maestro Fassi, componiendo lo mejor que pudo su semblante.

## VIII

Le abrió la señora Fassi con la cara áspera que había preparado para recibir á la Pedani; pero al verla á ella, se serenó y la hizo entrar en una pequeña habitación con las paredes blancas y desnudas en la cual cuatro muchachillos hacían un ruido infernal en torno de una mesa medio dispuesta para comer.

La Zibelli sabía bien que encontraría en la señora Fassi una segura aliada contra la Pedani, cuya familiaridad con su marido le desagradaba mucho más de lo que decía.

Era una mujer como de cuarenta años, con un seno enorme que le estorbaba para mover libremente los brazos y con una gran boca de que pendían los labios, vestida siempre en casa como una vendedora; que tardaba tres cuartos de hora en bajar y subir las escaleras, deteniéndose á hablar con tono lacrimoso con cuantos encontraba, y parti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS  
"ALEJANDRO DE HERNÁNDEZ"  
APR. 1955 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cularmente con el secretario que sabía las hazañas de todos por boca suya. Era muy celosa de los robustos treinta y ocho años de su marido, y parecía tener un concepto maravilloso de su tosca belleza de cabo de zapadores y que no consistía en otra cosa más que en la fiereza de su apostura, y en dos poblados bigotes que le llegaban hasta las orejas. Pero, lo temía á la vez, y no se atrevía por esto á cometer abiertamente alguna descortesía con la Pedani.

La Zibelli le dijo que venía á esparcirse un poco, se hizo la alegre, acarició á los niños, fué y vino por la habitación, esperando el momento oportuno. El cual se presentó cuando la señora Fassi le preguntó si estaba sólo en casa.

—Sóla,—respondió.—María salió. No importa... Ahora ya no se cuida de mí. Tiene otros asuntos en qué pensar.

Y viendo que había picado la curiosidad de la Fassi, no pudiendo contenerse más, con tono forzado de broma, sin hablar de la carta, le puso al corriente de los amores del administrador.

Aquella se quedó con la boca abierta: la cosa le parecía increíble.

Luego añadió:

—¿Cómo ha llegado usted á saberlo?

—Lo sé:—contestó la maestra.

—Pero... ¿para casarse con ella?

La maestra le contestó con un gesto como diciendo, no cabe duda.

—Ese secretario está loco,—dijo la Fassi con mal disimulado desprecio.—¿Pero... y ella?

—Ella—replicó la Zibelli—por ahora se hace la indiferente. Pero dirá diez veces *sí*, una detrás de otra.

—¡Bah!—exclamó la señora, después de reflexionar un momento.—El Sr. Celzani lo pensará antes, lo menos un par de veces.

—¡Pero, qué quiere usted que piense *don* Celzani!—replicó la Zibelli segura de echar la semilla en un buen terreno, deslizándose con descuido algunas palabras que la otra recogió y registró allá en lo más profundo de su memoria.—D. Celzani es un inocente; para él una muchacha de treinta años y una de quince es todo uno. No conociendo el mundo, cree que nadie lo conoce. Apuesto á que no sabe siquiera que antes de venir á Turin, María, ha sido maestra en media docena de pueblos.—Y se echó á reír.—Ya se sabe las aventuras de las maestras de los pueblos; de ella además han hablado los mismos perió-

dicos. Hay de por medio la historia nada menos que de una compañía de cazadores... ¡Ah! ¡hay en este mundo tipos muy originales!

Y arrastrada por la rabia iba á decir cosas peores, cuando se oyó un fuerte campanillazo; los muchachos se callaron en el acto, la señora corrió á abrir, y el maestro Fassi entró, muy excitado con la *Gaceta de Turín* en la mano. Volvía entonces de Chieri, donde iba dos veces á la semana á dar lección de gimnasia al Liceo y á la escuela Técnica.

Apenas saludó á la Zibelli se volvió hacia su mujer, enseñándole el periódico estrujado en su mano:

—¿No sabes lo que pasa; un asno de maestro de baile que se viene ahora con un artículo en la *Gaceta de Turín*, ofendido conmigo porque en *La Liza* de la semana pasada he dicho que el baile es una *derivación* de la gimnasia? ¿Sabes que se necesita valor! Si después de todo le he hecho un honor que no merece al arte de las piruetas; ¡ya te lo diré en otro artículo!... vas á ver de qué manera le hago yo tragar ese artículo presuntuoso,—siguió declamando, bosquejando en cierto modo el artículo, mientras iba y venía por la habitación.—Ya es tiempo de

cantárselas claras á estos ignorantes. Ellos no hacen distinción ninguna entre un maestro de gimnasia y un acróbata de un circo. ¡Pero, señores míos, si el maestro de gimnasia es un hombre de ciencia! ¡Tiene que conocer la gimnástica teórica, la anatomía aplicada, la pedagogía, la higiene, la historia de la gimnasia, la construcción de aparatos y de gimnasios y la tecnología; ¡y debe sobre todo ser artista! ¡Pedazos de asnos! no saben que se necesita la vida de un hombre solamente para aprender á tener en la memoria todos los ejercicios?... ¿Que se podrían escribir cien volúmenes solamente sobre la instalación de los aparatos?... ¡Y luego, mirad á lo que tiene que acudir un maestro de gimnasia!

Y sacó de su bolsillo, un cuaderno en el cual un profesor de matemáticas de Chieri había indagado por medio de fórmulas algebraicas el número de cambios de posición en el ejercicio del palo.

He aquí su gran manía; hacer la gimnasia cuanto más compleja y difícil posible, mejor, no sólo en el concepto de otros, sino en el propio.

No tenía como la Pedani ideal alguno del bien de la humanidad: adoraba su *ciencia* por

las satisfacciones que le procuraba y lo que de ella esperaba su orgullo. Además de enseñar en Chieri, enseñaba en el Liceo y en la Escuela técnica de Carmagnola, en un gimnasio y en un Liceo de Turín, en los Artesanos y en la Sociedad de gimnasia, y en todos lados trabajaba por inculcar sus ideas.

La primera nación del mundo, había dicho un grande hombre, será aquella en que haya más salud, ó sea, la que haga más gimnasia.

A esta ciencia, pues, deberían converger todos los esfuerzos de los grandes talentos, de los gobiernos y de la sociedad entera; esta debía colocarse en la cúspide de todas las ciencias, y la clase de maestros de gimnasia llegar á ser la aristocracia de la nación.

Y no cesaba un punto de buscar la celebridad por todos los caminos, nutriendo muchas y muy diversas ambiciones; de las cuales la más principal era la de llegar á inventar un aparato ó darle su propio nombre.

Y volvió á caer sobre el bailarín, echándose él mismo en cara el haber profanado, á propósito del baile, el nombre de *gimnástica*, como lo profanaban las compañías acrobáticas que se apropiaban el adjetivo; y se disparó contra el gobierno que, no obstante las instancias del segundo Congreso de la fede-

ración, se obstinaba en no querer prohibir que los saltimbanquis vituperasen la ciencia.

Á todo se había avenido, adoptando como él había propuesto, la denominación más noble y más lógica de *instrucción física*. Luego preguntó, bruscamente, á lo Bauman:

—¿Qué hay?

Su mujer le soltó la novedad.

—D. Celzani que quiere casarse con la maestra Pedani.

Pero, al decirlo, no vió nada en el semblante del marido, que se pareciera á celos, como esperaba.

En efecto; él no sentía por la Pedani mas que la admiración de un mecánico por una hermosa máquina, y nunca había pensado en ella sino para que sirviera á sus planes ambiciosos.

Le desagradó sin embargo la noticia, previendo que si se casaba, se le escaparía de entre las manos, y se quedaría sin estilo. Más no espresó este sentimiento.

—Señoras—dijo.—Una verdadera maestra de gimnasia no debe casarse; debe conservarse como un soldado, libre de alma y de cuerpo. La maestra Pedani debe consagrarse por entero á su misión. Y su misión no es criar hijos, sino enderezar los de los

31050

demás. No hará semejante majadería. Yo la persuadiré.

Luego de repente, preguntó:

—¿Pero cómo es posible que semejante sacristán haya tenido el atrevimiento de enamorarse de una muchacha tan guapa?

La señora Fassi se aventuró á hacer algunas observaciones sobre la belleza; así le parecía, por ejemplo, que don Celzani tenía aire más *distinguido* que ella. Y luego que la Pedani era una muchacha sin sentimientos, bien se veía. Por lo demás, no tenía finura en sus maneras; era demasiado gruesa; le faltaba gracia; en casa tropezaba con todo; tenía el paso de una elefanta.

El maestro se encogió de hombros.

—Todo esto no importa un bledo —dijo.—

La Pedani no está para sus dientes; dejando á un lado que es un borrico y ella una muchacha de talento.

—¡Talento! —exclamó su mujer, volviéndose á la Zibelli.— ¡Mi marido le corrije los artículos!

La Zibelli sabía la verdad en esta materia; pero fingió creerlo así, sonriendo, y dijo en tono grave:

—No tiene sintáxis. Escribe á saltos.

—Eso es verdad, —observó el maestro.—

Y por lo que al periodismo se refiere, sería mejor que se contentase con una parte más modesta, y que apareciese menos en público. Hay problemas en el campo de la gimnasia, que una mujer no puede ó no debe afrontar. Pero, después de todo... don Celzani no se casará con ella, ya lo veréis; yo le echaré una mosca en la oreja. Yo sé muy bien, cómo se les hace meter el rabo entre las piernas á estos sacristanes...

Un campanillazo vino á interrumpir su discurso.

Era la Pedani, que volvía del Club Alpino, donde no había habido conferencia; venía en busca de su amiga.

Entró en la habitación y no quiso sentarse. Traía un color de rosa encendido por el airecillo fino de la noche, respiraba con fuerza dilatando las ventanas de la nariz y alzando su ancho pecho; toda su figura destacaba en negro sobre la pared blanca con tal valentía y vigor de contornos, que la señora Fassi hubo de dirigir la palabra á los muchachos para cortar el silencio admirativo que su vista le producía.

—Vengo á buscarte, —dijo á la Zibelli recalcando bien en la erre; y el que hubiera oído las palabras sin verla á ella, hubiese

creído que las pronunciaba un marido; no una amiga.

La Zibelli se puso en movimiento, y cambiando algunas palabras con los amos de la casa salieron las dos; la Pedani la última, llevando por un momento con sus hermosos hombros todo el vano de la puerta medio abierta.

—Teniéndolo todo en cuenta — dijo el maestro, mirando todavía á la puerta por donde habían salido, — no se puede decir que don Celzani sea un idiota.

Y su mujer añadió con astuta sonrisa:

—Todavía no se ha casado con ella.

## IX

El secretario pasó todo aquel día y la mañana siguiente sin saber si debía esperar una respuesta por escrito, ó más bien, tener valor y pedirla de palabra. Acabó por tener valor, y á las dos menos cuarto, hora en la que sabía que la maestra solía ir sola á la Paledra, esperó detrás de la puerta de su casa, husmeando por el agujero de la llave cuándo se presentaba en el descansillo.

Quien le hubiese visto en aquella actitud lo hubiera tomado por un asesino acechando su presa: tan agitado estaba y tan afanosa se oía su respiración. Un rumor le estremeció, sacó fuera la cabeza y la retiró en seguida; era sólo el viejo señor Borsetti, metido en su gran capote de pieles y encorvado, que salía tosiendo, á dar su paseo higiénico acostumbrado.

Pero al cabo de unos segundos oyó el paso

de la Pedani. ¡Gran Dios! La ocasión se había escapado.

La maestra, habiendo alcanzado en el descanso al viejo, que le hizo un gran saludo, se detuvo y trabó conversación con él.

Cada palabra de su conversación cayó como un peso enorme sobre el corazón del pobre enamorado.

El señor Borsetti lamentábase de una nueva contrariedad: tenía la respiración incompleta.

—¿Por qué—le preguntó la Pedani,— hace algo de gimnasia pulmonar?

Él se sonrió, y ella insistió.

—Se lo digo á usted seriamente. No hay cosa mejor para dilatar el pecho. Pruebe usted á hacer todos los días en cuanto se levante inspiraciones y espiraciones largas y repetidas... de esta manera.

Y se puso á hacerlas; y al sentir las se le arrebató la sangre á la cabeza al pobre administrador.

—Primero haga usted sólo de diez á veinte—continuó la maestra—y aumente, si puede, todos los días, una docena. Le aseguro que al cabo de dos semanas se sentirá mucho mejor. Es un ejercicio de un efecto seguro. Yo hago todas las mañanas ciento treinta.

Borsetti pareció convencido, y le dió las gracias.

—Haga usted la prueba,—repitió la Pedani,—y ya me lo dirá. Además, que he de prestarle un libro que contiene todos los preceptos. Hasta la vista.

Dicho esto, apretó el paso.

El secretario esperaba adivinar un reflejo al menos del estado de ánimo de ella, en la manera como mirase á la puerta de su casa al pasar por delante; pero, pasó sin mirar. Esto le hizo perder los ánimos.

Sin embargo, todavía tenía tiempo de alcanzarla en el portal, aun cuando no fuera para otra cosa que para interrogarla con los ojos; pero en el momento de lanzarse fuera, oyó que le gritaban en su propia cara:

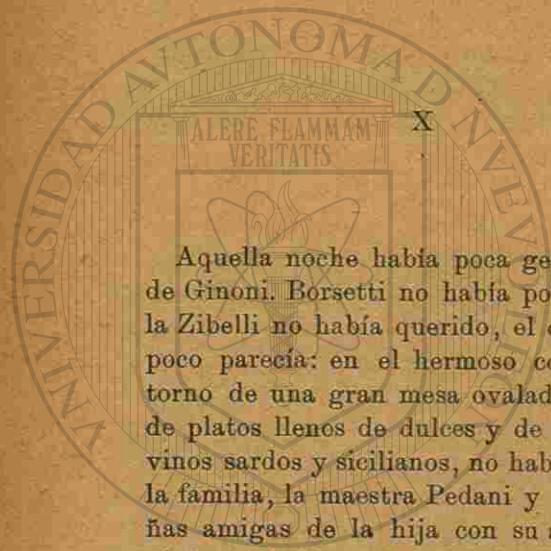
—¡Oh dulce secretario!..

—¡Santo Dios!

Era el ingeniero Ginoni, que venía como todos los años á suplicar al amo de casa, su antiguo amigo, que bajase aquella noche á la suya para celebrar en familia el fausto suceso del natalicio de sus dos gemelos.

El segundo golpe falló también.

No le quedaba otra cosa que esperar la sentencia por el correo.



Aquella noche había poca gente en casa de Ginoni. Borsetti no había podido venir, la Zibelli no había querido, el casero tampoco parecía: en el hermoso comedor, en torno de una gran mesa ovalada, cubierta de platos llenos de dulces y de botellas de vinos sardos y sicilianos, no había más que la familia, la maestra Pedani y tres pequeñas amigas de la hija con su abuela, que vivían en habitaciones de la otra escalera.

Pero la juventud, que componía la mayoría de la reunión, dábale á ésta viva alegría, formando en derredor una corona de cabezas rubias, doradas por la luz de una rica lámpara de gas colgada de la bóveda.

La niña, discípula de gimnasia de la Pedani en la escuela "Margarita", tenía trece años y parecía el retrato del hijo varón más pequeño, gemelo suyo, alumno de tercer año de gimnasia.

El hijo mayor, Alfredo, de veintian años, estudiante de matemáticas en la Universidad, y velocipedista notable, era un rubio atrevido, con dos ojos de fuego, y con la desenvoltura de un hombre de mundo. Habíase sentado tan cerca de la maestra, que ésta tuvo que hacerse un poco atrás para no rozarle con los hombros. Era el idolo de su madre qué no contaba todavía cuarenta años: una hermosa anchoa indolente, con una gran nariz aristocrática, benévola cuando no la herían en su ciego amor por el hijo.

El más simpático de la familia era el ingeniero, un guapo hombre de cincuenta años con el pelo algo canoso, gran trabajador, hablador sempiterno, bromista, amante de la vida holgada, pero sin pretensiones.

Marido y mujer tenían una amistad cordial por la Pedani, en parte por la originalidad de su carácter, y más aún, porque su hija la adoraba; y no disentían de ella más que por una aversión declarada á la gimnasia, desde que un sobrino suyo, alumno de un colegio de internos de Milán, hacía años, se había roto un brazo cayendo de una cuerda de ascensión.

—Amiga...— solía decirle Ginoni al encontrarla por la escalera; —pero hasta el un-

LIBRERÍA DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 ALFONSO A. VESPA  
 1225 MONTENEGRO, MÉXICO

bral de la Palestra no más.—Ó bien:—¡Abajo la gimnasia!

Y siempre que se encontraban juntos la pinchaba con mucho gracejo sobre aquel asunto.

Y claro es, la conversación recayó también sobre este tema aquella noche.

Entre otras cosas, para criticar el nuevo método de enseñanza, el ingeniero contaba que el año anterior había visto ejecutar los pasos gimnásticos á las *lijas de los militares*, del Instituto de Santo Domingo, donde fué á visitar los locales. El espectáculo, si le había gustado.

Aquellas ciento cincuenta muchachas crecidas, con sus vistosos vestidos negros y azules y delantales blancos, puestas en fila en un ancho patio, que se movían todas á una á la voz de mando de la maestra, con graciosos movimientos de contradanza, haciendo un ruido especial con sus vestidos que parecía una música cadenciosa y sorda como si cuchichearan muchas personas; todos aquellos brazos hermosos y manecitas en el aire; aquellas apretadas trenzas saltando sobre los airosos torsos; aquellos trescientos pies vigorosos y menudos, y la gracia indefinible de los movimientos, entre danza y

salto, con la faldas largas que les daban el aspecto de un *cuerpo de baile* pudibundo, era nuevo y seductor, sin género de duda.

Pero, ¡Dios del alma! ¡Cuántas palabras les dirigía aquella maestra para hacerlas mover! Charloteaba ella más que lo que ellas se movían; eran voces de mando interminables de general de brigada; una complicación fatigosa de coreografía. Y sobre esto, era un movimiento contenido y medido á centímetros, insuficiente para aquellos cuerpos desarrollados ya y llenos de vida, una combinación de ejercicios acompasados, trabajados con la pluma y para servir de espectáculo á comisiones ó invitados. Él, de muy buena gana hubiera cortado la representación á la mitad, y soltado á todas en una pradera florida como un hato de potrancas.

La Pedani, sin embargo, estaba en esto conforme con él. Ella era baumanista precisamente, porque Bauman hacía la guerra á la gimnástica coreográfica y quería para las muchachas una escuela más varonil.

—Entonces—dijo el ingeniero,—para hacerle rabiar á usted, voy á decirle cuatro cosas de Bauman.

—Yo le defenderé,—respondió ella:—*Prrrruebe* usted.

—No, dijo Ginoni sonriendo,—no lo haré, porque no tengo bastantes conocimientos enciclopédicos, pues ahora la gimnasia abraza todas las ciencias.—Y citó á un conferenciante de la Filotécnica, que, algunas noches antes, teniendo que tratar de la gimnasia, había hecho antes una *excursión* interminable á través de la filosofía, de la etnología, de la antropología, revolviendo todo lo cognoscible humano, para venir luego á tratar de las pesas.

—La gimnasia—repuso tranquilamente la Pedani,—tiene relación con todas las ciencias.

—¿Cómo no?—le replicó el ingeniero.—Mejor dicho, ella es la clave de todas. Así ahora dicen, que si un muchacho encuentra dificultad para resolver un problema, no tiene más que hacer unos pasos en las paralelas durante un cuarto de hora, sentarse de nuevo á la mesa y..., todo está resuelto.

—Usted bromea, señor Ginoni—repuso ella encogiéndose de hombros,—y no quiero contestarle más.

—No, no es juego:—añadió,—continuando la broma. ¿No ha llegado á decirse también que la gimnasia echará la zancadilla á la medicina? Creo que el maestro Fassi ha escrito

que, determinados ejercicios, valen tanto como algunas recetas. Buen tipo, ¡el maestro Fassi! También creo que es uno de los que encuentran transformaciones maravillosas en la musculatura de sus alumnos desde la mañana del lunes á la tarde del sábado. Por ejemplo, él tiene un ideal de la humanidad originalísimo: que la gente vaya saltando por la calle, que haya anillas y paralelas en todas las plazas, lucha obligatoria en todas las oficinas, ejercicios de los superiores en los salones...

—No siga usted, señor ingeniero, porque me da pena—dijo la Pedani—oír á un hombre como usted echar á barato una cosa tan seria. ¿Cómo se permiten tomar á broma la gimnasia cuando de trescientos mil alistados en quinta, ochenta mil son declarados inútiles por defectos físicos! ¿Cuando tenemos los gimnasios llenos de jovencuelos descoloridos que tienen pecho y brazos de niños, y de diez muchachos de la mejor sociedad no se encuentran dos sin algún grave defecto de constitución!... ¡Oh, no deja de ser una broma triste!

—Le pido á usted mil perdones,—respondió el ingeniero.—Yo no combato la gimnasia... gimnasia. Yo tengo manía á esta

nueva gimnasia científico-literaria-apostólico-teatral, que han inventado para dar fiestas y espectáculos; para fabricar grandes hombres y multiplicar los congresos, y para menear la lengua y la pluma mil veces más que los brazos y las piernas. No es esto, en mi juicio, la gimnasia que defiende nuestra valiente señorita.

—No la defiende— contestó ella,—porque no existe, porque no es otra cosa que una invención de ustedes. Yo no conozco más que una gimnasia razonada, fundada sobre el conocimiento de la anatomía, de la fisiología y de la higiene, que da á la infancia fuerza, agilidad, gracia, salud, buen humor y realza todas las facultades morales é intelectuales. Creo en estos efectos porque están comprobados y los veo; creo pues que la gimnasia sea la más útil, la más santa de las instituciones educativas de la juventud, y los que la combaten, perdoneme... me dan pena, parecen gente ciega, enemigos inconscientes de la humanidad.

El ingeniero no pudo menos de reírse un poco del ligero tono declamatorio de las últimas palabras.

—No, señorita,—añadió—no soy un enemigo de la humanidad. Soy enemigo de quien

sin consultar al médico como debería hacerse siempre, y jamás se hace, obliga á hacer gimnasia á muchachos que tienen enfermedades y defectos, y que se perjudican; ¿me entiende usted? Y lo soy también de quien hace surgir entre robustos y débiles contienidas de amor propio, que cuestan á los débiles romperse la cabeza; enemigo de los que reducen la gimnasia, que debería ser en todo caso sostén y alivio para el espíritu, á un artificio teórico que ocupa y fatiga la mente como cualquier otro estudio. Esto es lo que sucede. Soy también enemigo de las exajeraciones. Creo que los buenos efectos, que son innegables, de la gimnasia, se exageran hiperbólicamente, engañando á las gentes. Permítame asegurarle á usted, por ejemplo, que ningún ejercicio ni ningún aparato habríanle jamás dado la espléndida salud y la... conformación que usted puede contemplar de sí propia en el armario de luna.

El hijo mayor, aprobó, haciendo mover sus manos como si palmotease...

Por los ojos de la Pedani cruzó como un vislumbre de sonrisa. Pero, pronto se rehizo.

—¡Siempre lo mismo!— contestó—yo doy razones, y usted gracias. No afirmo más que esto: Alemania é Inglaterra, que son las

dos primeras naciones de Europa, son las que hacen más gimnasia. El pueblo griego, que fué el primero de la antigüedad, era el pueblo más gimnasta del mundo. — Y luego sonriéndose, añadió: — usted lo sabe muy bien: Aristodemo, para que los habitantes de Cumas, á quienes él había vencido no pudieran rebelarse más contra su tiranía, les prohibió hacer gimnasia.

— Lo dispondría así para atraérselos, — le contestó el ingeniero.

La maestra guardó silencio un momento, y luego con vivacidad, agregó:

— Por fortuna, no piensan todas como usted. Ni usted conoce nuestro mundo. La *idea* se hace camino en todos lados y también en Italia. ¿Sabe usted que tenemos centenares de sociedades gimnásticas? ¿Que hay señores apasionados que ponen su patrimonio al servicio de nuestra obra fundando Gimnasios? ¿que hay también un gran número de médicos jóvenes que consagran á la gimnasia todos sus estudios, y centenares de maestros que aprenden de intento lenguas extranjeras para estudiar la literatura gimnástica universal, la cual cuenta millares de volúmenes, escritos por eminentes sabios?

El ingeniero hizo un gesto vago, sin con-

testar, porque estaba ocupado en hacer gestos expresivos á su hijo mayor, el cual se acercaba tanto á la maestra y la comía con los ojos, de modo tal, que era una verdadera inconveniencia.

— ¡Abajo Bauman! — dijo por fin, por decir algo.

Pero cuando le tocaban á Bauman, la Pedani no admitía bromas. Se fué encima.

Bauman era un benemérito de la patria, era el fundador de una nueva gimnasia que daría inmensos resultados, un gran talento, un sabio, un creador de caracteres.

Ella le había conocido en el Congreso: era una figura de hombre predestinado á grandes cosas: próximo ya á los sesenta años parecía un joven; tenía una frente soberbia, el gesto fulmineo, la palabra escultórica, una elocuencia avasalladora de soldado y de apostol. Bauman, dándole medios, hubiera rehecho una nación. Sólo por la reforma que quería llevar á cabo, de la gimnasia femenina, las mujeres de Italia debieran haberle levantado una estatua.

El ingeniero hizo una pirueta. La señora tomó entonces la palabra y con su indolente voz, dijo:

— Y sin embargo, querida maestra, la

gimnasia, para los maestros, tiene también sus inconvenientes. Los maestros de baile, observan que quita gracia y habitúa á movimientos descompuestos. Así también los profesores de piano aseguran que cuando vuelven del gimnasio las señoritas, no pueden tocar. Los mismos profesores de dibujo se lamentan de esto.

—Son celos del oficio—contestó la maestra;—créame usted, señora. Es imposible que haga daño al baile ó á cualquier arte el ejercicio gimnástico, porque por efecto de este ejercicio la sinovia se vierte con más abundancia en las articulaciones movibles de los huesos, y hace todos los movimientos más fáciles y más libres... ¿Ve usted? Su hijo me da también la razón en esto. ¿Verdad...? A propósito—añadió, volviéndose al estudiante,—tengo que darle á usted gracias por su lindo regalo.

El joven dió un salto; pero no se inmutó; ¡pues no faltaba más!

Sin embargo, hubiera preferido el silencio. Y con mucha desenvoltura dijo á su madre que había enviado á la maestra, suponiendo que le gustaría, el plano de un gimnasio griego, que él mismo había copiado en la biblioteca.

La señora dejó asomar la sonrisa á sus labios, diciendo á la Pedani:

—El domingo pasado, Alfredo ganó un premio en las corridas de velocípedos.

La Pedani pidió detalles de la victoria: se ocupaba siempre con interés de estas luchas, conocía los nombres de los más reputados vencedores, iba alguna que otra vez á la pista, y aun cuando no hubiera montado nunca en un velocípedo, hablaba de bicicletas, triciclos y bicicletas con pleno conocimiento del asunto.

Esta vez, sin embargo, al contarle las vicisitudes de su carrera, en la cual él había esperado caballerescamente á que su competidor, que había caído á tierra, se levantase, se echó tan encima de ella, acosándola con miradas y gestos provocativos, que su padre no pudo menos de llamarle la atención con ademán severo, que él no vió.

—Lo ve usted—dijo la maestra al ingeniero, echando hacia atrás su silla,—también su estudiante está con nosotros. Estamos, pues, en mayoría en esta casa los partidarios de la gimnasia. Fassi, mi amiga y yo, el señor Borsetti que hace gimnasia pulmonar, su hijo de usted, el comendador Celzani...

Al oír el nombre del comendador Celzani, el ingeniero se echó á reír.

—¡Ah! por lo que toca al comendador de la cruz de... señor Celzani—repuso—déjelo estar.

—¿Cómo?—preguntó la Pedani.—Pues qué, no va á todas las funciones de gimnasia que se dan, desde la primera á la última, en la Palestra, en las escuelas, en los institutos?... Su aprobación quiere decir mucho. No podrá usted negarme la seriedad del comendador Celzani.

—¡No, no la niego; al contrario!—contestó Ginoni con brio;—tanto más, cuanto que es un buen amigo mío. Y lejos de esto, digo que es una de las más venerables ancianidades de Turín. Solamente que...

—Y echó una mirada furtiva á las niñas, rascándose la barba como si tratase de buscar modo de explicarse sin que éstas comprendieran. Pero las muchachas, ocupadas en repartirse confites, ni siquiera se fijaban en lo que decía.

—Solamente que...—volvió á decir,—su culto por la gimnasia es demasiado parcial. Y si no, vea usted á ver si él se cuida en igual medida de la gimnástica masculina. Y luego que da mucha más importancia á la segunda edad que á la primera. Esto, sin

embargo, es admirable la puntualidad con que asiste á tales espectáculos y la atención que les presta. No cabe duda, encuentra elevados goces... intelectuales. Y sale de allí grave, con sus dulces ojos azules entornados, sumergido en profundos pensamientos. ¡Ah! si se pudiera escribir. Yo lo conozco. Y no es el único. Él no es más que un tipo. La gimnasia femenina ha sido un hallazgo incomparable para estos señores, un verdadero consuelo para su vejez, una fuente de delicadísimas delicias cerebrales, de las que nosotros los profanos apenas si podemos formarnos una remotísima idea. El comendador Celzani, nada tiene que ver con la gimnasia científica, créamelo usted. Cite, si quiere otras autoridades.

—Día llegará en que le cite á usted—contestó la maestra, para cortar la conversación,—porque llegaré á persuadirle á usted, y se suscribirá, no lo dude, en la Palestra. Todos se echaron á reír.

—*¡Jamais de la vie!*—exclamó el ingeniero. —Y si llevo á ir á la Palestra, no será más que para verla á usted en las paralelas.

—Pues tendrá que ver—repuso la muchacha;—¿sabe usted que solamente en las paralelas hay quinientos movimientos?

El ingeniero iba á contestar con una broma algo fuera de lugar, cuando se oyó la campanilla y al poco rato entró el secretario.

Fue un verdadero golpe escénico.

Venia á excusar á su tío, á quien un constipado impedía salir de casa. Al entrar sin presumir que estuviese allí la maestra, no pudo librarse de una fuerte sacudida, como si hubiera recibido una descarga eléctrica; y por grande que fuese el temor de ser descubierto, no pudo vencer en el primer momento la imperiosa necesidad de escudriñar en el semblante de ella la impresión de su carta, y se quedó mirándola con fijeza, dilatando desmesuradamente sus ojillos, y poniendo una cara rarísima, temblorosa y tan encendida, que fue más marcada la palidez cada-  
vérica que vino luego.

Aquel rostro reveló en un segundo todo, al señor Ginoni; miró este en el acto á la maestra, y vió que una indefinible sonrisa, no de sus ojos, ni de su boca, sino de todo su semblante se dibujaba por todo él como si se difundiera el reflejo exterior de una imagen cómica.

El secretario cumplió su encargo, moviendo con dificultad los labios, como si los tuviera pegados con cola.

—¡Toma, toma, toma!—dijo para sí el ingeniero, saboreando su descubrimiento; y presentándole una silla, en la que se sentó como sobre un montón de espinas, le ofreció un vaso de Malvasia, que aceptó poniéndole pegado contra el pecho con ademán verdaderamente clericalesco.

En el momento concibió y comenzó á poner por obra el ingeniero Ginoni un plan de persecución.

—Precisamente, secretario amado—le dijo—ha caído usted en medio de una discusión gimnástica. La discusión era con la maestra. Tiene usted que decirnos también á qué escuela pertenece. ¿Es de la escuela de Bauman? Es de la escuela de... que otras escuelas hay, señorita Pedani... ¡Oberman! ¿Es usted de la escuela de Oberman? ¿Qué ideas tiene sobre los efectos de la gimnasia en las funciones del corazón?

La maestra se puso á mirar al techo.

El secretario, aterrado, se quitó precipitadamente el vaso de los labios y miró fijamente al ingeniero. Luego se tragó el vino de un sorbo, y, levantándose confuso, contestó al ingeniero:

—Usted, señor ingeniero, quiere guasearse. Siento mucho no poderme detener; tengo

que subir inmediatamente al lado de mi tío...

— ¡Oh no, señor mío! — dijo Ginoni. — No consiento que se marche usted de este modo. Además que... no puede usted irse ahora, porque como la puerta de casa está abierta hasta las once, no se sabe con quién puede tropezarse uno en las escaleras, y usted, cumplido caballero y cortés administrador, tiene la obligación de acompañar hasta la puerta de su cuarto á la señorita Pedani.

El secretario volvió á sentarse de repente; pero el estudiante hizo un gesto de fastidio porque esperaba ser él quien la acompañase.

— Yo no tengo miedo á nadie; — dijo con varonil entonación la maestra.

— No basta — contestó Ginoni, — no tener miedo; es preciso que los demás lo tengan, y usted... no está en el caso...

El estudiante cambió de conversación interrogando á la Pedani sobre los grandes festejos que se habian anunciado con motivo del Congreso gimnástico de Francfort, y ella le dió noticia.

Serian quizás los festejos más espléndidos que se hayan celebrado jamás en Alemania; intervendrían representantes de todos los países de Europa, entre ellos muchos italianos.

Ella envidiaba á aquellos afortunados colegas suyos que tendrían ocasión de ver un espectáculo único en el mundo, entrando en relación con los más ilustres "gimnasiarcas", de los estados alemanes, Kloss, Niggeler, Danneberg, el famoso padre de la gimnástica, Jahn Turn Vater, y tantos otros; cuando ella quizá no podría procurarse sus retratos.

Mientras así hablaba el secretario la ase diaba con miradas laterales, mortalmente celoso por la familiaridad aparente con que conservaban ambos, y desconsolado al mismo tiempo al ver todos sus pensamientos y sentimientos dirigidos á la gimnasia y con tanto ardor, que no era posible esperar que otra pasión le cupiera en el pecho. Brillaba á pesar de todo esto en sus ojos pequeñuelos un rayo de esperanza, la espera temblorosa é impaciente á la vez del momento de irse, para acompañarla.

Saltó de su silla cuando vió que la Pedani se levantaba para salir.

Pero el ingeniero fué feroz.

— Ahora que pienso — dijo mientras todos se levantaban, — el señor secretario es tan tímido con las señoras que es muy capaz de dejar á la maestra en el piso segundo. Iré yo también á acompañarles.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS  
"ALFONSO M. Y. S."  
Cada. 1923 MONTERREY, MEXICO

¡Dios infinito! Fué aquello para don Celzani como una bofetada con mano de hielo; pero no osó, ni respirar siquiera.

Y mientras los demás se despedían, y el estudiante apretaba la mano á la maestra, observó él un movimiento fugaz en el rostro de ella, como si él le hubiera dado un apretón demasiado fuerte; y fué esto una segunda bofeta la que recibió en el corazón el pobre hombre.

Salieron los tres juntos y subieron las escaleras casi á oscuras.

El ingeniero siguió diciendo chanzas y el secretario, con gran dolor suyo, no encontró ni una sola palabra que decir. Subía con trabajo deteniéndose cuando Ginoni y la maestra se detenían, y quedándose un poco atrás de cuando en cuando, para devorar con sus ojos aquella hermosa figura, como queriendo casi recabar una respuesta de sus formas, ó para asestar terribles miradas á la espalda de su verdugo.

Quando llegaren delante de la puerta, donde no era perceptible ya la luz del gas, el ingeniero encendió una cerilla y la puso para recoger ó interpretar la mirada del salido; y en efecto, al entrar, ella le miró. Pero, su mirada no dijo nada. Y en el mis-

mo momento en que se apagaba la cerilla, se apagó también su esperanza.

El ingeniero adivinó por su silencio la tristeza de una desilusión, y, prevalido de la obscuridad, le dijo á quema ropa:

—Querido secretario, usted está enamorado de la maestra.

El secretario, primero con fuerza, luego flojo, negó, se airó, se mostró sorprendido y ofendido por aquella broma.

—¿Y por qué? ¿quizá sería una deshonra— preguntó Ginoni entre serio y descarado,— si fuese así? Es una hermosa y honrada muchacha, originalísima y de cuño bien distinto de lo ordinario. ¿Por qué no me dice usted la verdad? Soy buen amigo de usted, y podría darle buenos consejos. Soy un caballero y sé respetar los afectos.

Don Celzani permaneció un momento en silencio en medio de la obscuridad; luego, con voz conmovida, respondió:

—Pues bien; es cierto... sí, ¡es cierto!

—Que sea enhorabuena,—dijo el ingeniero—y viva la sinceridad. Ya comprendo que por ahora, usted ha tenido un desengaño. Pero no pierda los ánimos. Yo conozco á las mujeres. Conozco también el carácter de la maestra. Es una de esas minas que tienen la

mecha larga y escondida, que está ardiendo largo tiempo sin dar señales ostensibles de ello; luego, sin embargo, estallan de repente cuando uno menos lo esperaba. Tenga una constancia de hierro y una paciencia de santo, y día llegará... Porque es claro que usted le hace la corte *con buen fin*; ¿no es verdad?

—¡Claro está!—contestó don Celzani;—yo tengo honradas intenciones, y me sorprende la pregunta.

—Esto es lo que yo quiero decir;—repuso el ingeniero, volviendo á su aire desenvuelto, gracias al equívoco.—Pues bien; oiga usted un consejo. Mujeres como ésta no se conquistan asaltando directamente; es preciso dar vueltas en derredor. Ella tiene una pasión: la gimnasia. Hay que apoderarse de ella por el asidero de esta pasión. Debe usted hacerse socio de la Palestra, hacer ejercicios, estudiar la materia en los libros, hablarle de ello, caerle en gracia por este camino. Este es el primer consejo que le doy; luego, irán viniendo otros. Por ahora, ¡á los aparatos! Y valor.

Don Celzani, incierto sobre si el ingeniero hablaba en broma ó con seriedad, nada contestó.

Habían llegado ya á la puerta del comendador entre tanto.

—Buenas noches,—dijo Ginoni.—Guardaré el secreto como un caballero.

El secretario le correspondió con unas *buenas noches* en voz baja y con tono algo desconfiado, y se entró en su casa arrepentidísimo de haber hablado.

Arrepentido y descorazonado.

Una esperanza cruzó por su mente, sin embargo, al entrar en su cuarto y encender la vela.

¡Quién sabe! Quizás ella le había escrito aquel día, y á la mañana siguiente recibiría la carta.

Es verdad que por desgracia podía muy bien presagiar qué carta sería; pero, cualquiera que fuese, pareceríale menos dura que aquella muda indiferencia que le abrumaba.

Con estos pensamientos se desnudó, poniendo el oído alerta; porque su habitación estaba debajo de la que ocupaba la Pedani, y no habiendo entre las dos más que un piso muy delgado, él oía hasta los más pequeños ruidos. Pero al poco rato ya no oyó nada: debía estar estudiando sentada á su mesa.

Tuvo una sospecha en aquel punto y con

la sospechó una nueva esperanza; había quizá hecho mal en no exponer con toda precisión en su carta su propósito de casarse: quizá ella creyera que no se trataba mas que de una correspondencia amorosa. ¡Qué error tan grande había cometido!... ¡Y sin embargo, le parecía á él tan claro!... ¡Dios santo, qué hermosa estaba! Jamás la había visto tan bien como aquella noche, sentada, con su talle erguido como una emperatriz en su trono, con aquel amplio pecho henchido de vida, sobre el cual hubiera recostado él su cabeza aún á trueque de quemarse como en un brasero.

La luz de la lámpara daba á su cutis esplendor de juventud, que hacía pensar si todos los años se rejuvenecería uno al estampar un beso. Había observado puesta sobre la mesa su mano, un poco llena de carnes por los ejercicios gimnásticos, pero larga y hermosa, llena de fuerza y de gracia, y se hubiera echado sobre ella con más violencia que el buitre sobre la tórtola.

¡Ah! no, ciertamente: él no era de su agrado; otra tenía que ser la forma del hombre ideal que acariciase su imaginación.

Y á pesar de todo, él sentía en su pecho tan poderosa pasión, que bastaba á colmar

todos los vacíos, á igualar todos los defectos y á desafiar todas las competencias.

Le ardía toda la cabeza como una girándula encendida.

Al oír el primer rumor en la habitación de encima, se sentó sobre la cama y fijó sus ojos inflamados en el techo, conteniendo la respiración. Nunca aquellos rumores habían agitado tanto su sangre como aquella noche. Los conocía todos, y seguía por ellos todos los pasos de la vecina. Mueve la silla, va de un lado á otro echando la ropa aquí y allá, abre y cierra el armario, pone el candelero sobre la mesa de noche, deja caer un zapato, luego el otro... ; Ah, miseria de la vida!

Este era precisamente el momento en que el pobre don Celzani sentía más fuerte el rencor contra la naturaleza, que parecía haberlo esculpido de intento para el ministerio eclesiástico; y hubiera dado con gusto veinte años de vida con tal de cambiar de semblante.

Mas luego poco á poco, con prolongarse tanto la vigilia, la exasperación de los deseos se amortiguaban dulcificándose en un sentimiento de tristeza afectuosa y humilde, durante el cual, abandonando la persona adorada, se contentaba con la fantasía de los

objetos de ella que habia oído caer uno á uno; pareciéndole que le bastaría con poseer estos, tocarlos, besarlos, morderlos para tener un desahogo.

No durmió casi nada aquella noche, despertándose antes del amanecer para esperar el rumor acostumbrado que solía despertar en él toda la violencia de los deseos aquietados por el cansancio.

Y en efecto, á la hora precisa en que la Pedani solía echarse al suelo, oyó sobre el pavimento el ruido sordo de los pies desnudos, que le produjo tremenda sacudida; oyó el roce usual de las ropas al vestirse, luego el rumor sordo de las pesas al sacarlas rodando de debajo de la cama, pues todos los días, apenas se levantaba, hacía un poco de ejercicio.

Esta imagen última de sus brazos gallardos que se sacudían en el aire sobre su cabeza le dió al cabo el impulso para una resolución atrevida. Quería abreviar el martirio de la incertidumbre, esperarla á la salida de las ocho y media y exigirle una respuesta.

La esperó en efecto, y por fortuna suya, bajó sóla.

Se fué á su encuentro, la saludó y con trémula voz:

—¿No tiene usted nada que decirme?...

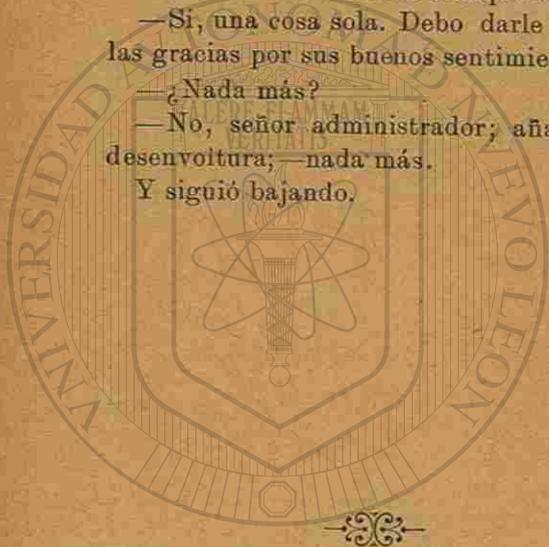
La maestra le contestó tranquilamente:

—Sí, una cosa sola. Debo darle á usted las gracias por sus buenos sentimientos.

—¿Nada más?

—No, señor administrador; añadió con desenvoltura; — nada más.

Y siguió bajando.



## XII

Desde entonces comenzó para él una serie de días tristísimos; porque había decidido volver á intentar otra prueba con una formal petición de matrimonio; pero se le ocurría que inmediatamente después de aquellas calabazas, sin preparar el terreno, hubiera sido una locura. Y entre tanto cayeron sobre él disgustos sobre disgustos.

Fué el primero que la maestra Zibelli, de la noche á la mañana le negó el saludo. Hubiérase afligido menos por este suceso si hubiese sabido que había entrado entonces en una de sus fases, en la que, desengañada del mundo, se encerraba en una especie de forzado entusiasmo por su oficio de maestra, leyendo libros de escuela hasta por la calle para no ver la juventud y el amor que pasaban á su lado, pedantemente celosa de sus

—¿No tiene usted nada que decirme?...

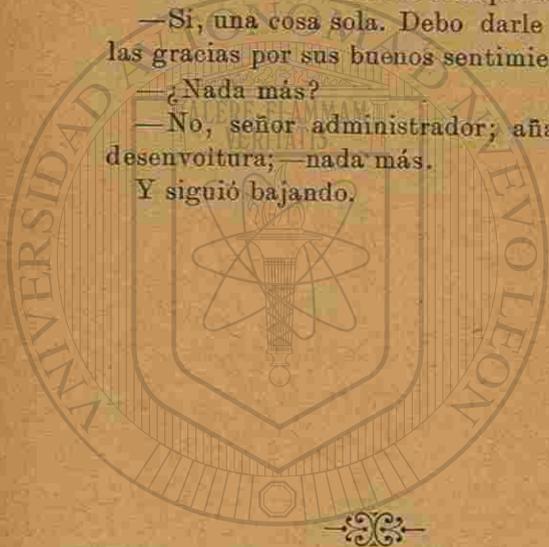
La maestra le contestó tranquilamente:

—Sí, una cosa sola. Debo darle á usted las gracias por sus buenos sentimientos.

—¿Nada más?

—No, señor administrador; añadió con desenvoltura; — nada más.

Y siguió bajando.



## XII

Desde entonces comenzó para él una serie de días tristísimos; porque había decidido volver á intentar otra prueba con una formal petición de matrimonio; pero se le ocurría que inmediatamente después de aquellas calabazas, sin preparar el terreno, hubiera sido una locura. Y entre tanto cayeron sobre él disgustos sobre disgustos.

Fué el primero que la maestra Zibelli, de la noche á la mañana le negó el saludo. Hubiérase afligido menos por este suceso si hubiese sabido que había entrado entonces en una de sus fases, en la que, desengañada del mundo, se encerraba en una especie de forzado entusiasmo por su oficio de maestra, leyendo libros de escuela hasta por la calle para no ver la juventud y el amor que pasaban á su lado, pedantemente celosa de sus

deberes, rígida con las alumnas, con los padres, con sus compañeras, con el mundo entero.

Pero don Celzani, que no sabía esto é ignoraba la causa verdadera del desaire, bueno y atento como era para con todos, no suponiendo en ella, sino un movimiento repentino de antipatía, se sintió herido en lo más vivo del corazón.

Además encontró también extraña la conducta del maestro Fassi, con quien tropezó en las escaleras enseñándoles las pruebas de un artículo intitulado *Berlín gasta medio millón al año en gimnasia*, en el que hacía una comparación con toda Italia, que gastaba la mitad; y luego, cambiando bruscamente la conversación sobre la Pedani:

— ¡Hermosa mujer! exclamó. — Es digna de casarse con el hombre más hermoso de Italia. Apostaría cualquier cosa á que no puede usted sostener las dos pesas que ella sostiene con una sola mano. El que haya de casarse con ella, tiene que echar antes muy bien sus cuentas.

¿Á qué venían tales conversaciones? Él no se sentía ofendido de la comparación de sus fuerzas: su pensamiento único, era la disparidad de la belleza; por lo demás, tenía

la conciencia tranquila. Pero le inquietaba la sospecha de que el maestro conociera sus intenciones.

Otro día volvió á tocarle el mismo asunto.

— Arriba he dejado á la Pedani, que está estudiando una nueva combinación con el bastón Jäger, para las muchachas. Está consagrada por completo al estudio; no tiene distracciones amorosas. Quizá porque no encuentre quien le convenga. En el amor también ocurre, *similia cum similibus*, usted que sabe latín. ¿Pero dónde ir á buscar uno que le haga pareja? Ella desprecia á los hombres de mediana estatura. Y si tiene la tontería de casarse con uno de estos... ¡pobre de él!

Y miró fijamente al secretario.

También esta vez se turbó por temor de que el maestro leyese en su alma, no por las palabras que le dijo; las cuales, al contrario, exacerbaban todos sus deseos, y las masculaba después con cierto sentido de voluptuosidad.

Y hubo algo peor.

Dos ó tres veces, mientras seguía á la Pedani al bajar las escaleras, vió que salía al descansillo el estudiante Ginoni, con un semblante en el que se leía bien á las claras el propósito de un asalto; y siempre, al

verlo, no podía reprimir un movimiento de ira, volviéndose á entrar en casa.

Le encontró una mañana que iba siguiendo de lejos á la maestra por la calle de San Francisco de Asis. Le producía verdadero dolor.

La juventud, la gracia y el desenfado de aquel rubillo le descorazonaban.

Se propuso vigilarlo todos los días.

El disgusto mayor lo recibió de la mujer del maestro Fassi.

Ésta le andaba buscando hacia ya varios días; le encontró una tarde en el portal y le paró.

—¿Qué tal el señor Fassi? le preguntó él.

Con su voz quejumbrosa, como si saliera de un pecho oprimido por el peso de ciertos apéndices, le respondió como siempre glorificando las grandes ocupaciones de su marido.

—Arriba está trabajando, creo, en hacer un cuadro comparativo entre los sueldos de los maestros de gimnasia de Suecia y los de Italia. Porque es una vergüenza que debe concluir; pensar que con los estudios que se exigen, los maestros de gimnasia son pagados como empleadillos, y ni siquiera tienen el título de profesores que llevan todos los

que enseñan á emborronar papel! ¡Cuando pienso en ello!.. Con su ingenio y con su presencia podía haber hecho muy otra carrera! Porque no puede usted formarse una idea de los estudios de ese hombre. Y todavía trabaja, á pesar de lo que le perturban los quehaceres y las visitas! ¡Allí está la maestra Pedani, que á cada paso sube, pidiéndole ayuda y consejos! Dígame usted si una muchacha joven, con un hombre en la flor de su edad todavía, es decente que entre y salga con esa libertad; y sabiendo que estoy yo de por medio, ¡que si no estuviera!.. Vaya usted ahora á juzgar de las muchachas por el aire que se dan. Cualquiera diría que esta era la dignidad en persona. Ya, una señorita que en plena clase, como hizo el año pasado en el concurso de anatomía, se levanta con el pretexto de que no había entendido, para preguntar al profesor: *¿Señor profesor, donde está el nervio de la simpatía?..* está juzgada.

Y observando con una mirada rápida el efecto que producía en don Celzani, siguió adelante como la que dice cosas que para nada se refieren al interlocutor.

—Por lo demás, muchas más cosas habría que contar. Estas maestras jóvenes que an-

tes de venir á Turin han corrido media docena de pueblos... ¡Todo el mundo sabe las aventuras de las maestras en los pueblos! Cuentan una historia de una compañía de cazadores, que hizo ruido. Lo que más me maravilla es que la hayamos aceptado aquí en Turin. Lo cierto es que ya la conocen en la ciudad, y que está inscrita en el *Libro negro*. Basta; mi parecer es que no pasará mucho tiempo sin que veamos y sepamos cosas buenas.

Después de esto, murmuró de los demás vecinos, pero el secretario no oyó más, y por cuanto desconfiase de su lengua, cuando ella le abandonó se quedó completamente perturbado.

La idea de que aquella muchacha tuviera un feo pasado le daba una amargura indecible, celos terribles, era una tortura que le destrozaba el alma. Sobre todo aquella compañía de cazadores le acosó con sus bayonetas, una semana entera. Y aún sufría todavía más porque habian transcurrido varios días sin que pudiera verla, y, ansioso por saber algo, por librarse de aquella duda horrible, no veía á quién dirigirse, ni sabia cómo intentar sus pesquisas.

Una mañana al fin, la encontró... y gran

parte de sus sospechas se desvanecieron al verla.

No, Dios santo, no era posible: toda su persona, de la cabeza á los piés, desmentía aquella calumnia; todo su cuerpo hermoso respiraba la altanería de una virginidad vigorosa y tranquila. Pero una hora después las sospechas renacieron, y se apoderó de él el afán de antes.

Pero ocurrió un hecho por aquellos días que le lanzó á una resolución imprevista y repentina.

Una mañana encontró al maestro Fassi, que exabrupto, le dijo, como si continuase una conversación suspendida:

—Qué espartana es la Pedani. Lo he visto desde mi habitación: hay una pobre muchacha que viene á aprender los pasos rítmicos, y ella se pone á darle la lección con las ventanas abiertas de par en par, ¡con esta temperatura tan deliciosa! Es una idea fija; siempre afirma que es preciso hacer la gimnasia al aire libre.

El secretario hizo para sus adentros un rapidísimo razonamiento: si desde el cuarto del maestro se veía el de la Pedani, tanto mejor se debía ver desde la tronera del desván, que cae encima de la ventana de aquel cuarto.

Apenas se encontró solo, volvió á entrar en casa de prisa, cogió la llave del desván, subió á saltos la escalera, abrió la puerta y avanzó encorvado, porque daba con la cabeza en las vigas del tejado, por entre la leña, trastos viejos, montones, y hoyos hasta llegar á la tronera, trepó y echándose á la larga pudo asomar la cabeza lanzando una exclamación de placer.

La ventana del cuarto, situada en la pared de enfrente, estaba abierta de par en par, y la Pedani puesta de espaldas se apoyaba contra la ventana, impidiendo ver á la alumna. Su voz sonora de contralto llegaba con toda claridad hasta el tejado.

—Pero sino es así—decía,—de este modo usted no hace el *medio paso simple saltando*; le hace usted *largo saltado*. No nos entendemos. Repita.

El secretario oyó bien el paso de la alumna invisible.

—No—repitió la maestra,—todavía sale demasiado exagerado.

¡Oh, qué voz tan hermosa, profunda, llena de calor, vibrante, que hubiera hecho imaginar un cuerpo admirable á quien la hubiese oído con los ojos cerrados!

La Pedani parecía descontenta del segun-

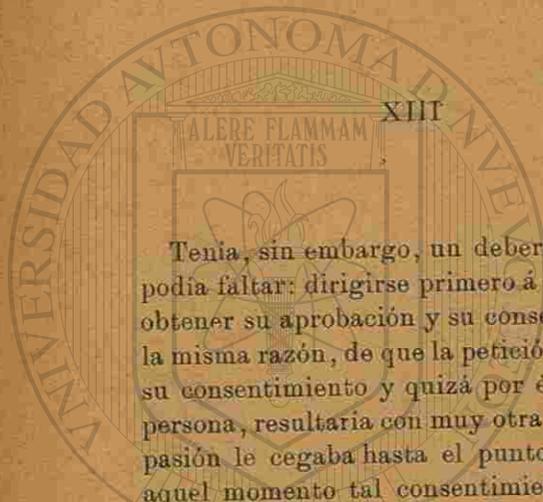
do ensayo, porque sacudió la cabeza con energía. Y cogiendo con impaciencia con ambas manos la falda negra para dejar al descubierto los pies y que pudieran verse bien los movimientos:

—¡Esté atenta!—dijo, y se puso ella á hacerlo.

—¡Santo Dios!—suspiró el secretario.

Vislumbró sobre sus zapatitos una blancura que le deslumbró como un rayo de sol que reflejase en un espejo y fuera á herir sus ojos, y la sangre subió precipitada á la cabeza como si le hubieran puesto con los pies para arriba. Fué solo un momento; pero bastó. Ya no pudo oír las otras voces de mando, se bajó, se sacudió con las manos temblorosas el polvo y las hojas secas, y siempre con aquella visión blanquecina en los ojos, atravesó, casi corriendo el desván, descendiendo con paso resuelto.

Una vez en su cuarto se sentó á la mesa y con la cabeza entre sus manos, trató de recoger sus pensamientos. Había decidido irrevocablemente intentar el golpe supremo con una abierta y explícita petición de su mano.



Tenia, sin embargo, un deber, al cual no podía faltar: dirigirse primero á su tío, para obtener su aprobación y su consejo; aun por la misma razón, de que la petición hecha con su consentimiento y quizá por él mismo en persona, resultaría con muy otra eficacia. La pasión le cegaba hasta el punto de que en aquel momento tal consentimiento no se le presentaba ni siquiera dudoso. En el peor de los casos, no llegaría á decir que no, re-sueitamente; titubearía, pensaría en ello; en suma, le daría una esperanza, y luego, no tendría corazón para arrancársela.

Preparó, pues, su discurso, y cuando tuvo bien seguro en la memoria el primer período y la urdimbre general, con aspecto grave, y con las manos cogidas y puestas sobre el pecho, se encaminó á la habitación del comendador, sentose frente á él, y después de pedir y obtener permiso para hablar, lenta-

mente, con voz trémula, fijando sus ojos en las rodillas de él, le reveló su secreto.

El comendador Celzani era hombre que no se asustaba de nada, y daba muy poca importancia á las cosas de este mundo. Pero cuando oyó de lo que se trataba, no pudo menos de levantar de la poltrona la majestuosa cabeza blanca, para mirar en los ojos á su sobrino: luego volvió á abandonarse sobre el respaldo, envolviéndose en su bata, y se dispuso á oír lo demás con la vista errante por el techo.

El secretario había tenido la suerte de cogarlo en un momento de óptima disposición de ánimo, porque tenía que ir aquel día con un inspector de Milán á ver un ensayo de gimnasia femenina al Instituto del Socorro. Por otra parte, arrebatado como casi siempre estaba por las delicias de un mundo fantástico, en el cual tenía impaciencia por entrar cada vez que se veía forzado á salir de él, jamás contradecía á nadie, y reservándose el no hacer luego nada, ó el hacer todo lo contrario de lo que los demás esperaban, no rehusaba nunca ni un consentimiento ni una promesa.

Cuando el sobrino terminó, él se puso primero á mirarse las uñas limpiísimas, luego

las pantuflas bordadas, y murmuró algunas palabras vagas que no eran un consentimiento explícito, pero tampoco una desaprobación. Lo que quería decir, es que había que proceder con cautela, y no con precipitación.

Sin duda, la señorita inspiraba simpatía y tenía todo el aspecto y el aire de una persona digna de estima. Pero (y á esto tendían todos sus circunloquios), antes de dar un paso, creía conveniente ir en busca de ciertos informes...

Y, mientras el sobrino lo miraba en ademán interrogativo é inquieto, él, mastizando las palabras y mirando al espacio, le ocurrió recurrir á su amigo, el caballero Pruzzi, director general de las escuelas municipales, el cual, seguramente estaría al tanto para dar noticias circunstanciadas y seguras sobre cualquier asunto del personal docente.

El consejo le pareció excelente á don Celzani.

El comendador contó por los dedos, fijándole el sábado próximo como el día más oportuno: hubiérale bastado para presentarse una tarjeta suya.

El caballero Pruzzi era un hombre de quien se podía estar seguro que, cualquiera que fuese el resultado de este asunto, sabría

mantener el secreto con la más escrupulosa delicadeza.

Después de decir esto y como si se hubiera hablado de una cosa de secundaria importancia, pasó á otra conversación.

La alegría que tuvo don Celzani por aquel consentimiento, fué amargada profundamente en los días sucesivos en que se despertaron las sospechas que la señora Fassi había suscitado en su corazón; poco á poco fueron estas agrandándose hasta hacerse tan terribles en su imaginación, que, el día fijado, subió las escaleras interminables del palacio municipal con el ánimo de un enfermo que va á oír su sentencia de muerte. Además de que, aun cuando conociera al caballero Pruzzi, como hombre buenísimo, y éste á su vez también le conociese á él, le repugnaba tener que confesarle su pasión y sus propósitos; porque de otro modo, no era posible consultarle los puntos delicados que eran necesarios.

Entró con timidez en la modesta oficina del director, que era una pequeña habitación iluminada por una sola ventana con estantes todo alrededor, con los nombres de todas las escuelas de Turín escritos en grandes caracteres.

Estaba el director sentado á su mesa, encorvado sobre un montón de papeles, atuándose la peluca negra.

El secretario se reanimó un poco al verlo tan pequeño y tan gordo, con su cara imberbe, molletuda y bonachona, sobre la cual veíase perfectamente el pensamiento inquieto de su *enorme responsabilidad*.

Recibió á don Celzani con una sonrisa ceremoniosa, que cubrió de arrugas su rostro, asemejándose por un momento á una máscara de *terra cotta* que se resquebrajase. Lo hizo sentar delante de él, tomó la tarjeta del tío, y le invitó á hablar.

El secretario se quedó algo atónito, al exponerle con palabras premiosas y confusas el objeto de su visita, sin que diera señales de sorpresa.

No hizo más que mover la cabeza y disponer su cara con esa particular expresión de seriedad que quiere decir:

—Señor, en este momento entro en funciones.

Cuando Celzani concluyó, pasó su mano por el mechón de delante de su peluca, y dijo gravemente:

—La cosa es delicada.

Luego preguntó el nombre y apellido de

la maestra, y á qué sección pertenecía.

Oída toda la relación, con las manos puestas sobre los ojos, estuvo reflexionando un momento, como si procurara recordar las notas especiales morales y físicas de la señorita en cuestión en medio de aquel pequeño ejército femenino que llevaba retratada cara por cara en su lucidísima memoria.

—¡Qué diablo!— exclamó de pronto descubriéndose el rostro, y sorprendido de no haber tropezado en seguida con una figura tan original; y fijando con lentitud su mirada en el secretario, como si quisiera comparar su figura con la de ella... rascóse luego ligeramente la punta de la nariz con el índice y dijo inclinando algo su cabeza: — Me alegro... — Pero demasiado tarde: don Celzani había comprendido el resultado de la confrontación y esperaba con ansiedad sus palabras.

—Pues bien — comenzó por decir el director, cogiendo una hoja de papel que había sobre la mesa, y poniéndose á doblarla y desdoblara de mil modos caprichosos y sin mirar al secretario, — usted quiere informes, como es natural... de orden, como suele decirse, privado. Pero... no es cosa fácil dárselos como usted supone. Piense un poco con quinientos maestros... cómo va uno á saber...

y luego que tiene uno siempre en la cabeza un monte de cosas, de jaquecas y de fastidios. Precisamente, tenemos un invierno de los más desgraciados, un run-run de ausencias en todas las secciones. Diríase que todas las maestras casadas se han convenido para acrecentar la población en este mes. Estas benditas familias de los maestros... cuando no está enferma la maestra lo está el maestro, cuando no falta el uno falta el otro, y cuando está enfermo el niño, faltan los dos. No hablemos de las señoritas que cojen un resfriado con un hilo de aire, y luego vienen las imposibilidades á plazo fijo. Mire usted la sección Saboya (y le puso delante un estado de faltas de asistencia): es un hospital. ¿Qué va usted á hacer? Enviar siempre el médico para cerciorarse... ¡Imposible! Además de que no siempre es conveniente. Debía estar establecida la multa para toda ausencia abusiva. Pero... ¿qué hacer? Ó hay dudas, ó se escucha la voz del corazón, ó se... Le aseguro á usted, querido señor Celzani, que es un asunto serio, serio, bastante serio.

El secretario quiso llamar al director con una respetuosa indicación, al asunto.

—¡Ah!—dijo éste,—usted ha venido por

informes. Precisamente como le iba diciendo á usted, figúrese si es posible vigilar á cientos de señoritas, la mayor parte de las cuales son jóvenes, muchas... demasiado sin duda... bellas, vivarachas, muchísimas independientes, desparramadas por una gran ciudad, en los arrabales, á dos ó tres millas fuera del recinto. Se hace lo que se puede, seguramente, como el decoro exige. Pero después de todo, no podemos tener un cuerpo de policía para los que cortejan á las maestras. Ni se pueden violar siquiera los confines... de una libertad racional. Es una cuestión sumamente delicada. No puede usted imaginarse las denuncias, las venganzas encubiertas, las intrigas. Recibimos montones de cartas anónimas. Hay muchachitas que nos desesperan, sin tener ellas la culpa, por culpa de la madre naturaleza que las ha hecho como son y que atraen las miradas. Y no tengo para qué hablar de las lamentaciones sin cuento que nos llueven por parte de las familias, ya por una votación injusta, por una reprensión no merecida, porque la escuela está muy fría ó muy caliente, por las toses, por las enfermedades de los ojos ó de los oídos. Añada usted, las señoras ofendidas por una palabra, maestras que se

creen perseguidas, directoras... ¡estas benditas directoras, que son como las madres abadesas de tiempos pasados! Ponga también el enredo de cuestiones que produce cada concurso que se abre, las transferencias, las distinciones, los castigos. Imagínese las dificultades, mi querido amigo, la delicadeza, el tacto que se necesita...

— Señor mío, — observó con timidez el secretario, — los informes...

— Voy ahora á los informes, — contestó el director. — Ciertamente sería mucho más fácil dar informes de un maestro. En este caso no habría más que decir: Es un hombre de bien ó no, es monárquico ó es republicano, tiene ó no tiene deudas, bebe ó no bebe. Todos los tengo en la cabeza, pregunte usted. ¿Pero cómo puede hacerse esto para las maestras? ¡Cómo! Es un asunto complicadísimo, en una materia... indeterminada. Y aún sabiéndolo, hay que irse con pies de plomo; tienen padres, hermanos, relaciones. Á veces acaba uno de dictar una resolución justa, y á los dos días se encuentra uno á un desconocido de lengua barba, que le echa á uno los ojos encima haciendo el molinete con su garrote. ¡Hay peligro también de dar un mal paso! Note por ejemplo que por una nada re-

curren á los periódicos. Y los periódicos son una calamidad en estas cuestiones: ¡tanto es el daño que hacen! los periódicos me dan miedo, se lo digo con franqueza, no por mí, sino por interés de la administración y de la disciplina; me causan terror. Vea pues, qué oficio el mío; querido amigo, vea qué responsabilidad llevo sobre mis hombros; vea la clase de cuentas que tengo que rendir al público y á mi conciencia.

Una sospecha siniestra pasó por el ánimo del secretario; que el director no quisiera hablar por no verse obligado á decirle cosas gravísimas, de aquellas que no se pueden ni excusar, ni atenuar. Y poniéndose en pie para obligarle á que le diera el golpe de gracia:

— En suma, — le dijo con voz emocionada, pero resuelta; — dígame si sabe algo, sea lo que sea. ¿Qué informes puede usted darme de la maestra Pedani? Sin ambages ni medias palabras; se lo suplico también en nombre de mi tío.

— Yo... — contestó el director, — no sé nada. Una excelente maestra. Esto sí puedo garantizarlo. Por lo demás...

Don Celzani hizo de toda su persona un punto interrogante.

—No hay nada que decir,—repitió el director,—que yo sepa. Habría... pero no lo hay. Es decir, habría que decir lo que se puede decir de todas las muchachas guapas... Que tiene gente al retortero... quizá ilusos. Ya me entiende usted.

Don Celzani insistió, preguntándole si sabía algo positivo, si había dado motivo á censuras en su vida privada, si le constaba algo á la Autoridad sobre su conducta en los municipios rurales donde había servido.

—Pero si ya le he dicho á usted que no lo sé, que no consta nada,—respondió el caballero.—Si me constara... tratándose como en el caso presente, de un asunto grave y de un amigo, hablaría... Pero... no dispongo de tanto... más bien...

—¿Más bien, qué?...—preguntó el secretario.

—Más bien—continuó el director,—yo daría, si me lo permitiera, un consejo al amigo; los informes negativos de las autoridades valen poco en estas cosas; rigen otros caminos; busque noticias de la familia, que es lombarda, de Brescia, si no me equivoco; proceda con cautela, que en estos asuntos no se camina nunca demasiado despacio. Al contrario...

—¿Al contrario?...—repitió don Celzani.

—Sí, al contrario,—dijo el director con brusca sinceridad;—si he de revelarle mi ánimo... ¿qué quiere? Una maestra... Las maestras, según mi modo de pensar, hay que dejarlas que sigan siendo maestras. Tienen una misión, debe dejárselas á ellas como á las monjas. Cada cual por su camino. Y luego... que no se sabe nunca... Perdóne si le expongo mi pensamiento con libertad... Pero esto está fuera de toda discusión. Repito, que no consta nada. Ó más bien... Repito como antes: infórmese en otras partes... y vaya con prudencia. Se lo aconsejo á usted por lo mucho que quiero al apellido Celzani. Y... nada más tengo que decir.

Una nueva sospecha cruzó por la mente de don Celzani; alguna maniobra secreta de su tío indujo al director á tenerlo en suspenso con palabras vagas, para quitarse de enmedio el fastidio de una negativa ó el enojo de tenerlo que persuadir á que diera largas al asunto. Á pesar de todo, intentó una prueba última.

—Usted conoce mi situación—dijo,—y puede imaginar el estado de mi espíritu: ¿me da usted palabra de honor de que me ha dicho todo lo que sabe?

En este momento entró un ugiar con un fajo de cartas y de impresos.

—¿Pero, á qué quiere que le dé mi palabra de honor—le contestó el director, revolviendo los papeles,—con este farrago de negocios? Ya lo ve usted, que no tengo ni un momento de respiro y no sé ni de qué lado moverme. ¡Santo Dios! Todo lo que podía decir... he tratado de decirlo... y ya sabe usted que tengo afecto á su tío. Hasta la vista, pues, y... siga mi consejo.

Luego, para compensar, le dijo en voz baja:

—Una hermosísima señorita, después de todo. ¡Oh, verdaderamente hermosa!

—Y lo empujó con cortesía hacia el pasillo.

En conclusión, el pobre don Celzani se quedó con nuevas dudas y los antiguos temores, y volvió á su casa tan descontento, afligido y lleno de ansiedad, que ni siquiera se cuidó de ir á dar cuenta de su visita al comendador.

El hecho de que aquella misma noche no se la pidiera su tío, le confirmó en la sospecha de que habia trabajado por debajo de cuerda en contra suya. Esto le indignó y le llenó de angustia. Pero aquella divina blan-

cura que habia visto desde el tejado, brillaba siempre delante de sus ojos como un foco de luz eléctrica; y á despecho de todo y de todos, su amor, ante aquella visión, crecía más obstinado y más ardiente que nunca.

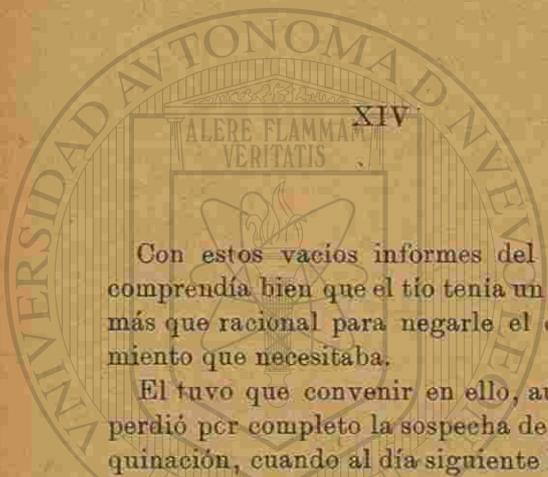
UANI



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
CALLE JARDÍN N. 1157  
APO. 1025 MONTERREY, MEXICO





Con estos vacíos informes del director, comprendía bien que el tío tenía un pretexto más que racional para negarle el consentimiento que necesitaba.

El tuvo que convenir en ello, aunque no perdió por completo la sospecha de una maquinación, cuando al día siguiente hablaron del asunto. Y entonces, no sabiendo á qué otro hilo agarrarse, concibió la idea arriesgada de confiarse al ingeniero Ginoni; fué á buscarlo y le contó todo, pidiéndole consejo.

El ingeniero le contestó primero lleno de sorpresa. ¿Qué necesidad tenía de informes? No se veían escritos los mejores, sobre su mismo semblante. Por su parte hubiera puesto la mano en el fuego. Sabía algo: que era de Brescia, huérfana, hija de un médico militar, muerto hacía muchos años; tenía un hermano, honrado comerciante establecido en Nueva Granada.

Estas noticias agradaron mucho á don Celzani.

—¿Y qué otros informes necesita usted?— continuó diciendo Ginoni.—¿Quiere enviar una circular á todos los alcaldes de los municipios donde ha sido maestra? ¡Cosa de risa! Una muchacha es siempre un misterio; no hay mas que confiar en su cara y en la inspiración de su propio corazón. ¿Y... dígame, querido secretario, á qué altura estamos de correspondencia?

Don Celzani puso una cara tan desanimada, bajando los ojos al modo como el cura lo hace ante el altar, que el ingeniero no pudo menos de echarse á reír, y de tenerle lástima á la vez. Así es que le dijo:

—Oiga usted... ¡y si dijese alguna cosita en favor suyo!... ¿Eh?... ¿Qué diré?... ¿Se puede dar una prueba mejor de amistad? ¿Si yo escrutase un poco el corazón de ella?

—Sí, indague,—murmuró tristemente el secretario.

—Lo haré— le prometió el ingeniero.— ¡Quién sabe! En el corazón de las mujeres no ve claro nadie más que el examinador desinteresado. Déjeme usted á mí y esté contento.

Y en su interior formó propósito de cum-

plirlo, no sólo por curiosidad del caso psicológico, tan singular por la singularidad de ambas personas, como porque hacía algunos días que sospechaba que su hijo detenía en la escalera á la maestra, y que ésta se hubiera abstenido hasta entonces de darle sus quejas, por no disgustarlo, pareciéndole un recurso de buena política paterna el poner entre el hijo y ella un impedimento.

Á la mañana siguiente, al salir de casa, encontró en el descansillo á la Pedani, parada con la camarera, á la cual le estaba indicando ciertos ejercicios gimnásticos para curarse los sabañones.

Bauman fué el primero que encontró que la gimnasia entre los bancos podía prevenir este malestar. Ella sabía muchas cosas sobre el asunto.

Á la vista de su amo la camarera se entró en la casa, y aquel la saludó con su broma habitual:

—¡Abajo la gimnasia!

Ella le contestó con el mismo tono:

—¡Abajo los factores del linfatismo y de la raquitis!

El ingeniero se echó á reír, y se encaminó con ella por las escaleras abajo.

Luego, deteniéndose, le preguntó:

—¿Pero cómo es posible que se esté usted tan tranquila habiendo desgraciados que sufren muerte y pasión por usted?

Ella se le quedó mirando con fijeza, y le preguntó:

—¿Quién se lo ha dicho?

—El mismo que á usted se lo ha escrito.

—En ese caso—dijo con indiferencia la maestra—hablemos de otra cosa.

—¿Cómo! ¿Ni siquiera puede oír hablar de ello?—preguntó el ingeniero.—¿Ni siquiera por lástima? ¿Á tal punto endurece los corazones la gimnasia?

—No,—replicó ella.—No tenía el corazón duro: lo tenía ocupado. Estaba dominada por una pasión única, y había decidido consagrar á ella toda su juventud. De todos modos, no habría unido su vida si no á un hombre que quisiera dedicar la suya al mismo objeto. Y añadió con sencillez:

—El que se case conmigo, tiene que hacer gimnasia por todo lo alto.

El ingeniero tuvo que reprimir la risa, y mirando con fijeza á la maestra, le dijo:

—Lo creo.—Luego le preguntó:—¿Por consiguiente, el destino del desventurado está irrevocablemente decidido?

—De mí—replicó ella—no depende el destino de nadie. Y basta así.

—*¡Amen!*—murmuró Ginoni.

Acabaron de bajar la escalera en silencio.

—Y sin embargo,—dijo el ingeniero, ya en el portal.—Usted sigue pensando en ello.

—*¡Oh santo Dios!*—contestó la Pedani—pensaba en muy otra cosa. Pensaba que á las niñas se les otorga demasiado pocos movimientos de las articulaciones inferiores. *¡Mire!*

El ingeniero se echó á reír, y, se despidió, exclamando:

—*¡Abajo Esparta!*

Y ella, volviéndose, le respondió:

—*¡Abajo Sibaris!*—y enfiló la acera á grandes pasos.

## XV

Don Celzani se sintió herido en lo más profundo de su alma con la respuesta, que un poco suavizada le refirió el ingeniero, y no le reanimó nada absolutamente la exhortación que este le hizo para que insistiera, repitiéndole la comparación de la mina con la mecha larga, que el día menos pensado llegaría á estallar.

Volvió entonces á caer en un estado tormentoso y digno de compasión. Siguió espionando á la maestra cuando bajaba ó volvía á casa, y unas veces, dándole mayor valor la desesperación, lanzábale miradas prolongadas, indagadoras, suplicantes, acompañadas de un saludo interminable que más bien parecía el saludo de un mendigo que pidiera por amor de Dios una sonrisa.

Ella guardaba la misma actitud con él, saludándole con cortesía, indiferente, sin ostentación y sin darle á entender que sabía

—De mí—replicó ella—no depende el destino de nadie. Y basta así.

—*¡Amen!*—murmuró Ginoni.

Acabaron de bajar la escalera en silencio.

—Y sin embargo,—dijo el ingeniero, ya en el portal.—Usted sigue pensando en ello.

—*¡Oh santo Dios!*—contestó la Pedani—pensaba en muy otra cosa. Pensaba que á las niñas se les otorga demasiado pocos movimientos de las articulaciones inferiores. *¡Mire!*

El ingeniero se echó á reír, y, se despidió, exclamando:

—*¡Abajo Esparta!*

Y ella, volviéndose, le respondió:

—*¡Abajo Sibaris!*—y enfiló la acera á grandes pasos.

## XV

Don Celzani se sintió herido en lo más profundo de su alma con la respuesta, que un poco suavizada le refirió el ingeniero, y no le reanimó nada absolutamente la exhortación que este le hizo para que insistiera, repitiéndole la comparación de la mina con la mecha larga, que el día menos pensado llegaría á estallar.

Volvió entonces á caer en un estado tormentoso y digno de compasión. Siguió espionando á la maestra cuando bajaba ó volvía á casa, y unas veces, dándole mayor valor la desesperación, lanzábale miradas prolongadas, indagadoras, suplicantes, acompañadas de un saludo interminable que más bien parecía el saludo de un mendigo que pidiera por amor de Dios una sonrisa.

Ella guardaba la misma actitud con él, saludándole con cortesía, indiferente, sin ostentación y sin darle á entender que sabía

que se apostaba detrás de la puerta, de las pilastras, en los rincones ó en la portería, y que se quedaba parado luego un rato contemplándola. Adivinaba, sin embargo, que la pasión del pobre hombre se iba de día en día inflamando más, y había para ello un nuevo motivo.

La reputación de la maestra Pedani iba creciendo.

Un artículo suyo sobre Pedro Enrique Ling, fundador de la gimnasia sueca, publicado en *La Nueva Liza*, curioso por el asunto y por una cierta brusca vivaacidad y por su estilo clarísimo, especialmente en la descripción de los ejercicios sobre la *escalera de ondulación*, y la *espaldera*, habíalo reproducido un periódico político de Turín, y causó cierto ruido.

Una noche dió también una conferencia en la *Filotécnica* sobre la creación de una gimnástica especial curativa de ciertas deformidades de los muchachos, desplegando, sin presunción pedantesca alguna, conocimientos bastante raros en anatomía; y los periódicos hablaron de ella, dando á conocer su figura con palabras delicadas, su voz hermosa y extraña, el modo singular con que presentaba las cuestiones, sus vigorosos á la

vez que armónicos ademanes que arrancaron unánimes aplausos.

Todo esto le daba notoriedad, era muy buscada para lecciones privadas, venían á su casa maestras aspirantes para seguir cursos especiales de gimnasia, que ya en aquellos meses no había en la Palestra; muchachas que teniendo defectos no querían hacer ejercicios con las demás maestras ya tituladas, y que buscaban explicaciones y consejos.

Don Celzani encontraba á cada paso á unas ú otras por las escaleras, y oía repetir su nombre con admiración, dentro y fuera de casa.

Esta naciente celebridad servíale de nuevo incentivo á su amor, un estímulo nuevo y mortificante y esquisito para sus deseos. Sentía aun más refinada voluptuosidad imaginándose poseedor seguro de una mujer conocida y admirada, pensaba que llegaría á ser doblemente feliz en su obscuridad, poseyéndola cuando volviera de una conferencia aplaudida, apoderándose de aquellas formas que tantos otros habían deseado y acariciado con sus ojos; parecía más bien que aquella felicidad sería tanto más dulce y profunda, cuanto más se anulara él empuñándose á su lado, sin ser otra cosa

que marido á ciertas horas, olvidado después en todo el resto del día; tenido como un servidor, un instrumento, un solaz, un buen animal de la casa.

¡Ah, santo Dios! Estas ideas le enardecían aun más el corazón: pues con su cabezota sólida de hombre meditabundo, dotado de una cierta finura clerical, había leído á fondo en el interior de ella, y comprendía bien, que una vez dado el paso, era mujer que le permanecería rigidamente fiel, por el sentimiento de la propia dignidad, por la fuerza de la razón, aun cuando hubiera estado por debajo de ella en todo. Lo principal era llegar, que luego no le importarían nada las bromas y las asechanzas. ¡Estaría seguro de sí, sabría custodiar su tesoro en las barbas del mundo entero. Se reía de las sátiras del maestro Fassi!

Éste, precisamente siempre que le encontraba se entretenía en darle estocadas, pero ahora con un sentimiento nuevo de acrimonia contra la Pedani, quien apareciendo más iluminada, le dejaba á él en la sombra, restringiéndole á la vez la colaboración de que había menester, por las mayores ocupaciones.

En aquellos días precisamente se había

concitado con los artículos provocativos de la *Liza* una nube de enemigos.

Asaltando á todos los adversarios de la gimnasia, había dicho que los bailarines no ejercitando mas que los miembros inferiores, tenían piernas atléticas pero pechos de pollo; había acusado á los maestros de esgrima de provocar un desarrollo excesivo en las piernas y en el hombro derecho con menoscabo de las justas proporciones de todo el cuerpo; se había enredado con los maestros de piano porque eran la causa principal de la vida demasiado sedentaria de las muchachas y con los ortopédicos que hostilizaban á la gimnástica porque desacreditaba sus instrumentos de tortura; hasta había molestado á los drogueros y farmacéuticos diciendo que calumniaban á la "ciencia nueva," porque había hecho disminuir la venta del aceite de hígado de bacalao, y por todos lados le venían acerbas respuestas que á él solo le embarazaban, no podía contestarlas y precisamente en esta difícil situación era cuando la Pedani lo abandonaba.

Fassi desahogaba su despecho con el secretario, sin decirle la causa verdadera, acusando á la maestra de ambición y de ingratitud, aun cuando por interés propio guar-

dase con ella las mejores relaciones, y si el secretario la defendía, él la atacaba más fuerte.

Un día, por último, llegaron á decirse palabras fuertes.

Extremando el maestro la maledicencia algo más allá de lo acostumbrado, don Celzani le respondió resentido:

—La señorita Pedani es una muchacha honrada.

—¡Oh!—dijo Fassi.—¡Si hubiese querido!

—¡Ah! ¡No es verdad!—exclamó don Celzani, indignado.

Estuvo aquel á punto de contestarle una insolencia, pero la idea de la rebaja en el alquiler que le tenía pedido, la contuvo entre los dientes.

—Le deseo—se contentó con decirle,—que no haga usted la experiencia á su costa.

El secretario replicó, se separaron de mal talante, y desde entonces ya se saludaron con mucha frialdad.

## XVI

Esta misma disputa avivó el fuego de su amor.

Estaban todos, por consiguiente, de acuerdo, para calumniarla y para hacerle la guerra, el tío, el maestro y su mujer, el inspector, la Zibelli, todos mentían; y él la amaba á despecho de todos. Y la amaba más que nunca, encontrando en la severa igualdad de su conducta hacia él, y hasta en todos sus ademanes ó nuevos movimientos que descubriera en ella, nuevas pruebas más de la honradez de su vida.

Otra excitación vino á agregarse.

Habiendo los albañiles que estaban componiendo el embaldosado del descanso de la escalera, puesto una tabla sobre la parte ya removida para que los inquilinos pudieran pasar cómodamente, era para él una voluptuosidad, ver pasar por la tabla á la Pedani

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE HISTORIA  
"ALFONSO ÁRIZO"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

y ver lo que cedía aquella á su paso, lo cual le daba casi la sensación de su peso.

Y una mañana tuvo la gran fortuna de que, habiendo quitado la tabla á un lado, salió él tan á punto, que llegó á tiempo de colocarla en su sitio cuando la maestra iba á pasar, haciéndolo con brusco movimiento para probar su fuerza.

Ella no se sirvió de la tabla; de un salto salvó la distancia, y al saltar, rozó con el vestido la cara del secretario, que estaba encorvado, produciéndole el efecto de un latigazo voluptuoso, dándole al par las gracias con una sonrisa que le hizo feliz durante varios días.

¿Fue realidad, ó una ilusión?

Desde aquel día creyó él ver en sus ojos algo nuevo; un vislumbre de benevolencia que le parecía el principio de un cambio duradero, y comenzó á escrutar aquel semblante con ardor inusitado como escruta un astrónomo la faz del sol, aunque dudando: tan ligero había sido el cambio.

¿Podía arriesgarse á hacer su pregunta? Era demasiado pronto.... ¿Qué otra cosa podía esperar?

Vino entonces en su ayuda el ingeniero Ginoni, con una idea luminosa.

Encontrándole una noche en la calle de San Francisco, le dijo:

—Querido secretario, si usted es un hombre fino, debe hacer una cosa. Hay en el escaparate de Berry una fotografía del barón Maignolt, el que venció á pie á un velocipedista famoso, yendo desde Paris á Versalles. La señorita Pedani es gran admiradora del barón. Debe usted ir, comprar el retrato y regalárselo. ¿Qué le parece? Dará usted un buen golpe. Pero, no lo olvide; no basta regalar fotografías; es preciso emular á los fotografiados. Haga usted una carrera de resistencia de Turin á Moncalieri, que dé cuenta de ella la *Gaceta del pueblo* y habrá hecho más que con diez años de suspiros.

Don Celzani no dijo ni que sí ni que nó; pero aquella misma noche compró la fotografía enviándola por la criada de las maestras.

Él esperaba muy poco de este hecho. Y sin embargo, á la mañana siguiente esperó á la Pedani para recibir de ella, aun cuando no fuera mas que frías palabras de agradecimiento.

Bajaban las dos, la Zibelli y ella. La primera, al verle, siguió adelante sin saludar. La Pedani se detuvo y le dijo con desusada

vivacidad, y con la más hermosa sonrisa que él hubiera visto en su semblante:

—¡Ah! señor administrador; ¡qué amable ha sido usted conmigo! ¿Cómo ha podido adivinar mi deseo?

Don Celzani se sintió lleno de gozo.

La maestra aún añadió alegremente al seguir su camino:

—No sé cómo corresponder á su atención. Mándeme usted, si puedo servirle en algo.

¡Ah! ¡cruel! El administrador, sin embargo, se creyó transportado al quinto cielo, y, alucinado y como beatificado y pareciéndole haber dado un paso gigantesco, juzgó venido ya el momento oportuno.

Tío ó no tío, informes ó no informes, él no podía sostenerse ya más así; tenía que hacer su petición formal lo más pronto posible, estando como estaba el hierro caliente. Solamente le ocurría la duda de si debía hacerlo de palabra ó por escrito, y dejó en suspenso la decisión.

Entretanto, púsose á elaborar con profundo cuidado la fórmula de que habría de servirse en cualquiera de los dos casos... Pero, cuando la estaba elaborando, fué advertido.

## XVII

Hacia varios días que la Zibelli había hecho las paces con su amiga, y un nuevo cambio había ocurrido también en su vida.

Un día se encontró en el portal de la casa á un joven maestro de gimnasia, ex-sargento de Ingenieros, rubio y elegante, que ella había oído hablar una vez con mucha distinción, en una junta de la Sociedad de la *Caja de los maestros*. Iba él á casa del maestro Fassi, su amigo. La había saludado con grandes demostraciones, acompañándola por la escalera y hablándole con una particular expresión de respeto y de simpatía.

Á los dos días volvieron á encontrarse en casa de Fassi, estando éste ausente, y su mujer viendo que ya se conocían excusó la presentación; y como el joven era maestro en la cárcel *La Generala*, su conversación fué tomando un cierto carácter sentimental, explicándole él de qué manera habían cesado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO ALVES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en aquella casa las riñas sangrientas, las rebeliones y demás violencias, gracias á la gimnasia, que servía de desahogo á la exuberancia de vida y al orgullo de los más fuertes, que después de la victoria pública de los ejercicios, tenían á menos oprimir á los reconocidos como más débiles. Y enfrascándose en la conversación, él le había pedido explicaciones y consejos, oyéndola con una atención tan cortés y tan viva, que le llegó al corazón.

Desde este punto, con la rapidez acostumbrada, había renacido la ilusión de un amor, y con ella, la alegría, la cordialidad y la amistad; habíase reconciliado con la Pedani, sofocando la envidia, que comenzaba á morderla, por sus glorias gimnásticas; era buena en la escuela, habíase despojado de la capa negra de la pedagogía, en la cual estaba envuelta, reanudando sus lecturas de literatura y á escondidas los ensayos de versos, abandonando la administración de la casa, cuyos cuidados tenía sobre sí.

Á esta nueva disposición de ánimo debió la Pedani el ser ella la encargada de llevar el primer día del mes el importe del alquiler al secretario, que hasta entonces entraba en las incumbencias de su amiga.

Ésta se quedó algo sorprendida, precisamente porque se trataba de ir á casa de don Celzani. La Zibelli, sin embargo, por más que siempre estuviera mal dispuesta hacia él, no sentía celos.

—Vete,—le dijo bromeando, después de entregarle el dinero en un sobre—le harás feliz.

La Pedani tomó del estante la *Gimnástica médica* de Schreber, que había prometido al señor Borsetti, y salió. Llamó á la puerta de éste, que la recibió con muchos cumplidos, y recogiendo el libro, le expuso cómo creía sentir alguna mejoría desde que hacía ejercicios de inspiración y expiración, y entonces la maestra le aconsejó que hiciera la rotación de los brazos, explicándole anatómicamente la acción especial del ejercicio gimnástico de las extremidades superiores, sobre las funciones de los órganos del pecho.

Mientras ella le daba estas esplicaciones, el secretario, solo en casa, sentado á la mesa en el despacho del comendador, buscaba hácia rato, con la pluma en la mano, las frases más importantes de su solemne petición, fuese hablada ó por escrito. Y tropezaba con serias dificultades, porque se trataba de armonizar bellamente una declaración de amor apasionado con la gravedad de una demanda

de matrimonio, que demostrase haber sido precedida de prolija meditaci3n y decidida con entera y tranquila conciencia; y no dejaba de ser oportuno á la vez, el que entrase una delicada alusi3n á sus condiciones de fortuna, no despreciables, y un toque á la esperanza en la herencia de su tío, si bien contaba éste con una falange de sobrinos en Milán y Génova.

Él tanteaba, escribía, borraba, sin darse por satisfecho, y algo turbado también, con la idea de que, siendo el día primero del trimestre, vendría la Zibelli, que era el *factotum*, á traer el arriendo, lo cual no dejaba de embarazarle desde que aquella le negaba el saludo.

La primera frase, á pesar de tantas dudas, quedaba ya firme é inmutable. Comenzaba así:

*“Señorita, voy á dar un paso decisivo en la vida de un hombre... y estaba precisamente acabando de redondear el primer período, cuando se oyó la campanilla.*

—Ahí está la Zibelli,—dijo para sí con despecho, y preparó un semblante respetuoso para recibirla.

En el mismo momento, asomaba la vieja criada, diciéndole:

—Señor, ahí está la maestra señorita Pedani, que viene á pagar el arriendo.

Don Celzani se puso en pie, con el rostro encendido. No pudo articular palabra, limitándose á decir con un gesto, que entrase.

Entró la Pedani y la muchacha cerró la puerta.

La aparición de la maestra le produjo el efecto de una repentina mutaci3n en todo lo que le rodeaba; la habitaci3n cambi3 de luz, los muebles de sitio, los contornos de los objetos se borraron, todo se alteró á sus ojos, como ocurre á los miedosos en los duelos. Corrió de un lado á otro, en busca de una silla, balbuceando:

—Siéntese usted, siéntese,—y se dirigió á la que estaba más distante; púsola pegada á la mesa, le pareció que estaba muy pegada, la separó, le pareció que estaba de medio lado; le dió la vuelta, indicando á la maestra, sin mirarla, que se sentara, se sentó también de medio lado, y cogiendo de sus manos el sobre, no le ocurrió cosa mejor que ganar tiempo para rehacerse, poniéndose á contar los billetes, con grandísima atención, como si le asaltase la idea de ser engañado.

Luégo, con los labios trémulos, dijo:

—Está bien;—y tomó una hoja de papel sellado para extender el recibo.

Mas al comenzar á escribir, con tal ímpetu chocaron en su cabeza la tentación de aprovechar aquel momento, para hacer la petición y el temor de que el momento fuera inoportuno y peligroso, que en lugar de escribir en el papel las palabras de uso, escribió:

—Señorita, voy á dar un paso decisivo...

Lo notó, se puso rojo, rasgó el papel, tomó otro, volvió á escribir, siempre con aquella tempestad en la cabeza; la vista se le velaba, no podía sujetar el pulso, no encontraba palabras, y sentía que su frente se cubría de sudor.

La maestra le miraba tranquila y seria. Nada le excitaba la risa, porque no tenía el sentimiento de lo cómico.

Si él la hubiera observado en aquel momento, solo hubiera advertido en sus ojos una ligera expresión de lastimosa curiosidad, idéntica á la que se experimenta ante un enfermo de enajenación mental.

Cuando al fin logró poner la firma, su resolución estaba ya tomada.

Dobló el papel, y reteniéndolo en sus manos para detenerla á ella, se puso en pie, y

de rojo se volvió pálido. Luego comenzó:

—¡Señorita!...

¿Qué es lo que entonces pasó en su mente?

Quizá un síncope del valor, quizá la idea repentina de que hubiera sido mejor encauzar antes el diálogo sobre otro asunto para que la declaración no pareciera demasiado repentina y atrevida. Claro está, que en lugar de decir lo que tenía preparado, cambiando de pronto de tono, tragando saliva por la reseca garganta, murmuró humildemente:

—Señorita... Si tiene necesidad de alguna reparación...

La muchacha no pudo en esta ocasión reprimir una sonrisa. Contestó que no, que todo estaba bien en su cuarto, y le dió las gracias por su cortesía. Y, levantándose, alargó la mano para coger el recibo.

—Había llegado el momento: ó en seguida ó nunca.

El secretario retiró el papel, y renunciando á decir las palabras preparadas porque la confusión le impedía dar con ellas, se lanzó con desesperado valor contra el peligro.

—¡Señorita! repitió...

Ocurre á veces á los menos tímidos, cuan-

do hablan poseídos por una fuerte emoción, y tanto más si deben valerse de una lengua que le es poco familiar, que su lenguaje, el tono, el gesto, todo se aparta involuntariamente del sentimiento que quieren expresar, de modo que, mientras éste es sincero, sencillo, humilde, la expresión sale enfática, atormentada, dogmática, fuera de tono, falsa, como si otro hablara en su lugar, sin comprenderlos y casi con el propósito de hacerlos fracasar.

Esto le pasó al pobre don Celzani, golpeándose el pecho con una mano, ahuecando mucho la voz, dando vuelta con su mirada en torno de la maestra, como si tratara de perseguir el vuelo circular de una mariposa, y moviendo de mil modos extraños los gruesos labios, como si los estuviera entorpecidos por el frío:

—¡Señorita!— exclamó —tengo que decir á usted una cosa. Usted me permitirá. Perdoneme. Sè bien que éste no es el lugar. Pero hay momentos, hay sentimientos, que el hombre honrado, cuando es un afecto puro, aun cuando sea delante de Dios, es imposible, todo se debe de decir, todo se puede perdonar, es un deber el decirlo todo. Yo ya me he explicado. Usted conoce mi

sentimiento. Jamás, jamás ha sido una ligereza, desde el primer día. Jamás. Siempre he cultivado aquella idea primera. Siempre en mi conciencia, si me he atrevido, y Dios es testigo de ello, la intención más pura, el fin más sagrado, el afecto de toda mi vida, aun cuando no lo haya escrito, aquí estoy para decirlo, señorita. ¡Aspiro á su mano!... Quizá no es esta la manera; pero hablo á un alma hermosa. El fruto está maduro. Lo he meditado. Es un caballero el que habla. Mi tío está conforme. Crea en mi corazón. No puedo vivir así. Pido su mano. ¡Una palabra tan solo! Pronuncia mi sentencia.

(*Pronuncia: fué un lapsus lingue*).

Diciendo ésto, anhelante, le plantó los ojos en el rostro casi con expresión de terror.

La maestra, que al oír las primeras palabras sonreía, acabó por oírle con seriedad, arrugó la frente una vez terminado el discurso, teñida con ligero color sonrosado, que luego desapareció. Luego, fijando la vista en un almanaque que habia colgado en la pared, con naturalísima entonación, que hacia singular contraste con la del secretario, y con una voz que, bajándose, llegaba á parecer de baritono:

—Mire, señor secretario,—respondió.— Yo no se manejar giros de palabras para decir ciertas cosas... como se debían decir. Digo con franqueza mi pensamiento: usted me perdonará. Ante todo, le agradezco sus buenas intenciones. Más aun, me considero honrada. Pero... si hubiera tenido alguna idea hubiérala manifestado en el acto, después de su carta, porque comprendí todo lo que encerraba. Le repito que me tengo por honrada, sinceramente. Pero, he aquí la cosa: yo no tengo vocación alguna al matrimonio. Por razón de mis ocupaciones, tengo precisión de estar libre; he decidido ser libre. Y, además... Tengo veintisiete años: si hubiera tenido otras inclinaciones, tiempo hace que las hubiera secundado. Así que... En suma, no sé hablar frases oportunas. Lo siento, y se lo agradezco. Hágame el favor del recibo.

Al oír tales palabras, el amor herido gritó, y la naturaleza recobró sus fueros.

—¡Oh, no, señorita, no!—exclamó don Celzani—Usted me dice eso porque no sabe. No soy como los demás: qué cree usted. La quiero á usted con toda formalidad; tiempo hace que vengo penando; no veo otra cosa. ¿qué hacer? Dice usted: quiero ser libre.

¿Qué me importa? Nunca pretendería ser un amo. ¡Ah, me comprende usted! ¡sería su siervo, no pretendería nada, no soy nada, estaría bajo sus pies, sería demasiado feliz, loco! No me conoce usted, como estoy, que pierdo la cabeza, que daría por usted mi sangre, la salud de mi alma.. ¡Santo Dios! ¡No me diga que no! Tenga piedad de un hombre de bien.

Y al decir esto alargaba los brazos, inclinandose delante de ella, alzando su cara suplicante, como el San Antonio de Murillo delante del Niño.

La maestra, maravillada de tanta pasión en tal hombre, lo miró un momento, echó una ojeada á la puerta y volvió á posar en él sus ojos, con vaga expresión de pena. Parecía pensar en su interior.

—¡Qué lástima que no sea otro!

—Pero comprendiendo con rapidez que su silencio podría ser mal interpretado se apresuró á decir, en el tono más amistoso que le fué posible:

—Basta, señor Celzani. Ya le he dicho á usted mis sentimientos. Usted tiene buen corazón. Encontrará otra que corresponda á su afecto, como mereco. Usted se ha engañado en lo que á mí se refiere: no soy como

quizá usted se imagina. No soy delicada. Tengo el corazón de un hombre. No sería buena esposa. Vea usted si soy sincera. Pienso un poco... y haga el favor de entregarme ese papel. No es conveniente que me detenga ni un momento más.

Don Celzani se quedó como petrificado. Pero el temor de permanecer solo en casa, con la desesperación de aquella negativa en su alma, le conmovió de nuevo, arrastrándole á intentar un último esfuerzo desconsolado de súplica:

— ¡Tómese tiempo al menos para pensarlo! ¡Piense aun en ello! ¡No me deje así para siempre!

La Pedani se sintió enojada é impaciente, dando un paso hacia adelante y alargando el brazo para recoger el recibo.

Por instinto el secretario le cogió la mano, y fué, como un vértigo: cayó arrodillado á sus plantas, y, ciego, suplicando, se agarró furiosamente á sus rodillas, rozando su rostro convulso contra el vestido. Fué un relámpago; dos gallardas manos desunieron sus dedos cruzados, y con un esfuerzo varonilmente impetuoso le pusieron en pie, aturdido.

— Señor Celzani — dijo severamente la

maestra, más bien con acento de fastidio, que de desprecio — estas cosas no se hacen conmigo. — Y al cabo de una ligera pausa, replicó: está dicho de una vez para siempre.

Pero el secretario no oyó.

El inmenso dolor de la repulsa, la vergüenza, el terror del porvenir eran sofocados en él por la sensación profunda y violenta de aquel abrazo, misterioso revelador de tesoros que esperaban sus fantasías, y que le dejaban con el estupor de un contacto sobrehumano.

Volvió en sí viendo que la Pedani se acercaba á la puerta, y con pasos vacilantes é impetuosos llegó hasta ella; se detuvo un poco antes.

Ella tenía cogida la manilla de la puerta: le miró con indulgente sonrisa retirando su mano, y ofreciéndosela con enérgica actitud de amistad, para quitar á aquella concesión todo sentimiento de ternura. El secretario lo comprendió y le dió la suya, muerta.

Ella volvió á su ademán severo y le dijo:

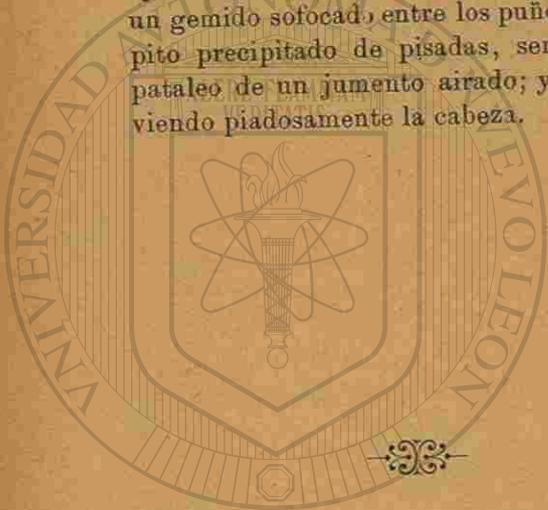
— Estamos, pues, conformes. ¡Jamás!

El repitió maquinalmente, como un estúpido.

— ¡Jamás!

Y no la acompañó.

Al atravesar el recibimiento, la maestra oyó un lamento sordo y prolongado, como un gemido sofocado, entre los puños, y estrépito precipitado de pisadas, semejante al pataleo de un jumento airado; y salió moviendo piadosamente la cabeza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XVIII

Desde este día don Celzani fué otro. Ya no se puso á esperar á la maestra en las escaleras; se lanzó á fumar cigarros Virginia, iba al café inmediato de Monviso, frecuentaba el teatro Alfieri, tomó un aire más desenvuelto para andar, se entregó á su trabajo de secretario con una diligencia nunca vista, como si las propiedades del comendador se hubieran triplicado de pronto, y llevó su osadía hasta cambiar su corbatilla negra por una corbata de color turquí, que le daba un aire enteramente jovial.

Todos los inquilinos notaron aquella transformación. Veíanle algunas veces subir las escaleras tarareando, veíanle subir y bajar saltando, le encontraban por la calle en compañía de jóvenes de su edad, con quienes nunca le habían visto, gesticulando, con otra cara, con movimientos y posturas de cura

renegado, que quiere disimular su antiguo carácter.

Sólo el ingeniero Ginoni sabía el por qué de este cambio, y se divertía con él: decía al secretario, cuando lo encontraba.

—Cayó el encanto y esparcido en tierra, el yugo está...; ó bien.

Al fin respiro, ¡oh Nice!

—¡Bravo, secretario!

Y este le respondía con un gesto cómico, como dando á entender.

—Todo ha pasado.

Y así siguió todo el mes de Marzo. Después del cual... cayó más perdidamente enamorado que antes.

¡Pero qué hacer, gran Dios!

En los primeros días de la nueva estación la Pedani había estrenado un vestido de lánilla color castaña, sencillísimo; una miseria que podía costar treinta pesetas con la hechura, y que quizá tenía defectos de corte; pero la modista verdadera y maravillosa era la persona que lo llevaba, y que lo llevaba informándolo con los contornos más seductores que hubiera jamás hallado un escultor de diosas.

Había ahora horas y días en que saliendo

de la gimnasia, el aire, el sol, el ejercicio daban á sus carnes como un esplendor fogoso de madura juventud, la frescura de un cuerpo de nadadora que sale del agua, algo que en derredor se difundía como la fragancia embriagadora de un árbol en flor. Y pasando al lado de don Celzani con paso ligero le decía:

—Buenos días, — con una nota de obéo limpia y profunda, que semejaba un grito involuntario de voluptuosidad, truncado á la mitad.

El pobre don Celzani resistió tres ó cuatro encuentros de estos, luego perdió la cabeza, abandonó el café Monviso, el teatro, los amigos, los cigarrros Virginia, las carreras por Turín y los ademanes desenvueltos; y de su audaz rebelión de un mes, no le quedó más señal que la corbata color turquí.

Pero durante aquel mes había meditado, y fruto de sus meditaciones fué que, entrando en el nuevo periodo cambió de táctica amorosa y se esforzó por dar á su pasión la apariencia de una tranquila amistad. Nada de apostarse, ni miradas suplicantes, ni trémulos saludos, ni silencios de adorador.

Se paseaba con la maestra en las escaleras, la acompañaba, trabando conversación

sobre cualquier cosa, hablando del tiempo, de los horarios escolares, de alguna separación necesaria, de un inquilino, de alguna tontería, con tal de hablar y de entretenerla, de habituarla á su compañía, de llegar á persuadirla de que podía estar con él sin volver á las declaraciones pasadas. Y lo logró.

Ella no dejó de sospechar que bajo aquella nueva apariencia se escondía un pensamiento, un lejano propósito; pero, en suma, habiase aquietado, y se podía discurrir con él, tanto más, cuanto que curado de aquel loco amor, era una persona educada, y un pobre diablo que no le desagradaba.

De este modo comenzó á establecerse entre ellos una cierta familiaridad.

## XIX

Y fué condición favorable para esto, una nueva declaración de guerra de la maestra Zibelli, que volvió á dejar salir sola á su amiga, como antes.

Había ocurrido el siguiente graciosísimo hecho: habiéndose encontrado ambas amigas juntas en la plaza de Solferino con el maestro rubio de *La Generala*, que las detuvo, á las pocas palabras aclaróse el equívoco; había confundido á la Zibelli con la Pedani, conocida de él únicamente por su fama, y admirada por sus artículos; así que la Zibelli vió cómo inmediatamente, los obsequios y la admiración de que primeramente había sido objeto, se convirtieron redoblados hacia la Pedani.

Toda descompuesta con este descubrimiento, después de pasar días horribles hartiando á su amiga de la mañana á la noche, se había entregado con gran ardor á la reli-

sobre cualquier cosa, hablando del tiempo, de los horarios escolares, de alguna separación necesaria, de un inquilino, de alguna tontería, con tal de hablar y de entretenerla, de habituarla á su compañía, de llegar á persuadirla de que podía estar con él sin volver á las declaraciones pasadas. Y lo logró.

Ella no dejó de sospechar que bajo aquella nueva apariencia se escondía un pensamiento, un lejano propósito; pero, en suma, habiase aquietado, y se podía discurrir con él, tanto más, cuanto que curado de aquel loco amor, era una persona educada, y un pobre diablo que no le desagradaba.

De este modo comenzó á establecerse entre ellos una cierta familiaridad.

## XIX

Y fué condición favorable para esto, una nueva declaración de guerra de la maestra Zibelli, que volvió á dejar salir sola á su amiga, como antes.

Había ocurrido el siguiente graciosísimo hecho: habiéndose encontrado ambas amigas juntas en la plaza de Solferino con el maestro rubio de *La Generala*, que las detuvo, á las pocas palabras aclaróse el equívoco; había confundido á la Zibelli con la Pedani, conocida de él únicamente por su fama, y admirada por sus artículos; así que la Zibelli vió cómo inmediatamente, los obsequios y la admiración de que primeramente había sido objeto, se convirtieron redoblados hacia la Pedani.

Toda descompuesta con este descubrimiento, después de pasar días horribles hartiando á su amiga de la mañana á la noche, se había entregado con gran ardor á la reli-

gión; todas las mañanas iba á la iglesia, había estrechado amistades con las señoras devotas del piso segundo, usaba velo negro, comía de vigilia viernes y sábados, dedicando todos los ratos desocupados á la lectura de libros ascéticos, que leía en alta voz aun de noche.

Con esto, fué recrudeciéndose aquellos días, á causa de un suceso extraordinario: la envidia que comenzaba á sentir hacia algún tiempo por los triunfos gimnástico-literarios de su amiga.

Estaba entonces en Turín el ministro de Instrucción Pública, Guido Bacelli.

Una mañana se presentó de improviso, con el alcalde y con el inspector, seguido de numeroso acompañamiento, en la escuela "Margarita", cuando la Pedani daba su clase de Gimnasia. Otra hubiera perdido la brújula. Ella no se turbó; y, formando á todas sus alumnas, hizo ejecutar los pasos ritmicos con tal variedad, precisión y vigor en sus órdenes, que un poco por esto, y otro poco por efecto de su hermosa presencia, el ministro le prodigó los más entusiastas elogios, entablando con ella una conversación sobre los métodos gimnásticos ingleses, quedando aún más admirado que de los ejerci-

cios, de la ilustración en la materia, de la maestra.

El hecho lo refirieron los periódicos, que publicaron su nombre como una verdadera gloria. Y no solamente produjo celos á la Zibelli; el maestro Fassi se puso fuera de sí.

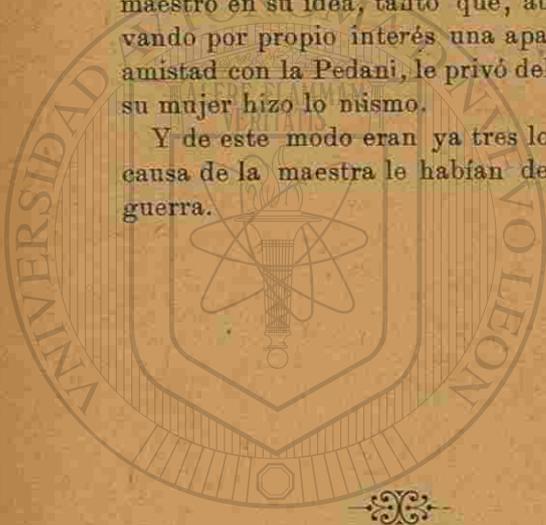
En aquellos días precisamente, la Pedani había sido nombrada maestra de Gimnasia de las monjas de San Vicente de Cottolengo. Una serie tan continuada de triunfos comenzaba á hacerse insoportable, y no tenía explicación suficiente más que con alguna secreta protección.

Ahora bien: al maestro se le antojó que de quien obtenía todos aquellos favores era del comendador Celzani, por excitación del sobrino. Y no pudo contenerse de buscar desahogo con éste.

—Es una vergüenza— le dijo un día sin más preámbulos— que mientras hay profesores de Gimnasia que no cesan de estudiar en veinte años sin haber conseguido obtener el favor más pequeño, y ni siquiera la compensación de la notoriedad, haya quien se haga camino y obtenga todos los honores con el solo prestigio de sus faldas. Es un tráfico ilícito, repugnante, que denunciaré en los periódicos.

El secretario fingió no entender. Mas aquella ficción no hizo más que reafirmar al maestro en su idea, tanto que, aun conservando por propio interés una apariencia de amistad con la Pedani, le privó del saludo, y su mujer hizo lo mismo.

Y de este modo eran ya tres los que por causa de la maestra le habían declarado la guerra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XX

Don Celzani sin embargo, obstinado é intrépido, continuaba dando vida y color á su designio, buscando manera de ganarse la buena amistad de ella.

Un día le procuró un verdadero placer presentándole un número de *El Gimnasta triestino*, que por casualidad había llegado á sus manos, que traía un artículo sobre la danza pírrica.

Otra vez le ofreció un número de *La Tribuna*, que su tío recibía, en la cual se refería la respuesta negativa que la sección de higiene del municipio de Roma, daba á todas las direcciones de las escuelas, que habían pedido informe sobre la mayor ó menor conveniencia de tener á los alumnos en la postura de *brazos cruzados*.

La maestra le agradeció mucho el ofrecimiento, diciéndole, que ella había tratado ya del asunto en su artículo.

El secretario le preparaba otras sorpresas muy distintas.

Hacia algún tiempo que sentía inclinación á trabar con ella ciertas conversaciones para las que se estaba preparando; pero no se atrevía. Un día se atrevió. Habiéndole dicho ella que asistía á un curso de anatomía, él le respondió tímidamente:

—La anatomía... Usted hace divinamente, porque sin ese estudio, no se puede conocer el valor... fisiológico de cada uno de los ejercicios, y, sin esto los ejercicios no se pueden clasificar... fisiológicamente, que es la clasificación más útil.

La maestra se le quedó mirando llena de estupor, y aprobó sus palabras.

Era un primer paso. Otro día tuvo algún más valor y le preguntó qué pensaba sobre la cuestión de los aparatos.

También esta pregunta le sorprendió agradablemente. Y contestó:

—Que no estaba con los que querían abusar de ellos, atendiendo á convertir los gimnastas en artistas acrobáticos, lo cual espantaba á las familias y constituía un verdadero peligro; pero consideraba injusta asimismo las exageraciones del partido contrario que pretendían abolirlos en absoluto ¿Á dón-

de se llegaría por este camino? Á una gimnástica infantil, en la cual no podría educar en las muchachas, la facultad especial denominada *valor físico*, necesaria á todos; sin la cual no se consigue más tarde hacer ningún ejercicio viril y arriesgado, sino á precio de penosos esfuerzos y de figuras ridículas.

Don Celzani iba aprobando con repetidos movimientos de cabeza.

—Yo también estoy persuadido— dijo, buscando palabras— que el completo desarrollo de todos los miembros no se puede obtener sino con ayuda de los aparatos. Pueden dejarse á un lado aquellos cuya utilidad pueda parecer dudosa; pero los realmente útiles... antropológicamente hablando... que tengan utilidad demostrada, á mi juicio son indispensables.

—¡Perfectamente!— exclamó la maestra, mirándolo con curiosidad. ¿Y no le parece á usted bien, que respecto al número y al modo de los aparatos, convendría dejar en libertad á cada maestro para seguir su propio ingenio y su personal convicción?

—No puede haber duda— contestó don Celzani, con gravedad.—Si no se hace esto, se quita al maestro todo incentivo para es-

tudiar nuevas combinaciones por sí mismo en relación con las varias clasificaciones...— y las fué enumerando por la punta de los dedos— anatómica, pedagógica, colectiva, individual y así sucesivamente; y entonces, ¿quién se ocuparía de hacer más experiencias é investigaciones?...

La maestra volvió á mirarlo con maravilla y con gusto juntamente, y movida por una mayor curiosidad, deteniéndose en las escaleras, le preguntó:

—¿Cuáles son los aparatos que usted juzga indispensables?

—Los aparatos que yo creo indispensables— contestó don Celzani con entonación de muchacho catequizado, volviendo á contar por los dedos— son... las barras de ascensión... los maderos de equilibrios, sin estar muy elevados del suelo porque es inútil... la barra fija... las paralelas, por de contado, y el plano inclinado... Á lo sumo, dejaría á un lado algún ejercicio... como la *escala de salvamento*.

—¿Cómo?— preguntó con vivacidad la maestra?—¿Es usted también de los que encuentran peligrosa la *escala de salvamento*?

—No; me he equivocado,—respondió el

secretario;—la *escala de salvamento*, verdaderamente, debe conservarse. En efecto; ¿qué peligro puede haber?... Alguna ligera torcedura á lo sumo. Estamos de acuerdo también sobre este punto.

—¡Entonces, estamos de acuerdo en todo!— exclamó la maestra satisfecha.— Digo que no es posible tener buen sentido y pensar de otra manera.— Luego, punzada otra vez por la curiosidad, cuando estaban ya en el portal, le preguntó con singular sonrisa:—¿Hace mucho que se ha dedicado á estos estudios?

El secretario se puso como la grana, é hizo un gesto indeterminado, sin decir una palabra.

Pero al día siguiente volvió sobre el mismo asunto, y siempre que la encontraba.

El comendador poseía libros de gimnasia, regalo de los autores, durante el tiempo que fué vice-inspector de Instrucción pública, fajos de números viejos del *Gimnasta aretino*, que años atrás le había enviado un amigo toscano.

Don Celzani lo leía todo, para prepararse ciertas preguntas y respuestas, y así podía sostener la conversación. Había, finalmente, encontrado el gancho, y admiraba la perspi-

cacia del ingeniero. Ahora, cuando trataban de tales materias, la maestra se detenía cada cuatro peldaños, y tenía así una ocasión deliciosa para admirarla, como nunca lo había hecho, y aprendía de memoria todos los pliegues, todos los botones, todos los detalles de aquel terrible vestido marrón; descubría los más pequeños movimientos, habituales en ella, que nunca había observado, estudiaba sus blancos dientes, uno por uno, hacía con sus ojos verdaderos viajes de exploración, en torno de sus formas, tan profundamente absorto á veces, en estas amorosas indagaciones, que se olvidaba de contestar, ó respondía á la aventura.

—En este juego, sin embargo, perdió él bien pronto aquel dominio de sí mismo, que era tan necesario á sus fines.

Poco á poco comenzó á pensar que fuese dirigida á él la simpatía que ella mostraba por el asunto de sus conversaciones; parecía que le saludaba, que le miraba y que le escuchaba muy de otra manera que antes; se sentía convulso bajo la mirada que ella fijaba en sus ojos, al exponerle sus razones; dos ó tres veces estuvo á punto de venderse, de cogerle su hermoso brazo, extendido por el aire, cuando hablaba de

los movimientos en la barra de suspensión.

Pudo contenerse, sin embargo. Pero recobró tanto valor, que se decidió á una nueva prueba, preparada con más inteligencia que la otra, en el día primero de Mayo, cuando volviera á su casa á llevarle el alquiler.

Creía que al menos esta vez no podría darle una repulsa absoluta. Algún lazo de unión había entre ellos. La idea de que, casándose con él, tendría á su lado una persona inteligente para sus conversaciones predilectas, un perpetuo espejo reflector de su pasión dominante, una especie de secretario intelectual, creía él que debía pesar mucho en su determinación. Guardaba en secreto, para darle el último avance, la revelación de un secretillo que, por vergüenza, tenía cuidadosamente escondido, hacía algún tiempo, á toda la casa.

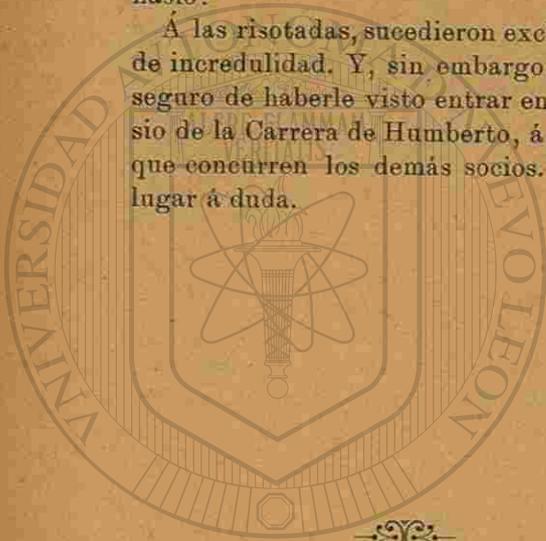
Mas, ¡ay de mí! ya no era tal secreto para todos.

El día antes del fijado por él, para hacer su declaración tercera, el estudiante Gino, al entrar en casa á la hora de comer, dió una noticia, que hizo prorrumpir á todos en ruidosas carcajadas.

—Papá,—exclamó cruzando los brazos sobre el pecho;—¿quieres saber una cosa que

parece increíble?... ¡Don Celzani va al gimnasio!

A las risotadas, sucedieron exclamaciones de incredulidad. Y, sin embargo, él estaba seguro de haberle visto entrar en el gimnasio de la Carrera de Humberto, á la hora en que concurren los demás socios. No habia lugar á duda.



## XXI

Las esperanzas fundadas por don Celzani para el día primero de Mayo, se frustraron por un suceso inesperado.

El comendador, que, para evitar las visitas de sus inquilinos, solia todos los días primeros de mes, pasar el día fuera, se quedó en casa aquél, arrellanado como siempre en su poltrona como si los estuviera esperando.

Don Celzani, que habia hecho todos los preparativos para el asalto, se mordía los puños de rabia.

Esperó hasta las once á que se decidiera á marchar; luego perdió las esperanzas, y se puso á dar vueltas por su cuarto como una fiera.

Una idea consoladora, vino sin embargo á iluminarle: quizá su tío tuviera curiosidad de ver un poco de cerca á la Pedani, y hablar con ella, porque entre ellos apenas ha-

bían mediado más que los saludos de cortesía al encontrarse en la escalera; y quizá esto fuera un indicio de buenas intenciones.

Después de la visita al inspector, el tío no le había vuelto á hablar del asunto; pero don Celzani sabía que él no ignoraba la persistencia resuelta de su pasión. ¿Quién sabe! Quizá tenía él dicho propósito. Y entonces el despecho se cambió en impaciencia. Vendría como la vez anterior á la una y media.

Á la una, el comendador estaba sentado en su despacho, con la majestuosa cabeza blanca abandonada en el respaldo de la poltrona, y los ojos azules clavados en el techo.

Fuese política ú otra cosa, cuando la criada anunció á la Pedani, él hizo ademán de irse y de ceder el puesto á su sobrino: luego cambió de idea.

La maestra entró, y no pareció contrariada al encontrarse con el amo de la casa, quizá porque éste hacia imposible una nueva declaración que ella temía.

El comendador se portaba con sus inquietos con una rara finura, y usaba con el bello sexo formas extraordinariamente respetuosas y llenas de dignidad.

Se levantó, se inclinó con los ojos cerrados ante la muchacha, y volviendo á su

asiento, insistió para que ella á su vez se sentase.

El secretario recogió el dinero y extendió el recibo con mano insegura, lanzando continuas miradas de abajo á arriba á los dos. Estaba poseido de una conmoción infantil, como si la Pedani hiciera la primera entrada en la familia y se debiera concluir el matrimonio en aquella sesión.

—Y bien, señorita.—preguntó el comendador con dignidad, templada por una ceremoniosa sonrisa, cuando el secretario hubo entregado el recibo á la maestra,—¿cómo va esa gimnasia?

Era evidente que quería hacerla hablar largamente.

La maestra le contestó que siempre estaba en el mismo punto: una gran cantidad de prejuicios que vencer en los padres de las alumnas, y también en las autoridades; por lo que los maestros debían sostener una lucha continua, en perjuicio, es claro, de la enseñanza.

—En la gimnasia femenina, sobre todo,—repitió la Pedani, animándose—por un sin fin de respetos... infundados. Usted lo sabrá bien. Yo no digo que se pueda en un momento, con las ideas de ahora, realizar el

plan de los baumanistas avanzados, de no establecer diferencia alguna entre la gimnasia masculina y la femenina. Pero, al extremo á que se quiere reducir ésta... es demasiado ciertamente.

El comendador hizo un signo de asentimiento con los párpados.

El mal, según él, era que se enseñaba la gimnasia para dar espectáculos con motivo de las visitas oficiales; por esto se llevaban hasta el exceso la medida y la escrupulosidad de movimientos.

—¿No es verdad?— preguntó la maestra con viveza.— Es lo que siempre estoy diciendo. Y, enfrascándose en la conversación, sin acordarse ó sin prestar fe á lo que el ingeniero le había dicho, con la ingenuidad de un monómano, discurrió sobre el punto predilecto del ex-asesor.— Dicen: las muchachas no deben hacer los movimientos que hacen los varones. Á esto, yo contesto: ó esos movimientos son higiénicos, ó no lo son. Si lo son, ¿cómo se pueden omitir por consideraciones que no tienen apoyo en ninguna razón seria? Porque aquí está la cuestión. Las muchachas no tienen que hacer gimnasia más que delante de sus maestras ó de sus madres. Por tanto, suprimidos los espectácu-

los que todo lo estropean, no queda ya dificultad alguna.

El comendador aprobó estas ideas. Realmente, según su opinión, los espectáculos debían cesar; pero no lo dijo. Se limitó á hacer una observación general sobre la necesidad imperiosa que había, especialmente para las muchachas, de una gimnástica más enérgica, más conforme con la que en Alemania estaba en boga. La nueva generación, según él, dejaba mucho que desear.

Había tocado la cuerda más sensible de la maestra.

—¡Que deja que desear!— exclamó ésta.— Y eso que usted, señor comendador, no está en el caso de formarse una idea precisa. Pero nosotros, que vemos bien á nuestras muchachas, que tenemos el deber de examinarlas, de tocarlas, vemos la absoluta necesidad de lo que dice. Si usted pudiera ver... El comendador medio cerró sus párpados, y prestó profunda atención.

—Si usted viera— continuó la maestra— ¡qué pobreza de sangre! No hablo de las que tienen verdaderos defectos orgánicos. Las hay en gran número con una constitución bastante buena, que no tienen vicios orgánicos, ni ninguna enfermedad ostensible, y sin

embargo dan lástima. Han crecido rápidamente; su esqueleto aumentó sólo en longitud; el sistema muscular no se ha desenvuelto en proporción. No tienen hombros, ni brazos, ni pecho. Ciertamente no hay motivo para temer las presiones... en la parte anterior, como temen las madres. Con el esfuerzo más pequeño se ponen anhelantes, sudan, las hay que llegan á desvanecerse. Parecen niñas convalecientes. ¡Da coraje ver que le ponen á una restricciones monjiles en la enseñanza de tales muchachas, que no deberían hacer otra cosa más que gimnasia de la mañana á la noche!

—¿Qué restricciones se les pone generalmente?— preguntó el comendador.

—De todas clases— continuó la Pedani.—

Quieren que los movimientos en las piernas sean limitadísimos... ¡y qué sé yo qué más! Luego en las paralelas, en las vueltas, en la barra fija también, ningún ejercicio en que sea preciso levantar los miembros inferiores... Para las mayores, que no suben ni por las cuerdas ni por los palos...

El comendador escuchaba con los ojos azules fijos en el techo, como sumergido en una contemplación celeste, moviendo lentamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Y con esto— siguió diciendo la maestra— lo que nos apasiona cada vez más por nuestras ideas, es el ver qué progresos se obtienen con lo poco que se nos concede. Usted no puede creer el cambio que se nota al cabo de un mes de gimnasia en las muchachas de doce años para arriba, y mucho más si son delgadas y anémicas por enfermedades que hayan sufrido en la infancia, ó por linfatismo adquirido. En un mes, el color de la mejilla se extiende, los brazos se redondean, el dorso se endereza, los músculos se levantan... Á veces, mirándolas por detrás, no se las reconoce; parecen mujercitas; han adquirido aquella elegancia y esbeltez de movimientos que forman la verdadera belleza estética; especialmente en los miembros inferiores... un desarrollo que le deja á uno confundido. Es ciertamente una cosa consoladora.

Si, también era consolador para el comendador, que seguía el curso de sus pensamientos. Hizole una pregunta que parecia brotar de una profunda meditación.

—¿Además de esto— dijo— tendrá usted particulares satisfacciones de parte de las pocas personas que tienen por la gimnasia una aptitud física excepcional, ó un ardor

igual al de usted; porque, entre un gran número, las ha de haber seguramente.

Y volviendo á entornar sus ojos, los fijó otra vez en alto, como para saborear la respuesta.

—¡Ah, sí!—le contestó excitada la maestra.—Las hay. Y por mi parte las conozco en cuanto les echo la vista encima, lo cual no es del todo fácil, porque no son siempre las más enjutas, las más esbeltas en apariencia, las que tienen mejores aptitudes. Estas se derivan de la estructura más ó menos armónica de los miembros. Hay muchachas gruesas, por ejemplo, que se creerían pesadas é incapaces de moverse, y tienen por el contrario una agilidad, una elasticidad que sorprende. Sería preciso que viera usted, señor comendador, en las horas de recreo, en las *Hijas de militares*...

El comendador cerró los ojos.

—Porque—añadió la maestra—el reglamento de la gimnasia puede restringir los movimientos todo lo que quiera; pero la verdad es que, fuera de la lección, hacen lo que les place. Tengo en Santo Domingo una docena, entre catorce y dieciocho años, que podían presentarse en un teatro; verdaderas acróbatas, que dan vueltas en la barra fija,

saltos en el trampolín de metro y medio de altura, volteretas...

—Y..., añadió sonriendo—gracias á que no hay espectadores. Pero se ven brazos y piernas de acero, cinturas que saltan como si fueran muelles: una hermosura, se lo aseguro. ¡Y decir que todas podrían llegar á ser así!... ¡Sería una bendición de Dios!

Sí, sería una bendición, y más que ninguno estaba convencido de ello el comendador.

Al cabo de un momento, como si todo su ser hubiera sufrido una sacudida, dijo su pensamiento:

—Esperemos, señora maestra, que poco á poco se llegará. Las ideas buenas acaban siempre por triunfar. Poco á poco van cediendo las resistencias por todas partes. Pro siga usted con constancia su apostolado, que hace usted una obra santa por el bien de nuestras pobres niñas; todas le debemos gratitud.

La maestra se levantó, dándole gracias. El comendador también se puso en pie, y previniendo al sobrino, la acompañó cortemente hasta la puerta, donde le hizo una profunda reverencia.

El secretario, que había permanecido de

pie, separado, inmóvil todo el rato; sin perder una sílaba de la conversación, y espionando, cuando uno, cuando otro, ambos semblantes, estallaba de gozo, pensando que la maestra debía haber hecho en su tío una excelente impresión.

Este, volviéndose, quedó parado en medio de la habitación, y pasándose una mano por la blanca majestuosa cabeza, dijo con paternal acento, y como si hablase para sí:

—Una simpática señorita.

Y se quedó como absorto en su pensamiento.

—¿Por consiguiente — preguntó temeroso don Celzani, — nada tendría usted que objetar?...

El tío no pareció comprender lo que decía en el primer momento.

Luego, penetrándose de ello, contestó con abandono:

—Por mi parte... ninguna. Solamente — añadió mirando á su sobrino de pies á cabeza — ¿tú tienes su consentimiento?

Este tomó su actitud de clérigo, con una mano puesta sobre la otra y bajando sus ojos chispeantes al suelo, respondió con voluntaria humildad:

—Lo espero.

—Veremos — dijo el tío mirándole una vez más; y volviendo á sentarse en su poltrona, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos entreabiertos, se hundió en sus meditaciones.

## XXII

Don Celzani fué feliz.

El camino estaba, pues, enteramente libre, y después de aquella visita, la maestra debía estar mejor dispuesta que antes.

Él pensaba hacer primero una pregunta de ensayo con las precauciones debidas, y luego la proposición suprema, si la anterior fuere bien acogida. Ésta podía hacerla en cualquiera parte, y, por consiguiente, buscó la ocasión en las escaleras.

Pero no fué afortunado.

La Zibelli había hecho con su amiga la centésima reconciliación, provocada por una de las causas ya sabidas.

El estudiante Ginoni, viendo rechazados sus asaltos sucesivos á la Pedani, en parte por represalias y en parte también por cierta burda malicia de muchacho, con la cual creía él sacar amor del despecho, se había lanzado á la conquista de la Zibelli; no era

una corte descarada, sino algo así de *amar-telamiento* semiserio, conversaciones amistosas, algún ramito de flores, expresivos apretones de manos cuando la encontraba sola. Y sin embargo, sin dar gran valor á tales demostraciones, la Zibelli, sin sospechar por qué, le agradaba como una caricia á su amor propio, como una distracción, como pasto agradable á su fantasía.

Por esto, volviéndose á buenas con la Pedani, siempre que estaba segura de no encontrar al joven, se acompañaba de ella, saliendo y entrando como antes.

Don Celzani falló, pues, en varias tentativas.

Una vez, en el momento en que esperaba cogerla sola, salió de casa el caballero Borsetti y la detuvo para quejarse de la acostumbrada dificultad en la respiración y de lo mucho que le fatigaba el movimiento de rotación de los brazos que ella le había sugerido.

Después de pensar un momento, la maestra le aconsejó la lectura en alta voz, explicándole que la respiración se aceleraba con este ejercicio en 1,26: que cuidara de leer con una corbata ancha, y que indudablemente sentiría mejoría.

El secretario esperó á que concluyera; pero el terrible viejo le pidió explicaciones sobre los movimientos de flexión de la gimnasia Schreber, y entonces tuvo que renunciar á su propósito.

Otra vez casi llegó á alcanzarla, sola, al pie de la escalera, al entrar en casa, cuando aparece por detrás el ingeniero Ginoni, que volvía á casa.

Después que don Celzani había recaído en su pasión, aquél había tomado sobre sí su parte de protector, entre venenoso y bromista. Pero esta vez le dió un disgusto.

—Señorita Pedani — dijo con la mayor seriedad poniendo una mano sobre el hombro del secretario — le presento á usted á uno de los más asiduos y mejores gimnastas de la Palestra de Turin.

Don Celzani tembló, negó, rojo de ira, encendido de despecho; hubiera querido ocultarlo, y auguró una gran desgracia en su interior al impertinente.

La maestra, sin embargo, recibió la noticia con jovialidad y sorpresa, mirándolo como si quisiera investigar los cambios que la gimnasia debía haber producido en su figura.

En aquel mismo momento estaba en la actitud de cura tantas veces notada; mas sin

embargo creyó ver en sus ojos extraña viveza. Dudó, á pesar de todo, y creyó que sería una broma.

—Vea como no puede negarlo dos veces — dijo el ingeniero. — Créame, señora maestra, que el hecho de haber enviado á don Celzani al gimnasio, será una de sus mayores proezas.

Aquel don hirióle nuevamente en lo vivo. Pero notó en el semblante de la muchacha una sonrisa tan sincera de complacencia, sin sombra siquiera de burla, que se consoló. Sí; había llegado el momento, y haría muy bien en no retrasarlo ni siquiera un día.

En efecto; aquella misma tarde, antes de anochecer, á hora en que sabía bien que la Zibelli no estaba en casa, tomando el pretexto de ir á ver si había cierto desperfecto en el tubo del agua potable, subió á casa de la Pedani.

Esperaba ser recibido en su cuarto, y ella lo retuvo en el saloncillo, de pie. Tenía puesta la blusa de gimnasia de tela rayada de azul, que le dibujaba admirablemente los hombros, y una falda blanca, con una mancha de tinta sobre una rodilla.

Por primera vez, y con sorpresa de don Celzani, notó éste en ella algún embarazo.

Pero este no derivaba tanto de su visita, cuyo objeto adivinaba, como de la certidumbre absoluta que ella tenía, como si la estuviera viendo, de que la muchacha, colocada detrás de la puerta, no perdería ni una sola de sus palabras. De aquí que se viera obligada á ser breve y casi dura en la conversación, tratando de templar aquella dureza con la expresión del rostro.

—Señorita,—dijo bajo don Celzani, temblando, después de haber hablado del tubo en voz alta;—vengo... por última vez á preguntarle... si sigue siendo de la misma idea.

Ella le miró con benevolencia, echó una ojeada á la puerta, y repitió con ligera entonación de sentimiento sus mismas palabras:

—Siempre de la misma idea...

Don Celzani palideció. Y aún más bajo preguntó:

—Irrevocablemente.

La maestra volvió á mirar á la puerta, é inclinando un poco el rostro con ademán piadoso, respondió:

—Sí.

El secretario se pasó una mano por la frente, y abrió desmesuradamente los ojos.

Aquella respuesta le había paralizado; no

encontraba palabras. El silencio se prolongaba. No se podía seguir así.

La maestra, que tampoco sabía qué decir, hizo un movimiento de inquietud, que él advirtió.

—Entonces...—dijo—me voy...

Ella no respondió. Echó á andar, y cuando estaba próximo á la puerta, volviendo hacia atrás la cara, consternada, con acento desesperado, que hubiera hecho reventar de risa á un espectador indiferente:

—No hay, pues,—dijo,—nada que hacer en el tubo del agua.

Aquel ridículo contraste, entre la voz y la palabra, tocó en el corazón de la muchacha, mucho más que cualquiera súplica; tuvo intenciones de decirle algo para consolarle. La conciencia, sin embargo, le impidió enganarle. Y solamente dijo con afectuosa y compasiva sonrisa, que él no llegó á ver:

—No, señor Celzani. Nada hay que hacer.

El secretario respondió con un sollozo ahogado en la garganta:

—¡Mis respetos...!—Y se fué.

## XXIII

Desde aquel momento fué aún mayor su desesperación, porque entonces la amaba con toda el alma, con una mezcla de ardiente sensualidad y de ternura infantil, avivadas continuamente con el recuerdo de aquel abrazo embriagador, de sus coloquios familiares, de tantos sobresaltos, de tantas esperanzas, de tantos desengaños, que parecíanle la mitad de la historia de su vida. Y no soñó ni un momento en rebelarse contra su pasión, como la vez pasada, porque conocía bien que le era imposible.

No, á costa de cualquier tormento, debía continuar viéndola, hablándola, rondándola como un perro, é interponiéndose entre sus pies, aspirando su perfume de juventud, gozando de su voz profunda y de su piedad, torturándose la imaginación, el corazón y la carne, ante sus ojos.

Y los tormentos se exacerbaban, y él mismo fué en busca suya.

Como el verano se venia á más andar, ella aligeró sus vestidos, poniéndole más de manifiesto aún sus formas, que le hacían delirar. Volvió á encaramarse en el desván entre el polvo y las hojas secas, con la cara asomada en la tronera, y la vista de ella, que daba entonces sus lecciones con cuerpo escotado, enseñando sus hombros amplios y sus estupendos brazos, le martirizaban; y aun cuando no pudiera verla, se estaba una hora oyendo su voz y sus órdenes.—¡Abajo, arriba, manos adelante, manos atrás, movimiento simultáneo de los brazos!—resonaban en sus oídos como exclamaciones de amor. No podía conciliar el sueño de noche, para poder recoger todos los rumores de arriba; el más leve le hacía saltar, como si hubiera sentido que sus piecitos se posaban sobre su cuerpo. Su cerebro se fatigaba en aquella especie de febril soñolencia, imaginando astucias y recursos temerarios para poderla ver; agujeros en el suelo del desván, perforar los muros, combinaciones de espejos, escondites imposibles.

Y al punto de excitación á que había llegado, no se cuidaba para nada de los vecinos para apostarse: salía, entraba, volvía á subir á todas horas, la perseguía por la calle.

la esperaba en el patio, con los pretextos más tóviles se ponía á hablarle, le ofrecía toda clase de servicios extraños en presencia de cualquiera, no ya con el aire de un pretendiente sino de un esclavo, cansándola con las miradas humildes pero llenas de fuego, en las que no pedía amor, sino compasión, repitiendo como un eco todas sus palabras, alcanzando en un solo sentimiento de desmedida admiración su figura, su ingenio, su su fama creciente, la más común y más vacía de sus frases.

En su presencia se contenta; en el momento en que había pasado cesaba su dominio: llevábase una mano á la boca, mirándola por detrás, y de este modo sofocaba el grito de amor y de deseo, que salía en un suspiro sordo y lamentoso. No osaba ya como otras veces parar su imaginación, contemplando la felicidad de una posesión completa, porque, apenas arrancado el último velo á su ídolo vivo, abriase en su mente tal abismo de voluptuosidad, que huía de este propósito por terror á la locura.

Recurría entonces, para quietarse, á las ideas afectuosas, imaginaba la casa nueva de esposo, colocaba los muebles, se representaba cariñosas escenas, veía una cuna blanca...

Pero de nuevo volvía á asaltarle repentinamente la pasión en aquel refugio: veía otra cuna, diez, veinte, un pueblo entero salir de su unión, y todavía no le bastaba, atormentando su fantasía con aquella figura que siempre fresca y potente se le ponía delante como la imagen de la juventud inmortal y de la voluptuosidad eterna.

Así iba creciendo de día en día este ardor, en medio de la amistosa familiaridad que ella le otorgaba, creyéndole resignado con su negativa.

No le bastaba el día entero para forjar aquella varia y vertiginosa sucesión de fantasías, de subidas al desván, de conversaciones de cinco minutos después de media hora de espera, de ímpetus inesperados y solitarios de ternura y de angustia, en los cuales sufría y gozaba casi en el sufrimiento. Su mente huía del trabajo, su memoria se ofuscaba para todos sus negocios, su vida se desordenaba, su salud íbase alterando; su fisonomía poco ó poco adquiría una expresión nueva, extraña, original, infantil, asustadiza, unida á una grande é ingenua bondad, como hombre arrebatado en la adoración de un fantasma que huye por los aires.



El ingeniero Ginoni que seguía con curiosidad y ojo avizor este *crescit eundo*, encontrándose un día con la maestra Pedani en el patio se detuvo cinco pasos antes de llegar á ella, y le hizo en broma un movimiento amenazador con el bastón. Luego se aproximó y tradujo el movimiento en palabras:

—¡Ah! ¡despiadada señorita! ¿No sabe usted que el pobre don Celzani se va perdiendo por su causa?

La maestra no comprendió.

—Pero positivamente — continuó el ingeniero — va perdiendo el caletre.

Y le refirió lo que sabía por conducto del comendador.

Hace algún tiempo que la secretaria ronda, la administración iba manga por hombro, los inquilinos de la otra casa de Van-chiglia habían venido á quejarse al amo porque no recibían contestación á sus recla-

maciones, el bravo secretario había incurrido en dos multas por haberse olvidado de pagar los derechos de registro.

—He aquí — añadió, — á lo que conduce la gimnasia! ¡Vea los funestos efectos del ejercicio del sistema muscular sobre las funciones del cerebro!

...Otra vez el pobre don Celzani se dejó engañar miserablemente en la venta de ochocientos miriágramos de ramaje y leña de las posesiones de su tío, equivocándose en la suma y perjudicándose en ciento veinte pesetas y setenta y cinco céntimos. El comendador le había dado una chillería y estaba fuera de sus casillas. Si don Celzani le hacía alguna otra, había decidido relevarlo *ipso facto* de sus servicios, y enviarlo á que se enamorara en casa de otro. ¡Y usted, fría de corazón vulneradora, tenía valor para arruinar de este modo á un pobre hombre honrado!...

La Pedani no se sonrió: la cosa le apenaba de veras. Y lo dijo así, fijando su mirada en tierra, como absorta en un pensamiento: ®

—Me apena. — Luego añadió: — Yo no tengo, sin embargo, culpa alguna.

—¡Esto es lo malo! — contestó el ingeniero, riéndose. — Porque si tuviera culpa esta-

ría obligada á la reparación. Y entonces... ¡vea usted, cuántos bienes! El secretario no perdería la cabeza, el comendador no perdería el secretario... ¡Pobre secretario! Un corazón de oro en el fondo, un hombre honrado, la mejor pasta de curita extraviado que Dios haya echado á este mundo. Solamente tiene la desgracia de aspirar á la perfección de las líneas, y la perfección, ya se sabe, no la logran mas que los artistas privilegiados. Á este punto echóse á reír. — ¡Ah! ¡qué prodigio! ¡Y decir que usted ha enviado á don Celzani al *potro*!

La maestra reflexionaba.

—Ea; basta,—continuó el señor Ginoni,— ¡con tal de que del salto del *potro* no pase al del puente del Pó!

—¡Oh, señor ingeniero!—dijo la Pedani con una sonrisa; pero no sin inquietud.—El señor Celzani no es capaz de tales cosas.

—¡Eh! señorita,—repuso Ginoni— el hombre más suave y más racional del mundo, por sí mismo, es como el agua en un vaso: que se derrame ó no, sólo depende del grado de fuerza del polvo efervescente que la pasión echa dentro.

Dichó esto, la saludó, y ella se encaminó pensativa hacia su casa.

## XXV

Pronto, sin embargo, salió de aquel estado, porque su pasión soberana recibía en aquellos días un alimento poderosísimo con las noticias que de hora en hora llegaban de las grandes fiestas del Congreso gimnástico de Francfort.

Cada periódico que refería nuevos detalles, enardecía su entusiasmo.

Ella veía la llegada de las representantes á la ciudad, recibidas por el burgomaestre y una multitud inmensa de ciudadanos; veía la gran procesión triunfal de catorce mil gimnastas de todos los países del mundo; jovencillos, hombres encanecidos, hombres en la flor de sus años, llevando centenares de estandartes acompañados por dos mil cantantes de las sociedades corales, que avanzaban por las calles cubiertas de banderas, bajo arcos triunfales, por entre casas decoradas de coronas y guirnaldas, bajo una

lluvia de flores; veía la palestra infinita, con la colosal estatua de Germania, y los innumerables aparatos, y veinte mil espectadores, aplaudiendo los milagros de fuerza, de destreza y de arrojo; se representaba la varonil figura de Meller, vencedor del primer premio, agitando su corona de roble entre los hurras frenéticos de un pueblo; se imaginaba aquel ejército de gentes gallardas desparrramadas por la antigua ciudad, donde á cada paso aparecía el retrato de Iahn Turn Vater en fraternal confusión con los ciudadanos, agolpados en torno de los gimnasiarcas más célebres, de los escritores, de los doctos, de los médicos y reformadores, discutiendo en veinte lenguas diferentes de todo lo que ella amaba y admiraba, embriagados todos con la idea regeneradora de la raza humana, por el soplo de juventud y de grandeza que se respiraba en el aire como en un grande espectáculo antiguo de Corinto ó de Delfos.

¡Oh! ¡qué noble y qué hermoso era todo esto!

El pensamiento de poder concurrir aunque fuera en poco, dentro de su angosto campo, á preparar en su país jornadas semejantes, difundiendo la fe en los efectos maravillosos de la educación física y exci-

tando á otros para que la difundan como el verbo de una nueva edad, le encendía el alma, iluminaba todas sus facultades y triplicaba sus fuerzas para el trabajo.

En aquellos días precisamente estaba preparando un discurso á este propósito que debía ser pronunciado en el próximo Congreso nacional de maestros de instrucción primaria, que se debía inaugurar en Turín, y habiendo obtenido admirable acogida una colección de artículos varios, publicados por *El Campo de Marte*, en los que había ella defendido con calor la institución en todas las ciudades de un cuerpo de *bamberas* voluntarias, se disponía á dar una conferencia sobre esta materia en la Sala de la Escuela de Arquímedes. Y no cesaba de recibir de muchas partes excitaciones, cartas, adhesiones, propuestas y cuestiones de gentes adeptas á la gimnástica femenina; y á todos contestaba.

Ciertamente, el impulso más vigoroso para todo este trabajo se lo daba la firme y entusiasta persuasión de hacer bien, que se mantenía viva en ella desde la primera juventud; mas al crecer su notoriedad y el aplauso del público, comenzaba á mezclarse en su alma una complacencia que antes no

sintiera, una idea de ambición que ella no quería confesarse á sí misma, y además otro sentimiento nuevo, la turbación que produce la primera conciencia del renombre, una cierta amargura de no saber en qué verter el exceso de su vitalidad intelectual y moral, que la agitaba, vencía la fuerza nativa de su temple, y hacía que se sintiera más mujer de lo que nunca se había sentido.

Para ella, que jamás soñó siquiera salir de la modesta obscuridad, aquel ligero rumor que se levantaba en un ángulo del mundo entero por su nombre, era la gloria, y la gloria es una soledad. Y cuando esta soledad sentía, durante las interrupciones de su trabajo, en los días en que su amiga no le hablaba, su pensamiento iba á parar á don Celzani, no como á un amante, sino como á un amigo, y entonces se quedaba por un momento con el mango de la pluma apoyado en el labio inferior, con ligera sonrisa de benevolencia dirigida á su imagen. Él la amaba, sin duda, y ella comprendía que su pasión era de esas que tienen combustible para toda la vida.

Solamente que...

## XXVI

Dió la conferencia sobre las *bomberas* voluntarias.

Eligió mal la noche para ella; había poca gente, unas treinta señoras y un grupo de estudiantes, pero alcanzó entre aquellos pocos, por la originalidad del asunto y por la singular viveza de exposición, un éxito caluroso. Uno de los primeros que se acercaron á apretar su mano fué el joven Ginoni, tan fresco, como si nada hubiera ocurrido entre ellos; antes bien, con cierta chispeante sonrisa en la que pudo ella leer con honda pena la resurrección de su capricho.

En efecto; al verla por vez primera en público, admirada y aplaudida, su pasioncilla volvió á prender fuego por la mecha de la vanidad. La idea de los exquisitos goces de amor propio que él hubiera saboreado, cuando lograra vencerla, cada vez que la viera y oyera en análogas circunstancias

le produjo una comezón irresistible. Y, no conociéndola á fondo, se decidió por un nuevo ataque de jovenzuelo impetuoso y ligero, que creen en la omnipotencia del ataque á la bayoneta.

Al día siguiente, á la hora en que solía salir sola, la esperó en el descansillo del primer piso.

Llovía, la escalera estaba oscura; por consiguiente, propicia para el asalto.

Para tener manera de trabar conversación había comprado un retrato de Meller, el vencedor del primer premio en Francfort, del cual, en pocos días, se habían difundido á millares las fotografías por toda Europa.

Cuando la oyó bajar subió á su encuentro.

Estaba verdaderamente hermosa aquel día, algo excitada todavía por el pequeño triunfo de la noche anterior, toda vestida de obscuro, con gran sombrero negro que coronaba admirablemente su esbelta persona.

El joven se quitó el sombrero y con jovial desenvoltura, poniéndole delante la fotografía:

—¿Señorita —le dijo— permítame ofrecerle un retrato que quizá verá usted con curiosidad?

Ella adelantó la cara con gran desconfianza.

Apenas leyó el nombre, lanzó una exclamación de placer:

—¡Meller!

Y, cogiendo el retrato se acercó á la pared para verlo mejor por la poca luz que entraba por la ventanita de la escalera.

El joven se pegó á su lado, como si quisiera ver él también, y adelantando la barba sobre el hombro de ella, comenzó á dar explicaciones en voz baja señalando con el índice de la mano derecha:

—Este es un verdadero tipo alemán. Mire la estructura del cráneo, fijese usted en la boca. Y sin embargo si no se supiera, diríase que no es el primer gimnasta de Alemania. ¿No parece más bien un pacífico profesor de literatura? ¿No querrá usted decirme nunca una palabra consoladora? ¿Será usted eternamente indiferente conmigo? tendrá usted siempre un corazón...

El paso de una pregunta á otra había sido tan natural, que la maestra no puso en el momento atención; pero pronto lo advirtió bien y mucho mejor al sentir que la megilla de él rozaba con la suya, y que le aplicaba el brazo en torno de la cintura.

Se libró con un brusco movimiento é indignada le dijo:

— ¡Señor Ginoni, esto es una innoble asechanza!

El joven se echó hacia atrás para darle una respuesta cómica, pero se contruvo y se anubló su semblante viendo aparecer en lo alto de la escalera la cara desencajada del secretario, que bajaba deprisa, también con un retrato de Meller. Sin embargo, no le contrarió el encontrar una escapatoria para su fea situación.

— ¿Qué quiere usted aquí? — preguntó al secretario que se había detenido, y le fulminaba con sus ojos. — Seguramente que no viene á cobrarse el alquiler.

El secretario no supo decir otra cosa mejor que repetir trémulo las palabras de la maestra:

— ¡Es una innoble asechanza!

— ¡Cáspita! — replicó el joven, mientras la maestra se iba lentamente. — Es un eco perfecto. Solamente que, cuidado, porque las palabras dichas por ella las tomo ahora en muy otro sentido.

— ¿Y aún se atreve?... exclamó el secretario, casi fuera de sí. Si no fuera por el respeto que tengo por su padre...

— ¡Oh, por caridad! — interrumpió el estudiante. En estas cosas ni entra el señor padre ni la señora madre. Hace veinte años que me quitaron el pecho. Aquí no hay más que dos hombres... Mas... para no gastar saliva, dígame: ¿es usted de los administradores que se batan?...

— Si — respondió en alta voz don Celzani, tomando una apostura demasiado trágica para la ocasión presente, — soy uno de los que se batan.

— Entonces no hablemos más, — dijo el joven resueltamente — tendrá el honor de verme. — Y volviendo las espaldas se entró en su casa.

Una hora después el ingeniero Ginoni, informado de todo por la Pedani, cogía el sombrero, fastidiado, y subía la escalera en busca del secretario, con objeto de prevenir cualquier paso de su hijo.

En el fondo, aunque estaba disgustadísimo por la ofensa inferida á la señorita, consideraba la provocación como una chiquillada; pero como hombre de mundo que conocía bien las exigencias á que obliga el amor propio de jovencuelo vivo, capaz de empeñarse en llevar el asunto hasta su último punto, quería acomodarle en términos amis-

tosos, no ya retractando la provocación en nombre de él, sino proponiendo una conciliación por medio de la cual se diera un paso hacia adelante por ambas partes.

Se presentó, pues, al secretario, á quien encontró solo, con las maneras cordiales de un amigo: mas aquél, siempre excitado por su pasión, excitadísimo entonces por los celos, lo recibió con tan grave continente, que con gran trabajo pudo el ingeniero contener la risa.

Afablemente le dijo éste cómo había sido informado por la maestra; que había venido para arreglar la contienda entre buenos amigos. Deploraba el hecho de su hijo, pero el duelo había sido una locura, un absurdo ridículo, que ni siquiera cabía discutir. Era preciso ahogar la cosa inmediatamente.

—Ea, querido secretario — dijo, — la maestra Pedani, queda fuera de cuestión; yo puedo hacer en nombre de mi hijo, por lo que á la señorita respecta, todo género de excusas como es de mi deber. Pero por lo que á usted toca... no hubo más que algo de vivacidad por ambas partes. No tiene usted otra cosa que hacer sino mostrar un poco de buena voluntad, y la cosa terminará sin consecuencias, yo le respondo.

Pero don Celzani no era el don Celzani de antes. Se mantuvo firme.

—He sido ofendido — dijo.

—Vamos — le contestó el ingeniero, — las palabras más graves pronunciadas fueron "innoble asechanza," y las dijo ella. Quien tenga más juicio, que ponga más de su parte. Usted tiene quince años más que él. No hay para qué estar tieso: ¡qué diablo!

Pero el secretario estaba á matar por lo del brazo rodeando la cintura. Aquí estaba el punto, no en la provocación; por esto era de difícil arreglo.

—¿Pretende, quizá, que yo me humille? — preguntó alzando la cabeza.

—¿Pero qué humillaciones son esas? — exclamó el ingeniero.

...No se trata de esto. ¿Se trata de salvar el amor propio de un jovencuelo que ha lanzado una provocación; si usted quiere entenderlo! Se trata de buscar una manera para que no se vea obligado á seguir la cuestión. Basta con que diga que siente haber pronunciado aquellas dos palabras, y le respondo que todo ha concluido. ¡Oh, santo Dios! ¿Pero es por ofensa de su honor ó por celos, por lo que tan duro se muestra?

Don Celzani respondió solemnemente:

— Por lo uno y por lo otro.

El ingeniero se le quedó mirando... y llegó á perder la paciencia.

— No creía — dijo, conteniéndose con trabajo, que el amor le hubiera vaciado la cabeza hasta este punto. Por consiguiente, ¿usted busca un duelo?

Alzó aquél la cabeza, y con tono verdaderamente heróico, respondió:

— No lo busco, pero tampoco lo temo.

— Entonces no tengo otra cosa que decirle sino que es loco, enteramente loco — gritó el ingeniero exasperado — y que suya sea la responsabilidad, si así lo desea.

Y salió, cerrando con violencia la puerta.

## XXVII

Otra escena del mismo carácter de tragicomedia ocurría pocas horas después en el piso superior, causada por el mismo hecho.

La Pedani, volvió á su casa, á la hora de sentarse á la mesa, con el rostro algo turbado; su amiga que entonces estaba en buena relación con ella, le preguntó amablemente el por qué.

Algún tiempo antes no se hubiera atrevido á resollar; pero ahora que comenzaba á sentir la necesidad de abrir su espíritu, sin sospechar nada, contó e por b lo ocurrido, expresando la inquietud por las consecuencias que pudieran surgir.

Á las primeras palabras, la Zibelli sintióse herida en el corazón, pero disimuló y oyó hasta el fin. No pudo responder ni una palabra; sin embargo, la rabia la sofocaba. ¡También el estudiante! ¡Pero había nacido para su condenación aquella desventurada criatu-

— Por lo uno y por lo otro.

El ingeniero se le quedó mirando... y llegó á perder la paciencia.

— No creía — dijo, conteniéndose con trabajo, que el amor le hubiera vaciado la cabeza hasta este punto. Por consiguiente, ¿usted busca un duelo?

Alzó aquél la cabeza, y con tono verdaderamente heróico, respondió:

— No lo busco, pero tampoco lo temo.

— Entonces no tengo otra cosa que decirle sino que es loco, enteramente loco — gritó el ingeniero exasperado — y que suya sea la responsabilidad, si así lo desea.

Y salió, cerrando con violencia la puerta.

## XXVII

Otra escena del mismo carácter de tragicomedia ocurría pocas horas después en el piso superior, causada por el mismo hecho.

La Pedani, volvió á su casa, á la hora de sentarse á la mesa, con el rostro algo turbado; su amiga que entonces estaba en buena relación con ella, le preguntó amablemente el por qué.

Algún tiempo antes no se hubiera atrevido á resollar; pero ahora que comenzaba á sentir la necesidad de abrir su espíritu, sin sospechar nada, contó e por b lo ocurrido, expresando la inquietud por las consecuencias que pudieran surgir.

Á las primeras palabras, la Zibelli sintióse herida en el corazón, pero disimuló y oyó hasta el fin. No pudo responder ni una palabra; sin embargo, la rabia la sofocaba. ¡También el estudiante! ¡Pero había nacido para su condenación aquella desventurada criatu-

ra!; Y quién sabe desde cuántos meses vivía aquel amor al que hacía algunas semanas servía de entretenimiento y quizá de estímulo! No acabó de comer; dijo que no se sentía bien. Pero si no se desahogaba, hubiese estallado. Y no pudiéndose desahogar, por dignidad, sobre aquel asunto, buscó otro con febril impaciencia.

Acabando de cenar de prisa, la Pedani abrió sobre la mesa, puesta aun, un atlas de Bauman, y se puso á examinar las figuras.

La Zibelli se paseaba por la habitación mordiéndose los labios.

De pronto, pasa por detrás de su amiga, y echando una ojeada á las láminas, exclama:

—¡Qué actitudes de payasos, santo Dios!

Molestada en este punto, la Pedani se sentía herida siempre en el acto. Le contestó:

—¡Ya es hora de que hagais alguna otra crítica más nueva si es que podeis! ¡en diez años he oído repetir siempre las mismas diez palabras!

—Porque siempre son justas, — replicó la Zibelli. — ¡Y luego, hasta cuándo os haréis los sordos y estareis en adoración del gran jefe acróbata, como los artistas pagados de una compañía!

Era una impertinencia; pero la Pedani jamás se apoderaba de lo que á ella pudiera molestarla, no veía más que el argumento contrario.

—¡Gran jefe acróbata!—exclamó con irónica sonrisa.—Más talento y mejor sentido tiene Bauman en un dedo meñique, del que encierran las cabezas de todos los partidarios de Oberman pasados, presentes y futuros. La cuestión está ya juzgada.

—¡Ah, todavía no!—respondió la Zibelli, volviéndose de espaldas.—Bauman es un gran desordenado que no tiene base fija; que hace, deshace, sin tener siquiera una idea clara, definida del propio método, y alarma al mundo entero para meter ruido. ¡No hay más!

—Bauman—dijo sumisamente la Pedani—ha dado á Italia una gimnasia que antes no tenía.

—¿Cómo se puede decir eso—replicó la Zibelli—cuando no ha hecho mas que exagerar todo lo que ya había y poner el modelo en caricatura, que es la cosa más fácil de este mundo?

—¡Oh, eso es una indignidad!—exclamó la Pedani.—¿Y quién, entre otras cosas, ha enseñado antes que nadie á vuestro Ober-

man la gimnasia en los bancos? ¿Cómo podéis hablar vosotros en nombre de Oberman, que era progresista, que ahora sería baumanista si viviese, sin duda alguna, porque tenía talento, mientras vosotros no sois ni siquiera conservadores de lo suyo, sino que sois su degeneración?

La Zibelli se puso lívida, y dejó de razonar.

—Pues bien,—respondió— aun cuando así fuese, todo es preferible á marchar adelante con vosotros, con vuestra gimnasia de Alcides de plazuela, peligrosa para los niños, indecente para las muchachas y charlatanesca para todos.

Cuando la amiga daba en iras instantáneas, la Pedani volvía á ser dueña de sí.

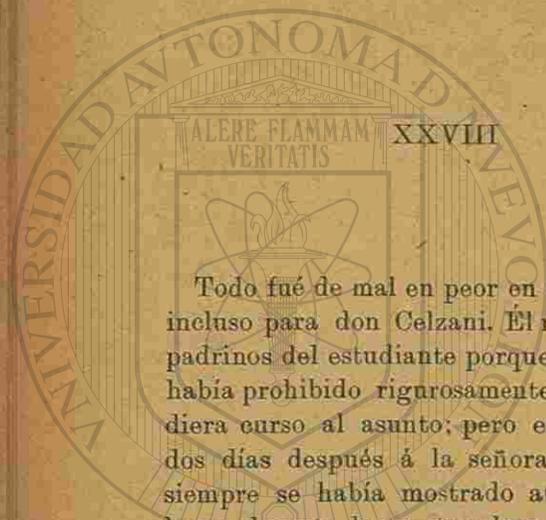
—Pues bien,—respondió con abandono— dejadnos romper la cabeza, y guardáos vuestra gimnasia de chicos. No os hará el *bú* y salvareis el *pudor*.

Esto hizo salir de sus casillas á la Zibelli.

—No quiero que nadie se burle de mí... ¡jea!—gritó— ¡Estoy cansada de que me injurien! Hace ya rato... ¡Oh, no puedo más! ¡No puedo más!

Y se fué cerrando con todas sus fuerzas la puerta, y dejando á la Pedani con su atlas

abierto, más sorprendida que molesta. Pero también más cansada que nunca de todos aquellos cambios, de todos aquellos enfurecimientos, cuya causa solo vagamente sospechaba, pero que haciéndose más frecuentes cada vez, le hacian insoportable aquella convivencia.



Todo fué de mal en peor en aquellos días incluso para don Celzani. Él no recibió los padrinos del estudiante porque el ingeniero había prohibido rigurosamente al hijo que diera curso al asunto; pero encontrándose dos días después á la señora Ginoni, que siempre se había mostrado atenta con él, hasta el punto de aceptar alguna vez su brazo para transportar su indolente naturaleza por las escaleras arriba, tuvo el dolor de que no correspondiera á su salud. ¡Y hubiérale ofendido aun más la afrenta si hubiese sabido que aquella buena señora no la había dirigido al ofensor de su hijo, sino al enamorado de la maestra; porque era quien estorbaba á su adorado Alfredo una conquista galante, sobre la cual hubiera gozado haciendo la vista gorda!

Recibió también aquel mismo día el golpe

de gracia; el mismo ingeniero Ginoni le lanzó idéntica afrenta, al pasar á su lado por la calle de San Francisco, sin volverse siquiera á mirarlo.

Quedaban, pues, rotas las relaciones, con toda la familia, y esto hizo crecer aun más el estado de excitación morbosa de su pasión.

Nuevos disgustos vinieron á mortificarle al día siguiente.

Entre las muchachas que venían á dar lección particular de gimnasia al piso tercero, había una especie de gitanilla, con los pelos cortos, rizados, hija de una vendedora de pomadas y cosméticos, también maestra de gimnasia, que iba á casa de la Pedani para aprender "combinaciones" de pasos rítmicos, que luego daba por suyos; y siendo muy apasionada por el arte, y un poco estrambótica, hacía experimentos continuos, fuese donde fuese, con las faldas en la mano, como si tuviese el baile de San Vito.

Ahora, las señoritas devotas del primer piso, habiéndola sorprendido dos veces sobre el descansillo, dando lecciones á pierna descubierta á otra discípula de la Pedani, escandalizadas y furiosas, mandaron á llamar al secretario para que impidiera aquellas indecencias, diciéndole que "no se sabía

en lo que había venido á parar la casa, por causa de la Pedani.,

El secretario, herido en su amor, y ya mal dispuesto, contestó con malas palabras, ellas trataron de probar los hechos, él levantó la voz y entonces le pusieron en la puerta, amenazándole con acudir al amo y exigiéndole que no las saludara jamás.

Aún le pasaron cosas peores en los días siguientes:

El caballero Borsetti le encargó que suplicara en su nombre al maestro Fassi que, á una cierta hora, no saltaran ni jugaran con las pesas sus hijos, porque le molestaban.

El secretario, irritado ya, no cumplió el encargo con la debida cortesía y dejó escapar la palabra *tumulto*.

El maestro se puso fuera de sí. Llamar *tumulto* á las experiencias científicas, á las preparaciones prácticas y razonadas que él hacía de sus propias lecciones, torturándose el cerebro en bien de la humanidad, le parecía el "non plus ultra," de la audacia, y apoyado por su mujer, pisoteó al secretario en toda regla, aludiendo con impertinencia á la Pedani, luego lo puso en la puerta, amenazándolo, y fué en son de queja á casa de Borsetti; el cual, acusando á don Celzani,

de haber cumplido mal su encargo, y comprometido á un caballero como á un marrano, lo increpó, se ofendió con sus respuestas, y no volvió á mirarlo más á la cara.

Estaba, pues, en guerra con todos, en aquella escalera. Pero aún había más.

De sus distracciones y de su irritabilidad, tenían motivo de queja, tiempo hacía, los inquilinos de la otra parte de la casa; y como la noticia de sus amores, causa de aquel gran cambio se había difundido entre todos, todos hablaban alto y bajo de él, sin miramiento alguno.

En suma, la obstinación de aquel curilla extraviado, de querer á una muchacha que no le quería, parecía una petulante pretensión, con indicio de ridículo orgullo, ó de imbecilidad completa. Y ni siquiera le hacían el honor de llamar amor á su pasión; debía ser una fea inclinación de seminarista, envejecida, y se leía en los ojos; referíanse hasta brutales tentativas que había hecho con la señorita al subir las escaleras, le llamaban puerco, mirábanle de reojo; comenzaron más tarde por hacerle desaires, á los que él respondía con otros mayores, exacerbándole hasta el punto de ser él mismo el provocador.

Varios vecinos se quejaron por carta entonces al comendador, algunos de ellos aludiendo al escandaloso amor, á la descarada persecución á la maestra, á escenas que ocurrían en la escalera y en el portal, tales, que las madres de familia no podían ya salir con sus hijas sin correr el peligro de tenerse que tapar la cara con el abanico.

Tanto hicieron entre todos, que un día el comendador perdió al fin la paciencia, y decidió intimar á su sobrino por última vez á la hora en que volviera á comer. Sin embargo, no estaba dispuesto á usar las palabras más graves, porque le había puesto de buen humor una cartita de la Pedani, la cual le invitaba, para dos días después, á una función de gimnasia de las *Hijas de los militares*, en la cual se prometía hacer profundas observaciones.

Pero se incomodó al ver comparecer al secretario con la cabeza vendada, pálido y empolvado. Le preguntó qué tenía, y él se lo dijo.

En la Palestra, donde seguía yendo, aun después de perder toda esperanza, para domar sus nervios, habiéndose lanzado por desesperación á un ejercicio en demasía arriesgado sobre la barra de equilibrios, le

faltó un pie, y cayó al suelo, pegándose con la cabeza en un madero.

El comendador se irritó aún más con esto, calificándolo de payasada.

Después, con severidad nunca usada para con él, le dijo que estaba cansado de su negligencia, de su vida desordenada é indecorosa, y de las quejas que le llovían de todas partes; que el escándalo debía terminar, y que si en el espacio de una semana no cambiaba radicalmente toda su conducta, lo arrojaría fuera de la casa. Ya había puesto los ojos en alto. Dicho esto, y participándole que quería comer solo, lo dejó.

## XXIX

Todo esto le arrastró á la última desesperación, en la cual sólo una duda quedaba en su perturbada mente: si debía partir para Génova y embarcarse para América, ó quedarse en Turin y consumir su pequeño patrimonio en francachelas y locuras, hasta ponerse estúpido y poder olvidar.

De todos modos, tenía que marcharse pronto de aquella casa, donde la vida le era intolerable. Preparó muy en silencio sus cosas hasta muy entrada la noche. Luego se tendió vestido en la cama, pero no pudo dormir. Arrebatado por la fiebre, aguzó su oído por última vez para percibir los acostumbrados ruidos, y aquella noche precisamente no cesaron los rumores.

El tan esperado Congreso de maestros se había abierto hacía una semana; el día siguiente era precisamente el destinado á la discusión del tema de gimnasia, sobre el

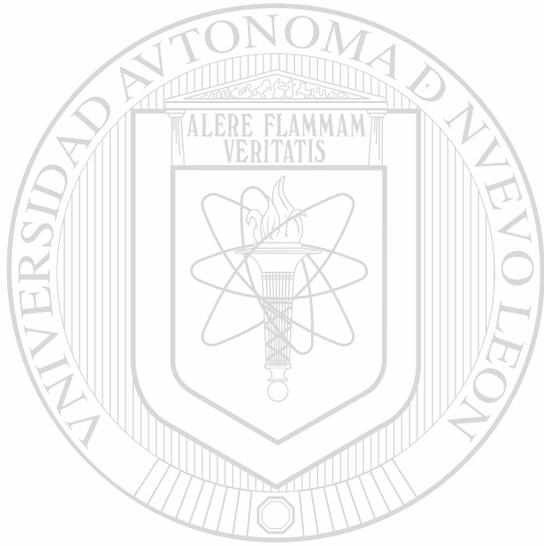
cual la Pedani debía pronunciar su discurso. Estaba agitada, á cada paso se bajaba del lecho, volvía á acostarse, tornaba á bajar, y se ponía á dar vueltas por la habitación. Él oía perfectamente sus pies desnudos, y era para sus sentidos un tormento atroz; pero dominado por un gran sentimiento de ternura, por un dolor profundo de tener que abandonar para siempre aquel cuarto, y no volver á oír jamás aquellos ruidos familiares á sus oídos, que amaba más que nunca porque le recordaban tantas noches de insomnio, tantos deseos, tantas fantasías, tantas tristezas, y que no podría olvidar....

Recorrió en su mente el pasado, se puso en pie en su lecho para oír mejor sus pasos y sus suspiros; la invocó, la habló, lloró, se mordió los puños, y pasó una noche como un condenado á muerte.

Al alba se levantó cansado y sin fuerzas. La herida de la cabeza le dolía. Estuvo incierto toda la mañana sobre si debía despedirse de ella por carta, ó ir él en persona. Decidióse por esto último, y á la una y media subió.

La maestra estaba sola en su casa, un poco triste.

Después de la escena del estudiante, la



# UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

verla una vez más en la plenitud de su belleza y de su gloria, y luego se marcharía con su última imagen ante los ojos. Pero nada de esto le dijo; únicamente le dió las gracias por la invitación que ella le presentó.

—Parto...—añadió con voz conmovida.—He venido á despedirme... para siempre.

La maestra le miró, y pronto lo comprendió todo. ¿Mas qué podía decirle? Veía bien que la exhortación más leve para que procurara quedarse, la traduciría por una ilusión, casi por una promesa, y su franca naturaleza no le consentía hacerla, porque solo la hubiera hecho con la firme intención de mantenerla. Evitó sus miradas, volvió la vista hacia la ventana, un tanto cortada. Luego volvió á mirarlo; estaba con la cabeza baja y como meditabundo. Ella lo sabía todo y todo se le agolpó á su mente en aquel punto.

Habíale encontrado en aquella casa trabajador, tranquilo, bueno, querido de todos. Por ella había comenzado á perder la tranquilidad. Y todo se había derivado de aquí.

La maestra Zibelli se había enemistado con él; el maestro Fassi le había cogido odio; los Ginoni le habían vuelto las espaldas; el estudiante quería desafiarlo; Borsetti no le

saludaba ya; las señoritas del primer piso le habían arrojado de la casa; todos los inquilinos le habían declarado la guerra; el comendador le quería expulsar de casa, quizá le había expulsado ya, y él se iba solo y desterrado.

¡Y cuánto no habría suspirado antes de que ella se diera cuenta: cuántos desengaños y humillaciones no habría experimentado, y cuánto debía amarla para obstinarse hasta ese punto, después de tantas negativas suyas y á despecho de todo y con tanto perjuicio para él! Hasta por ella se había roto la cabeza.

Al mirarlo vendado, como ocurre muchas veces, el accidente cómico de aquella pobre cabeza fajada, así como la imagen que se le representó, viéndole rodar por el suelo desde el aparato de equilibrios, fué lo que dió el último impulso á su compasión, y la arrastró por vez primera á un sentimiento de ternura. Pero el pobre don Celzani, que no leía en su alma, no vió más que la sonrisa que expresaba el penúltimo de sus pensamientos y lo creyó una burla. Fué éste el último golpe.

—¡Ah!—exclamó con acento de desesperada angustia, levantando los ojos y alar-

gando los brazos.—¡No, esto no debería!... ¿Por qué me causa usted tanto dolor en este momento?

—¡Oh, señor Celzani! ¿Qué es lo que ha creído?—preguntó en un arranque la maestra lanzándose hacia él.

Una música de alegres voces resonó en aquel momento en la antesala, y un grupo de maestras vestidas de gala y sonrientes, penetró en el saloncillo, y fijándose apenas en el secretario, rodeó á la Pedani, formando alegre coro de saludos y de exclamaciones.

Eran sus compañeras que venían á buscarla para llevarla al Congreso; era su pasión, el mundo, la gloria, que la arrancaban para siempre, al Administrador, que hasta el consuelo del último adiós le arrebataban.

Don Celzani echó la última mirada de adoración, pura en aquel momento, á aquella hermosa criatura á quien jamás volvería á hablar, y tragándose las lágrimas, salió sin ser visto.

## XXX

Celebraba sus reuniones el Congreso en el Palacio Carignano, en el aula todavía intacta del antiguo Parlamento subalpino.

Había quizá aquel día más de trescientos congresistas, entre maestras y maestros, esparcidos sin orden por los escaños revestidos de terciopelo, pocos de los cuales estaban vacíos.

Un nuevo espectáculo ofrecía aquel lugar ilustre, donde había resonado la voz de los más grandes campeones de la revolución de Italia en los momentos más terribles y más gloriosos de nuestra historia, ocupado ahora por una multitud de maestros elementales que en su aspecto y en sus trajes representaban también todas las clases de la sociedad. No se prestaba, sin embargo, á la sátira la confrontación, porque hacía pensar que el Parlamento italiano se hallaba entonces muy lejano, en una ciudad donde pocos años antes

gando los brazos. — ¡No, esto no debería!...  
¿Por qué me causa usted tanto dolor en este momento?

— ¡Oh, señor Celzani! ¿Qué es lo que ha creído? — preguntó en un arranque la maestra lanzándose hacia él.

Una música de alegres voces resonó en aquel momento en la antesala, y un grupo de maestras vestidas de gala y sonrientes, penetró en el saloncillo, y fijándose apenas en el secretario, rodeó á la Pedani, formando alegre coro de saludos y de exclamaciones.

Eran sus compañeras que venían á buscarla para llevarla al Congreso; era su pasión, el mundo, la gloria, que la arrancaban para siempre, al Administrador, que hasta el consuelo del último adiós le arrebataban.

Don Celzani echó la última mirada de adoración, pura en aquel momento, á aquella hermosa criatura á quien jamás volvería á hablar, y tragándose las lágrimas, salió sin ser visto.

## XXX

Celebraba sus reuniones el Congreso en el Palacio Carignano, en el aula todavía intacta del antiguo Parlamento subalpino.

Había quizá aquel día más de trescientos congresistas, entre maestras y maestros, esparcidos sin orden por los escaños revestidos de terciopelo, pocos de los cuales estaban vacíos.

Un nuevo espectáculo ofrecía aquel lugar ilustre, donde había resonado la voz de los más grandes campeones de la revolución de Italia en los momentos más terribles y más gloriosos de nuestra historia, ocupado ahora por una multitud de maestros elementales que en su aspecto y en sus trajes representaban también todas las clases de la sociedad. No se prestaba, sin embargo, á la sátira la confrontación, porque hacía pensar que el Parlamento italiano se hallaba entonces muy lejano, en una ciudad donde pocos años antes

tura, finalmente la encontró, sufriendo una sacudida, en uno de los bancos más altos de la derecha donde solían sentarse los Massari, los Boggio y los Lanza la patrulla más fiel del gran ministro. Ocupaba un sitio próximo á la gran ventana, en medio de la bandada inquieta de maestras que habían ido á buscarla á su casa y que formaban en torno suyo una escolta de honor.

La luz del sol que entraba por la ventana iluminaba toda la parte derecha de su hermoso cuerpo apretado en el vestido negro. Tenía papeles delante, hablaba con las del lado, parecía algo agitada.

El secretario apoyó un puño sobre otro en el antepecho, puso sobre ellos la barba, y así se quedó inmóvil, mirándola, confortado por una última esperanza: que siquiera una vez, al levantar los ojos hacia aquella parte se encontrase con su mirada. Hubiera sido el último adiós. Luego, todo se hubiera acabado. No se cuidaba de nada más.

Como, al entrar, no había mirado siquiera aquella aula histórica que nunca había visto, así no oyó ni una palabra siquiera de los discursos que se pronunciaban.

La discusión giraba todavía sobre el tema que había sido tratado el día antes; sobre la

oportunidad de introducir en las escuelas los ejercicios del trabajo manual. Había hablado primero, con gran dulzura una maestra veneciana, exponiendo cómo se ingenió para inventar la manera de hacer cestitos con lazos de papel; y un ensayo de su trabajo circulaba de mano en mano por los bancos donde las maestras probaban á rehacer el trabajo.

Después habló un maestro calabrés, con una voz cantante y lamentosa, mostrando una gran cesta llena de trabajos hechos en su escuela, entre los que se veía también un par de zapatos.

Después, habiendo hablado algunos oradores disidentes, la discusión se había acalorado y exacerbado.

Una hermosa maestra que hacía de secretario, tuvo que leer una parte del acta de la sesión anterior.

Veíase en un banco de la extrema izquierda una serie de jóvenes maestros lombardos, atrevidos y batalladores, que el presidente, con toda su paciencia sacerdotal, no lograba aquietar.

Dos maestros de la parte opuesta del aula cambiaron entre sí palabras acres:

En suma: una gran parte del tiempo se

iba en cuestiones de régimen parlamentario, los oradores sentían el influjo del aura política de la sala, hablaban con demasiado énfasis, y mostraban un amor propio exageradamente excitable.

Don Celzani se distrajo un momento al oír una gruesa voz, que gritó solemnemente:

— ¡Los representantes de Milán no tienen ningún mandato imperativo!

Luego le sacó de su contemplación una salva de aplausos tributada á una maestra, que, con voz de soprano, había dicho que si se hubiera adoptado el trabajo manual en las escuelas, hubiera sido muy justo un aumento proporcional en los sueldos.

Vino luego nuevo desorden, y por último, un maestro chiquito y gordo, con pocas palabras, lúcidas y llenas de buen sentido, puso paz en los espíritus, y el presidente pudo poner á votación una orden del día.

Doscientos brazos se levantaron, entre los que veíanse muchísimos guantes de mujer abotonados hasta el codo. Un aplauso siguió á la votación, y se pasó á otro tema que era: *Modificaciones que deben proponerse en la enseñanza de la gimnasia.*

El anuncio del tema hizo dar á don Celzani un salto nervioso, porque creía que la

Pedani hablaría en seguida. Y al volver la vista á aquel lado, vió comparecer en la tribuna de frente, encima precisamente de la cabeza de la maestra, la cara sonriente del ingeniero Ginoni.

Su espectación sufrió un desencanto.

Hablaron antes otros maestros y maestras.

La discusión, desde el principio, se llevó con mucho desorden sobre la parte técnica del asunto, á cuyo fin se despilfarró una fraseología técnica, que los profanos no entendieron absolutamente nada, sintiéndose el choque de las dos escuelas, y los nombres de Bauman y de Oberman proferidos en medio de gran tumulto, dominado momentáneamente por cavernosa voz, que gritaba:

— ¡Turín, que fué la cuna de la gimnasia, será su tumba!

Un maestro reclamó la atención del Congreso sobre la oportunidad de reformar el lenguaje, no bastante italiano, del reglamento de gimnasia, exponiendo el parecer de que se propusieran ciertas cuestiones á la Academia de la Crusca.

Don Celzani creía que el maestro Fassi hablaría, y en efecto, él se agitaba, aprobaba y desaprobaba violentamente, gritando:

—¡No! ¡Jamás! ¡Esta sí que es gorda! ¡Un poco de buen sentido! Pero no pidió la palabra.

Un maestro de gimnasia demostró la necesidad de mejorar las condiciones de sus colegas que eran pagados por el Gobierno; pero sin tener ninguno de los derechos de los demás empleados, que se encontraban en un estado precario, sometidos á los directores de los liceos y de los gimnasios, los cuales abrían el curso tarde, y no les admitían, como hubiera sido de justicia, en las Comisiones para las exenciones, concedidas casi siempre á capricho, y no les apoyaba en punto á disciplina.

Por consiguiente, la discusión se embrolló, enardeciéndose otra vez en una controversia de método, en la cual se oyeron acentos de todos los rincones de Italia.

El secretario comenzaba á temer que la Pedani no hablase ya, y se preparaba con grande amargura á renunciar al voluptuoso placer de oír su voz, de ver aplaudido y honrado su idolo, de llevarse consigo su propia desesperación, casi dorada por un rayo de su gloria.

Cada maestro nuevo que hablaba, le apuraba que no terminase cuanto antes, pare-

cíale que prolongaba de intento su martirio, y contaba sus palabras temblando.

Finalmente, después de un breve discurso de una maestra toscana, que se hizo aplaudir citando para vergüenza nuestra la pequeña Bélgica, donde se ofrecían veinticinco mil pesetas de premio al autor de un buen libro sobre la gimnasia, el presidente dijo en alta voz:

—Tiene la palabra la señorita María Pedani.

Don Celzani dió un salto, como si se viera envuelto en las llamas.

Corrió primero un sordo murmullo, prodújose luego un gran silencio, el cual significaba que la maestra era conocida por su fama, y el discurso, esperado; todos los semblantes volviéronse hacia ella.

Al verla en pie, erguida, con todo el busto sobre el banco de delante, alta y poderosa, con hermosa fisonomía oval, pálida, pero resuelta, se oyó nuevo murmullo, como comentario favorable á su figura, que pronto cesó. Un segundo movimiento de estupor despertaron las primeras notas de su voz bella y extraña, casi varonil, pero armoniosa, que correspondía perfectamente á su cuerpo vigoroso y esbelto.

Comenzó por decir que ninguna mejora se conseguiría, bien en la aplicación de la gimnasia, bien en la condición de los maestros, si al Gobierno, á los municipios, á todas las autoridades no se les hiciera sentir antes, como en otros países, la fuerza imperiosa de la voz de la nación, profundamente persuadida de los beneficios de aquella enseñanza y firmemente resuelta á quererlas. El primer deber de todos, y en particular de los maestros, era por consiguiente hacer propagar la de aquella idea, inculcarla en la razón, en la conciencia, en el corazón del pueblo, de todas las clases.

Hablaba al principio con lentitud, arrugando la frente en señal de impaciencia cuando la palabra no se presentaba, y haciendo ademanes airados cuando se embrollaba en un período, como si quisiera romper la red que la envolviera, y expresar su pensamiento á toda costa.

“En la gimnasia también—siguió diciendo,—Italia ha hecho como en tantas otras cosas, por ejemplo, en la instrucción militar de los escolares: al principio mucho entusiasmo, del cual poco á poco se ha ido cayendo en el más vergonzoso olvido, hasta arrojar el ridículo sobre la idea y sobre sus

devotos. Á la gimnasia le ocurría algo peor.

„Habíase levantado contra ella é ibase engrosando un ejército de enemigos, de los cuales las autoridades escolares sufrían el influjo, de modo que la enseñanza tendía á ser una vana muestra, una miserable impostura, más aun, una abierta irrisión. La ignorancia, un vil miedo de peligros imaginarios, la indolencia nacional, la perfidia de ciertas clases interesadas, que con inaudita desfachatez achacan á la gimnasia las enfermedades y los defectos orgánicos de la juventud que ella debía corregir por deber de su instituto, todos se conjuraban á una. Y parecería cosa increíble si no se viera todos los días.—Enemigos de la gimnasia—dijo,—son cultos profesores, achacosos á los cuarenta años como octogenarios, precisamente por haber trabajado demasiado el sistema cerebral con daño de los músculos. Enemigas de la gimnasia son las madres de niñas sin sangre y sin nervios, futuras madres ellas de una prole infeliz, por no haber ejercitado nunca las fuerzas de su cuerpo. Enemigos de la gimnasia los padres de los muchachos que por exceso de trabajo mental, caen en la consunción, contraen terribles enfermedades cerebrales, se abandonan á la hipocondría y meditan el

suicidio. ¡Enemigos y escarnecedores de la gimnasia á miles, mientras la creciente facilidad de la locomoción y las redobladas comodidades de la vida tienden ya á hacernos inertes y flojos; mientras se recrudece la lucha por la existencia y se requiere á todos un mayor gasto de fuerza y de salud; enemigos de la gimnasia, cuando somos una generación mísera, sin fibra y consumida, que llena los hospitales y los hospicios de deformidades y de dolores! ¡Qué ceguera! ¡Qué insensatez! ¡Qué vergüenza!„

Las últimas palabras fueron acogidas con una salva de aplausos.

La Pedani recobró ánimos, y comenzó á hacer una comparación entre el descrédito y la frivolidad de la gimnasia en Italia con el honor en que era tenida en otras naciones.

Aquí cometió el error de extenderse algo demasiado en citas estadísticas, y en algunas partes se manifestó un principio de oposición.

Dos ó tres grupos de maestras se pusieron á cuchichear entre sí para distraer al auditorio.

Don Celzani oyó al maestro Fassi, que no miraba nunca á *la oradora*, exclamar dos ó tres veces con rabia:

—¡Está fuera del asunto! ¡Son cosas ya sabidas!—Una vez exclamó fuerte:—¡Vaya una novedad!

Tanto que muchos se volvieron.

Pero la Pedani salió á tiempo del mal paso, indicando las recientes fiestas de Francfort, con un período verdaderamente feliz, en el cual el auditorio vió por un momento la gran Palestra llena de la flor de la juventud germánica, y sintió que una racha de aquel gallardo entusiasmo pasaba por cima de sus cabezas.

Á la maestra se le encendía el rostro, desplegaba su voz con una sonoridad poderosa, cortaba los aires con sus ademanes, sin salirse de lo justo, con el vigor de una sacerdotisa inspirada.

Y se sentía toda su alma en aquella sincera elocuencia, se adivinaba toda su vida consagrada á una idea, una juventud que era como una larga adolescencia severa, libre de los sentidos, refractaria á todo género de afectación sentimental ó escolástica, sencilla de costumbres y de maneras, fortificada por el ejercicio continuo de las fuerzas físicas, cuyo efecto manifiesto eran su floreciente salud, la mente límpida y el alma recta y atrevida.

Y cuando para terminar en su último párrafo hizo pasar por el aula la figura del anciano Augusto Ravenstein, fundador del primer gimnasio en su pueblo, seguido del cortejo de los grandes maestros alemanes, bienhechores de millones de niños y beneméritos del poder y de la gloria de Alemania, estalló una fragorosa aclamación, que conmovió a la asamblea y a ella, interrumpiéndola un momento, en el cual se apretaron a su lado, cogiéndole los vestidos y embriéndola de congratulaciones.

Desde este punto caminó con creciente fortuna hasta terminar.

Volviendo sobre el punto fundamental de su discurso, insistió en la necesidad de que todos los maestros se dedicasen á persuadir á las familias tanto como á enseñar á los alumnos. Á las maestras, más que á ningún otro, correspondía esta función; porque ejercida por las mujeres, tendría mayor eficacia la propaganda en favor de una disciplina, en la cual no pueden sobresalir, y que remueve la sospecha de la ambición.

“Dirijámonos á las madres, hagámosles ver, tocar con la mano los efectos maravillosos de la educación física, que son evidentes é infalibles como los resultados de una

ciencia exacta; persuadámoslas con los ejemplos vivos, con la ciencia, con el afecto, que la gimnasia es la fuerza y la salud, y que salud y fuerza son serenidad, bondad, valor y grandeza de ánimo. Y si no bastan el razonamiento y el ejemplo, supliquémosles, quitémosles de sus manos, con amorosa violencia, las niñas y los niños débiles y anémicos, exhortémoslas porque nos los dejen salvar de las enfermedades, de la infelicidad y de la muerte. ¡Oh! ¡Si á todas pudiéramos infundirles el indomable ardor que en nosotros existe! Y ante todo, tengamos fe en nosotros mismos, fe ardiente é invencible de que nuestra idea llegará un día á ser idea de todos, y que un nuevo sistema de educación, rehará el mundo. Sí. Lo creo, como creo en la existencia del sol que nos ilumina. Una nueva educación, fundada sobre un ejercicio perfeccionado de las fuerzas físicas de la infancia y de la juventud, ha de precaver innumerables miserias, economizará á la humanidad infinitos dolores, cortará mil vicios de raíz, facilitará á las generaciones el que sean más buenas, porque serán más fuertes, y más justas, porque serán más buenas; facilitará la solución de los grandes problemas en torno de los cuales se afanan inu-

tilmente ahora nuestras mentes enfermas y nuestras agotadas fuerzas. Yo creo, ¡oh colegas! en esta nueva humanidad, que elevará a los grandes apóstoles de la gimnasia, columnas de bronce; creo en ella, la veo, la saludo, la adoro, y quisiera que todos considerasen como la gloria más santa de la humanidad, la de vivir y morir por ella!»,

Al oír este final se desencadenó una tempestad; todos se pusieron en pie batiendo palmas y gritando; la Pedani, pálida y conmovida, tuvo que levantarse tres veces para dar gracias.

Las últimas palabras fueron dichas verdaderamente con un vigor de entusiasmo no visto nunca, sacudiendo las fibras de todos.

Cuando parecía que la aclamación había terminado, se reprodujo; todos los amantes de la gimnasia femenina de la asamblea y de las tribunas estaban en conmoción.

Dos ó tres oradores que hablaron después, apenas si fueron oídos.

Cuando concluyó la sesión, estalló nuevo aplauso, y la Pedani bajó de su banco entre dos alas de gente que le sonreían y estrechaban su mano, en medio de una gritería ensordecedora de vivas y congratulaciones.

## XXXI

La imagen de una criatura humana que en el umbral de un palacio encantado gozase de la última hora de dicha, antes de ser precipitada por escotillón en eterna cárcel, apenas basta para dar una idea del estado de ánimo con que el pobre secretario oyó aquel discurso y los aplausos, y vió ascender poco á poco la figura de la maestra hasta convertirse en verdadero gigante.

Cuando terminó el discurso, púsose él á mirar en derredor suyo, como si despertara de un sueño, y sintióse tan angustiado por la tristeza y lástima que por sí mismo sentía, que tuvo que hacer grande esfuerzo para contener el llanto.

En aquel mismo momento oyó que una voz conocida le llamaba:

— ¡Señor Celzani! — y volviéndose se encontró con el pequeño y redondo caballero Pruzzi, vibrando aún de entusiasmo.

—¿Ha oído usted, eh,—le dijo—qué maestras tenemos en Turín? ;No se puede decir que el Municipio malgastó su dinero!

Y bien fuese por puro efecto del entusiasmo, ó que entrase por algo el arrepentimiento de reticencias meditadas, con las que, en aquella memorable ocasión, había tenido en sobresalto al secretario y arrojado un velo misterioso sobre la maestra, el hecho es que volcó el saco de alabanzas, deteniendo por la solapa á don Celzani que quería salir.

El no había sido informado—siguió—del pasado de la Pedani, hasta hacía muy poco tiempo. Contaba con una larga lista de méritos. Había prestado un servicio al proveedor de estudios de Milán, resistiendo con intrepidez á la población de un pueblo que no la quería porque la habían mandado de oficio, y obligándola á salir, había vuelto con la escolta de una compañía de cazadores, quedándose después sola y sosteniéndose con una firmeza admirable.

Habíase distinguido en la extinción de un incendio, en el municipio de Camina. Había, en el mismo ayuntamiento, salvado á un muchacho en un torrente, ganándose la mención honorífica del valor cívico.

—¿Qué le parece á usted?—dijo por último.—Ahora ha honrado á Turín, frente á toda Italia. ¡Es verdad que sufrimos mil impertinencias, y tenemos grandes *responsabilidades*; pero al menos alguna vez, somos recompensados! ;Brava, brava, brava!

El secretario, sin embargo, no le hizo caso, y se largó en seguida. Bajó las escaleras medio entontecido.

En el átrio encontróse con una multitud en círculo, y pensando que en el centro estaría la Pedani, se acercó.

En efecto; era ella rodeada y festejada; bien pronto reconoció las plumas verdes de su sombrero.

Cuando se alzaba sobre las puntas de los pies para poder ver su cara, oyó detrás de sí la voz del maestro Fassi, y, volviéndose le vió que estaba declamando en un grupo con la cara lívida, retorciéndose rabiosamente los largos bigotes.

—En conclusión—decía—no ha hecho otra cosa que seguir el camino trillado. Grandes citas, gran retórica; ¡pero como ciencia!—Y la acusaba de plagio.—Vaya por las ideas;—gritaba pero si aun las mismas frases, hasta las palabras me las ha arrebatado, sin dignarse pronunciar mi nombre

soy capaz de deciros una por una las palabras, como si las hubiese impreso... ¡Diablo! ¡Vaya una desenvoltura! Fiaos de las conversaciones familiares. Ahora sí que estoy seguro de que se abrirá camino. ¡Ya vereis el ruido que hacen esos cretinos de periodistas! ¡Oh! ¡qué mundo de charlatanes!

La Pedani entretanto con gran trabajo iba logrando abrirse paso.

Cuando la multitud de admiradores se fué aclarando un poco, el ingeniero Ginoni avanzó con ímpetu, y le dijo apretando su mano:

— ¡Sublime! ¡Casi me ha convertido, no le digo más!

— Luego se acercó para felicitarla, arrastrando sus pies, el caballero Borsetti. Luego apareció el director. No acababan nunca. Por último quedaron solo en torno suyo una veintena de maestras, mientras muchos otros se quedaban mirándola desde lejos; y entonces el secretario, sin ser visto, pudo contemplarla.

¡Nunca le pareció tan hermosa, tan resplandeciente y tan soberbia! Parecía que todo su cuerpo vibrase dentro de aquel sencillo y ceñido vestido negro, como si la agitasen una continua convulsión de los pies á la cabeza; el color sonrosado había vuelto á te-

ñir sus mejillas, aquel bello color de rosa delicado y difuso que sucede á la palidez de las grandes conmociones agradables y que es como el gozoso pudor de la gloria; su rostro expresaba la graciosa bondad femenina, que Celzani nunca había observado en ella, y que daba á sus ojos y á su boca y á toda su persona nueva fuerza de seducción.

Él la miró, estático, sobrecogido por extraño y doloroso sentimiento, como si ella estuviera ya alejadísima de él, más allá de un inmenso río, sobre la cúspide de una colina, detrás de la cual debiera desaparecer para siempre.

Cuando ella echó á andar con su pelotón de maestras, el secretario se escondió detrás de una pilastra.

Y desde allí pudo apreciar una escena inesperada.

Cuando la Pedani iba á poner el pie fuera del portal, apareciósele delante la maestra Zibelli, echándole los brazos al cuello, llorando y besándola muchas veces con ardor. Don Celzani no oyó sus palabras, pero comprendió entre nieblas que había sido vencida y que venía, movida por un impulso del corazón á rendir las armas y á pedirle perdón de algo. La Pedani la abrazó y aquella se

alejó enseguida, volviéndose para enviarle un saludo apasionado con la mano.

La Pedani salió á la calle, y él la siguió á mucha distancia.

Iba andando lentamente, precedida, flanqueada, seguida de una nube de maestras jóvenes, los satélites acostumbrados de los triunfadores, que le hacían en derredor con murmullo festivo, llamándole la atención de los coches que se venían encima y lanzando miradas aquí y allá, como para atraer sobre ella la atención de los transeuntes.

De vez en cuando iban despidiéndose una á una y llegaban otras que se unían al grupo. Dieron vuelta hacia la calle de Santa Teresa y siguieron adelante, á la derecha: el pobre Celzani siempre detrás.

Si, quería verla hasta el último momento: luego iría á recoger su ropa y partiría de Turín.

¿Para dónde? No lo sabía. Para Génova, quizá para embarcarse. Dios le guiara. Con tal de irse lejos á sofocar su pasión en una vida dura de trabajo; á olvidar, si le fuere posible, ó cuando menos, á no sufrir tanto. Porque, ciertamente, para la vida desesperada á que se veía reducido, no le bastaban ya las fuerzas del espíritu.

Y después de aquel triunfo, se sentía aún más indigno y, por decirlo así, más bajamente infeliz que nunca, porque antes solo había reconocido la diferencia exterior que entre ellos había; pero ahora la reconocía demasiado superior por su espíritu: ella, no sólo habíase elevado á sí misma á la gloria; habíale también precipitado á él en el polvo.

La veía dentro de pocos años célebre, buscada por todos, amada, casada quizá con un hombre guapo, ilustre y poderoso. Le parecía entonces una insensatez ridícula el haber osado pedir su mano, importunarla, arrodillarse ante ella y abrazarse á sus rodillas. Y precisamente este recuerdo, la sensación que de aquel abrazo se le despertaba, le quemaba la sangre y el cerebro.

Entre tanto, la devoraba con los ojos de lejos. Ora un coche, ora un grupo de gente la ocultaban al pasar, y al volver á presentarse ante su vista, le reaparecía más grande, más bella, más triunfante cada vez, para que la punta de la desesperación fuera entrando cada vez más adentro en su corazón lacerado.

Sus amigas la acompañaron hasta el portal.

Él se detuvo en la esquina de la calle de

de San Francisco. Desde allí esperaba verla desaparecer para siempre como en un abismo.

Pero cuando vió que sus amigas la dejaban y que ella entraba en casa, una resolución atrevida le lanzó, una necesidad irresistible de decirle adiós una vez más.

Se echó á correr, entró en el patio, se colocó detrás de una pilastra, y la vió encaminarse hacia la puerta interior y subir con paso lento, volviéndose de vez en cuando para mirar atrás, como si creyera haber perdido algo, ó se lamentase de haber perdido la compañía, y sintiera repugnancia, después de aquel ruidoso triunfo entre tanta gente, volver á casa tan sola por aquella escalera obscura y solitaria.

Se fué detrás de ella de puntillas, muy despacio.

Cuando llegó al segundo descansillo, no pudo contenerse, se acercó con impetu.

La Pedani se volvió, encontrándose uno frente á otro: ella en un escalón más elevado.

—¿Señor Celzani?—preguntó la maestra.

El secretario prorrumpió en sollozos, y murmuró:

—¡He venido á decirle adiós!

Mas antes de que acabase de decirlo, sintió una mano vigorosa en la nuca y dos labios de fuego en la boca; y el goce delirante que en aquel inmenso paraiso obscuro de donde se sintió redimido como de un torbellino, invadió todo su ser, é hizo que no pudiese articular más que un grito ahogado:

—¡Oh!... ¡Gran Dios!





EL MES DE LUTO POR GARIBALDI

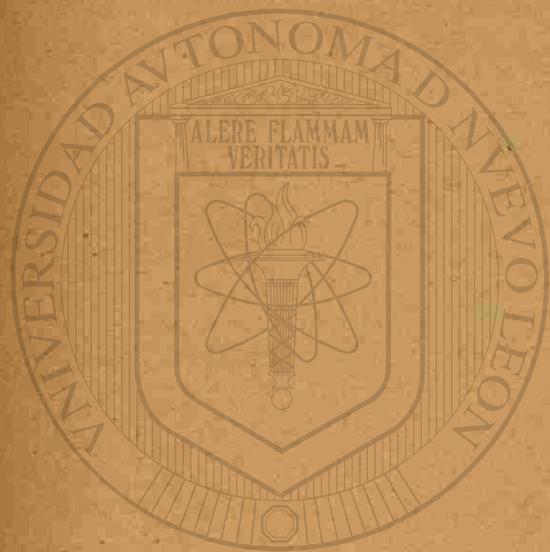
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS



TAL se puede llamar en Italia al mes de Junio; al mes en el cual, hace cerca de diez años, durante la esplendidez de una noche azul y serena, en su solitaria isla del mar Tirreno, moría José Garibaldi.

Todos los años, en los primeros días de Junio, Garibaldi surge entre nosotros, grande, bello y amado, como en los días más fulgurantes de su gloria.

Descúbranse en ciudades y aldeas lápidas grabadas en su honor ó monumentos erigidos á su memoria. En los teatros y en las escuelas se verifican solemnes conmemoraciones de su vida; y sus hijos y sus devotos antiguos partidarios, dirigen en amorosa peregrinación á Caprera para amontonar sobre su tumba coronas, alrededor de la que manda el primero el rey de Italia.

Italia entera resuena con el son de su

nombre y el nombre de sus victorias: Varese, San Fermo, Villa Panfilí, Marsala, Calatafimi, Palermo, Milazzo, Voltorno, Bezzecca, Monterotondo, y por doquiera, allí donde aparecen vestidos con su legendaria *garibaldina* encarnada, los supervivientes de sus legiones, de año en año más raros y más venerados, se les acoge con entusiasmo, siendo saludados, abrazados, como vivas imágenes de los más gloriosos y caros días de nuestra revolución.

Cerca de diez años han transcurrido, y la figura del libertador de Sicilia, más bien que empequeñecerse ante el juicio de la historia, ha ido agrandándose y creciendo circundada de purísima luz.

¡Oh, hermosos días de 1860! ¡Con qué fuerza resucitais ahora en nuestro corazón!

La paz de Villafranca que detenía los ejércitos victoriosos ante los muros de Verona, había helado la sangre de la nación; las incertidumbres y los temores del Gobierno de Turín en la cuestión de las anexiones; la cesión de Niza y Saboya á Francia; las voces que corrían de ulteriores designios de Napoleón con respecto á otras provincias de la alta Italia, mantenían inquieto y suspicaz al país; las pasiones de partido se

agriaban; aquella misma grande idea de la causa italiana parecía que se iba empobreciendo entre aquellas continuas tergiversaciones de la diplomacia.

Era un período de ebullición de mil elementos confusos y hostiles, de fuerzas sin dirección y sin objetivo: el cual, á haberse prolongado, habría podido conducir á Italia á tristísimas circunstancias.

Se requería algo grande que hiciese erguir la frente y el ánimo al pueblo, á la juventud, inflamando de nuevo el entusiasmo por la patria que en aquel instante se hallaban á punto de extinguirse por falta de alimento y de incentivo....

Y entonces apareció Garibaldi.

Y digo que apareció entonces, porque su verdadera y grande popularidad no empezó para tres cuartas partes de Italia hasta 1860.

Entonces se percibió su mágica voz, á través del mar, llamando á la juventud italiana á la santa cruzada de la Trinaeria; y todavía no se había perdido el eco de su llamamiento, cuando dos victorias inesperadas; una tras otra, como dos estampidos de trueno, produjeron inmensa resonancia á su voz.

¿Quién era este Garibaldi?

Muchas gentes del pueblo no lo sabían todavía, sino confusamente. Un soldado, un hijo de Niza, que había combatido en América y en Roma;—era aquél que capitaneaba los voluntarios lombardos en 1859,—un hombre rubio, vestido con blusa encarnada, bueno, intrépido, pobre, con una voz y unos ojos que fascinaban; un paladín de todos los que sufrían vejámenes; un vengador de todas las injusticias; uno que con una mano lanzaba rayos delante de sí y con la otra repartía consuelos y esperanzas...

Entonces se vieron milagros. Su nombre pasaba por el país como soplo de fuego. Por él los obreros abandonaban los talleres; los estudiantes emigraban de las clases; los ricos dejaban los palacios y quintas de recreo, y las mujeres decían á sus esposos:—¡Ve!— las madres no se atrevían á llorar; los ancianos bendecían y los niños temblaban.

Partir, unirse á él, alcanzarlo, atraer una mirada suya combatiendo á su lado, y una palabra suya cayendo, al morir, pero viéndolo de lejos victorioso, era el sueño de miles de jóvenes. El entusiasmo que producía, apagaba todo germen de bajas pasiones, de innobles pensamientos; redimía corazones de

escépticos y espíritus de desesperados; produciendo como nimbos de brillantez, viriles ambiciones y propósitos de sacrificio en todas las clases sociales. Y... ¡hasta fuera de la sociedad! Si, porque se vió en apartados y solitarios conventos, á frailes inactivos, á inertes monjes que jamás comprendieron ni amaron la patria, amarla y comprenderla por vez primera en el nombre de Garibaldi, y meditar el proyecto de ir á combatir bajo sus órdenes y relizarlo cuantos pudieron madurar su propósito; sí, porque hasta en las cárceles y presidios donde padece el homicida no arrepentido, meditando nuevos crímenes, ¡hasta en aquel triste fango! tocados por el cálido rayo de su gloria, se vieron abrirse las flores de sentimientos generosos, allí donde se creía apagado hasta el sentimiento de humanidad!

Y si no hubiera hecho Garibaldi mas que esto, aún por esto solo, sería acreedor á la gratitud eterna de la patria, y á la bendición perpetua del mundo. ®

Nosotros pensamos ahora con admiración en esta historia de ayer, que ya parece leyenda, y con no menor maravilla en la multitud de gente que durante su vida, ó cegados por la pasión política ó incapaces de

todo sentimiento poético y de toda idea nueva y atrevida, no lo comprendieron, no lo amaron, y lo calumniaron. Para ellos, que lo juzgaban al nivel de los acontecimientos y de los hombres vulgares, era Garibaldi como una violación encarnada de la lógica de la historia, era un aventurero sin escrúpulos, que debía su enorme poderío á una milagrosa fortuna, y nada más que á eso.

Confundían sus desconsideraciones de chico sublime, con errores de estrechez de cerebro nublado por el orgullo. Juzgaban al coloso con pedantería. Juzgaban hasta como melodramática y ridícula su manera original de vestir, convertida ahora en imborrable divisa, como el uniforme de Bonaparte.

Hacían como los académicos que se complacen en señalar las equivocaciones geográficas de Ariosto y los errores de buen gusto de Shakespeare. Miraban á Garibaldi con falsos ojos y veían un falso Garibaldi, un grande hombre equivocado, no idolatrado sino del espíritu de partido y secta y de la ignorancia.

¡Perdón y olvido para ellos!

¡Pero cuán pronto se ha hecho justicia!  
Decir que ahora sus antiguos enemigos,

aquellos que lo acusaban de insensato, de rebelde, de héroe de guardarropia, se ven obligados á reconocer en alta voz que, no obstante la gran desproporción que había en él entre las facultades del raciocinio, las de la imaginación y del corazón; á pesar de esto, una de sus más admirables virtudes fué el buen sentido, la templanza, el dominio que siempre demostró sobre sus propias pasiones en los momentos supremos!

¡Rebelde, sí! Garibaldi lo era por instinto: su fuerza, su manera peculiar de ser, era esencialmente revolucionaria; encarnaba en sí todas las aspiraciones hostiles á la Monarquía: era de corazón, por conciencia, por su vida, un purísimo republicano. Y precisamente por eso, es tanto más de admirar el sacrificio que él hizo de su espíritu republicano ante las exigencias de la gran mayoría monárquica de su país, sin la cual ó contra la cual, no habría sido posible llevar á cabo nuestra revolución. Si Garibaldi y Víctor Manuel chocaban, todo se embrollaba. Los destinos de la nación estuvieron en más de una ocasión pendientes de tenuísimo hilo. Otro hombre lo habría roto quizás: Garibaldi, no. Empleaban un lenguaje vehemente sus más audaces partidarios; él mismo ame-

nazaba á veces, cuando estaba descontento ó irritado, especialmente en los últimos años de su vida; pero todo el mundo estaba persuadido en el fondo de su corazón, de que mientras él viviese, no se habría dado la señal de una guerra civil.

Y así creemos nosotros que Garibaldi ha sido tan grande por aquello que hizo, como por aquello que dejó de hacer; creemos que el punto culminante de su grandeza no está en el campo de batalla de la revolución, sino en el 26 de Octubre de 1860, en la humilde aldea de Cajanello, donde se encontraron la vanguardia de sus legiones victoriosas viniendo de Capua, y los primeros batallones del ejército real, bajando de Venafro.

Recordemos, queridos compatriotas, aquella escena épicamente grande y solemne. Pie á tierra, al lado de su caballo, en medio de su Estado Mayor, inmóvil, Garibaldi callaba y esperaba. El alba blanqueaba las cimas de los Apeninos, el viejo Castillo de Teano y todo aquel hermoso paisaje austero de la Campania, sobre el cual hacía pocos días, después de muchos siglos, soplaban el aire de la libertad. Aquí y allá, por los campos, entre los vapores de la aurora, brillaban los rojos colores de los uniformes de los vo-

juntarios; agitándose al viento por otra parte los tornasolados penachos de los cazadores. De un lado, la revolución; del otro, la monarquía: ambas coronadas por la victoria, ambas desconfiadas, llenas de fuerza, de atrevimiento, de celos, de derechos. Sobre uno y otro ejército imperaba el silencio de las grandes espectaciones.

Y Garibaldi, encerrado en sus propios pensamientos, esperaba y callaba.

De pronto estallaron los sones de las charangas, anunciando la llegada del rey. Por todo el campo corrió un estremecimiento general de parte á parte.

¿Qué pasó, en la brevísima duración de un relámpago, por el corazón de Garibaldi, al sonido de aquellas músicas? Acaso el anuncio que señalaba el final de su mando supremo, que le arrancaba la alegría y el honor de continuar combatiendo en primera línea, que era como un brusco; alto ahí! gritado á sus oídos, en medio de su carrera de triunfador, de sus esperanzas y de su fortuna; quizás á aquel anuncio sintió levantarse en su alma todo su pasado, y las tentaciones republicanas que de todas partes le empujaban, y el rencor por su Niza perdida; y la ira por la clausura del camino de Roma y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA HISTÓRICA  
ALFONSO DE LOS RÍOS  
1925 MONTERREY, MEXICO

la conciencia de tener todavía en su mano media Italia; todo esto, tal vez, confundido en un ímpetu de orgullo y de ambición, le arrebató la sangre, le ofuscó la razón, y entonces...

Entonces dijo:

—¡No! ¡Maldita sea la guerra civil! ¡La salvación de la patria está en nuestra concordia!—Y montando á caballo y espoleándolo, gritó, con la mano extendida:—¡Salud al Rey de Italia!

Y aquel acto, fué el acto más sabio de su vida; fué uno de los días más benditos de nuestra historia.

¡Sí, la justicia se ha hecho pronto!

Hasta aquellos que censuraron más acremente, que maldijeron casi horrorizados aquellas dos infortunadas tentativas sobre Roma, las cuales terminaron en Aspromonte y en Mentana, aun ellos comprenden hoy que, sin aquellas dos grandes sacudidas que dió él á la cuestión romana, sin aquellos sacrificios y sin aquella sangre no habría quizás osado, el Gobierno italiano, apoderarse de Roma ni aun en 1870.

Todos comprenden ahora, con efecto, que aquel odio suyo contra el yugo de la teocracia, no se originaba, como tanta gente creyó

ó fingió creer en furor de incredulidad demagógica, sino en un altísimo sentido, acerca de lo sobrenatural, heredado de la religión de su madre y vigorizado por un profundo sentimiento de la miseria y las injusticias humanas; todo lo cual le hacía odiar, lógicamente, toda forma de institución religiosa que, en lugar de combatir tradiciones, gobiernos, monarcas, clases sociales opresoras y explotadores de pueblos, servía á todas esas iniquidades de puntal y de escudo, á cambio de obtener de los tiranos sostén y defensa.

Todos comprenden ahora que aquella amargura desdeñosa que dominó en él durante el último período de su vida, y que á menudo le hacía prorrumpir en amenazas siniestras y en acerbas murmuraciones, no se derivaba de otra causa que del dolor producido por el espectáculo que le ofrecía nuestra gran revolución, deteniéndose y contentándose con la unidad y la libertad de la patria; dejando cual estaba la miseria de las muchedumbres, intactos miles de prejuicios y privilegios, mil restos funestos y monstruosos del pasado, que él creía posible destruir de un día para otro, á fuerza de leyes y decretos.

¡Que no se remediara tanto mal, le parecía una cobardía y una culpa de todos!

Todos comprenden que su ira dolorosa no era sino descontento de idealista desilusionado, herido en su fe, burlado en su sueño de una humanidad feliz, é inspirado en la concordia de una renovación en la vida social y del mundo entero; sueño espléndido y acariciado, con el cual había vivido cuarenta años, esperando siempre que se convirtiese en realidad antes de su muerte.

Todos comprenden también, finalmente, que no era verdad que su mente no estuviera á la altura de su corazón, que fuese una especie de héroe burdo y primitivo, en quienes los instintos sustituyeran á las ideas y las pasiones obrasen sin luz alguna y sin freno de cultura.

No: su cultura era incompleta y confusa, pero vasta y varia; abarcaba la Agronomía y las Matemáticas, la grandeza de la Historia greco-romana, y las obras maestras de la Poesía clásica; adoraba á Hugo Foscolo, á Victor Hugo, á Guerrazzi, y amaba profundamente á Alejandro Manzoni; era un orador sin arte pero potentísimo, cómo lo atestigua su fulminea alocución, hecha célebre, dirigida á sus legionarios romanos de 1849;

era un escritor desigual é incorrecto, pero lleno de ímpetu y de vigor, y nos ha dejado páginas de prosa improvisada, que hieren y relampaguean como erupciones de volcán y cataratas de lava.

¡Y no hablemos de Garibaldi como capitán!

Que él no tuviera otras facultades que las del pequeño guerrillero; que no fuese capaz de conducir un grande ejército, eso ninguno lo dirá ya después de que grandes autoridades militares de varios países, estudiando sus campañas, aun las menos afortunadas, han consignado que sus facultades lúcidas y poderosas de general se agrandaban á medida que se ensanchaba la amplitud de sus campos de acción, pareciendo que se agigantaban al compás de su gloria.

¡Y pensar que á este hombre, que ha vivido pobre por espacio de sesenta años; á este hombre, que después de la guerra de 1860 rechazó honores, grados, riquezas, para ir á cultivar la tierra en una isla desierta; á este hombre, que se vió reducido á escribir novelas para ganar algunos cientos de pesetas, se le censuró haber aceptado un donativo nacional, ni siquiera para sí, sino para sus hijos, pocos meses antes de morir!

Sería ofender su memoria defenderlo de tal acusación. Pobre había vivido antes del donativo; pobre siguió viviendo después de él. No mudó ni una sola vez siquiera de sus costumbres sobrias, modestas, casi humildes; y sus últimos años fueron trabajosos é infelices.

Este es un recuerdo doloroso para nosotros. Habíamos soñado para Garibaldi una vejez serena y saludable, que fuera como largo descanso, declinando lenta y casi insensiblemente hacia la decrepitud. Y por el contrario, lo hemos visto torturado por cruel enfermedad que alteró poco á poco, violó, estoy por decir, hasta los lineamentos, convertidos en sagrados para nosotros, de su rostro, extendiendo el velo de la muerte por su cara, antes que se escapase de aquella figura el rayo de la vida.

Todos los milaneses y miles de otros italianos, recuerdan como una de las más fuertes conmociones experimentadas, la sensación que les produjo la última entrada del gran guerrero en la capital lombarda, para inaugurar el monumento á sus caídos de Mentana. El pueblo, que hacia años no lo veía, esperaba volver á ver sino al Garibaldi antiguo, al menos una imagen todavía con-

soladora de él. Lo vió por el contrario avanzar leutamente en un gran carruaje, extendido sobre un lecho, como un herido de muerte, con el semblante consumido y del color de la cera, con las manos contraídas, con todo el cuerpo inmóvil, y que con grande dificultad podía de vez en cuando volver la cabeza y girar la vista á uno ú otro lado. Parecía más bien, — como dice uno de sus biógrafos, — los despojos de un santo llevado en procesión por un pueblo de devotos, que el cuerpo de un hombre vivo.

¡No era ya Garibaldi!

La multitud inmensa que se había preparado para festejarlo clamorosamente, callaba, consternada, y lo miraba con sentimiento de triste estupor. Nadie podía creer que él no se volvería á levantar de aquel á manera de féretro en que se presentaba al público. Que las leyes de la vida hiriesen inexorablemente á todos los demás hombres, que la enfermedad, la vejez acabasen con los más poderosos organismos, se comprendía; pero que encadenasen hasta aquel brazo, que apagasen hasta aquella mirada, que inclinasen aquella frente, parecía un error y una injusticia de la naturaleza. Parecía ver la juventud misma de Italia, y todos nuestros

pasados entusiasmos extendidos allá, moribundos bajo aquella especie de paño fúnebre que envolvía el cuerpo del héroe.

Las frentes se descubrían, las manos se dirigían hacia él, los ojos lo acompañaban, velados por el llanto; pero las bocas permanecían mudas: solamente un murmullo confuso y dulcísimo de la muchedumbre como rumor de sumisa oración, lo precedía y lo seguía.

Era los jóvenes de la nueva generación, que decían:

—“¡Nosotros, que no hemos combatido, no combatiremos ya á su lado!”

Era las mujeres del pueblo, que decían á sus hijos:

—“¡Míralo bien, porque dentro de poco, morirá!”

Era sus antiguos compañeros de armas que suspiraban:

—“¡No lo volveremos á ver!”

Ese murmullo era en fin, la ciudad de las *cinco jornadas*, que daba el último adiós al Capitán de las cien victorias!

Y desde entonces acá hemos contado con trepidación todos los días de su vida, alegrándonos y adquiriendo esperanza cada vez que la gallarda vitalidad de su espíritu sa-

lia todavía con alguna manifestación inesperada como en el momento del conflicto entre Francia é Italia, por el asunto de Túnez, cuando desde su orgullo lacerado de italiano, salieron aquellas palabras terribles que hicieron estremecerse la patria como al escuchar el grito de un sepulero...

Pero la obra de la Naturaleza proseguía sin tregua.

Después de tal cual arranque, se replegaba su cansada, hermosa cabeza, sobre la almohada, y su alma sobre el pasado.

¿Á qué seguirlo con la palabra hasta su último instante? Las dos avecillas que vienen á colocarse en el alféizar de la ventana, en las cuales, con apagada voz, dice que reconoce el alma de sus dos hijas, que vienen á decirle adiós; el postrer esfuerzo de la voz, con el cual llama á su pequeño Manlio, el último gesto convulso con el que se enjuga la frente, la postrimera sonrisa que pasea por los circunstantes, aquella habitación desnuda, aquel cielo sereno, aquel mar inmóvil... todo esto es un cuadro vivo en la memoria del mundo. Hasta en su muerte,— como dice Thiers, del prisionero de Santa Elena—todo fué grande, solemne, sencillo.

¡Descansa en paz, Garibaldi! ¡Descansa

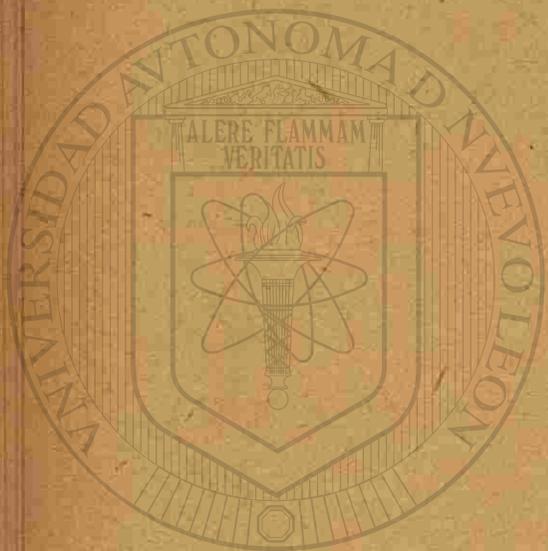
en paz, gran soldado, gran patriota, grande libertador, tribuno generoso de todos los pueblos, caballero andante de todas las nobles causas! Cada año, en este día, mientras alumbra el sol, Italia cubrirá de flores tu tumba solitaria, así como los mil monumentos de marmol ó de bronce y las innumerables lápidas que desde Venecia á Siracusa recuerdan todos tus actos, todos tus pasos, todas tus palabras, todos tus dolores y tus triunfos todos.

Reposa en paz y olvida las injusticias y las ingratitudes, cuyo recuerdo hace hoy más bella y más santa tu gloria. Recuerda únicamente en el mundo sobrehumano en que te has recogido, á la madre que adoraste, á los millares de corazones que te amaron, y á los diez ejércitos que combatieron valerosamente en nombre tuyo. Italia los vuelve á ver á tu alrededor, cada vez que evoca tu fantasma, como inmenso cortejo; ve la bella legión de Montevideo, que ondea la bandera negra con el Vesubio en erupción; el ejército de 1848, que lleva entre sus filas á José Mazzini; los ejércitos defensores de Roma, en los cuales levantan la cerviz Hugo Bassi, el mártir, y el angélico Luis Montaldi, el gemelo de Godofredo Mameli;

los bravos cazadores de los Alpes de 1859, los treinta mil vencedores de 1860, con Nino Bixio, con Benedicto Cairoli, con Deodato Schiaffino, con Pilades Bronzetti, con Felipe Migliavacca, con Nullo; los vencidos gloriosos de Aspromonte y de Mentana, los veinte regimientos rojos de 1866; los batallones cosmopolitas de la guerra de Francia; y saluda con igual admiración y con igual amor todas las divisas, todas las banderas, todas las espadas que se recogieron al grito de tu grande alma.

Descansa en paz; Italia te verá siempre inmóvil, en el horizonte, hermoso, rubio, soberbio, como en los más florecientes años de tu juventud, levantando el rostro dulce y espléndido de redentor, con los hereúleos brazos cruzados sobre el purpúreo pecho y los cabellos de oro y la capa gris, agitándose al viento, y á sus pies pasará eternamente reflejando tu grande imagen, el río respetuoso de la posteridad!



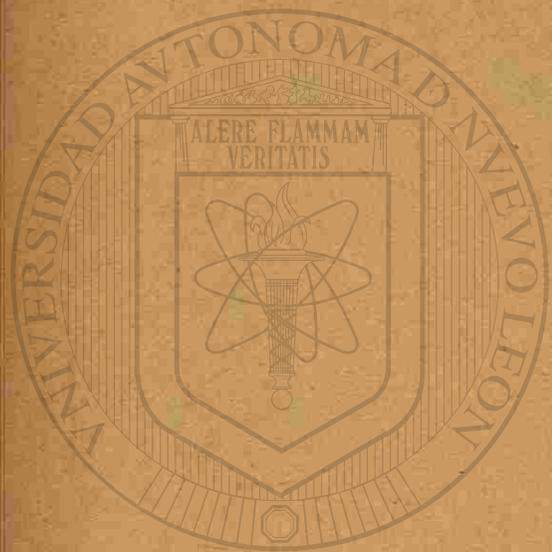


# UANL

CONFESIONES DE UN CONFERENCIANTE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ENRIQUE Heine compara ingeniosamente el estado de ánimo de un condenado á muerte con el de uno que va á sacarse una muela.

A mí me parece que la comparación puede subsistir y aplicarse al de un conferenciante, sobre todo, si ha de hablar en un teatro, donde también el orador ha de subir á un tablado, acercándose á una especie de patíbulo, cubierto con un tapete verde, arriesgando asimismo la pérdida de la cabeza.

Por esto, tiene razón un amigo mío que llama *Capilla* al vestuario del tenor ó la tiple, en el cual el orador esperado, espera á su vez, disimulando su temblor, el momento fatal. ¡Qué tremendos cuartos de hora he pasado en semejante lugar! ¡Ahora me ad-

miro de haberme dejado arrastrar á aquel instante y me roe las entrañas el despecho!

—¿Pero, te has vuelto loco?

—¿Pero, se necesita tupé!

—¿Pero, merecías que te silbaran!

Y de los infinitos temores que me asaltan, el más fuerte es el de equivocarme, sobre todo, desde que en un banquete que se dió en mi honor en *el otro mundo* por querer decir:

—“Señores, no puedo *dirigiros* otras palabras...” se me escapó decir:—“Señores, no puedo *digeriros*...” ¡Ay de mi, triste recuerdo!

Siempre que viene á mi memoria semejante caso, me repongo de mis temores; porque sea como quiera, y dígame lo que se diga, el miedo al público es una bellaquería sin perdón de Dios, y sin tener siquiera la disculpa de la modestia. Puesto que no viéndose nadie obligado á hablar, si se atreve á ponerse delante de mil personas para charlar como un orador, demuestra un sentimiento de sí propio que le quita todo derecho á la indulgencia.

\*  
\* \*

¡Adelante, pues, ánimo! He ahí los mil

rostros y el gran silencio. Y de nuevo se apodera de mí un maldito tic-tac que haría correr la pluma de un cartógrafo con tal rapidez que daría miedo. Pero es cosa de pocos segundos. La vista de una cara burlona ó malévola (nunca hay necesidad de buscarla), sobre la cual lea yo el vivo deseo y la esperanza de verme fracasar, basta para encender en mí de pronto un valor lleno de orgullo y puntilloso, capaz de afrontar un tropel de críticos armados de tremendos puñales.

Y por aquel desconocido del momento, casi me olvido del público en general, ó mejor dicho, él solo se convierte en todo mi auditorio, en mi juez, en indicador vivo de mi bueno ó mal éxito; de tal modo que mis propósitos se reducen á obligar á que cese aquél de sonreír, que atienda, que muestre emoción y benevolencia, ó al menos, ya que no otra cosa, despecho por sentirse conmovido á su pesar y víctima de la adhesión que pretendía negarme.

Pero como quiera que mirar á una sola persona sería ridículo, y vagar con la vista distrae, me fijo desde las primeras palabras en cuatro semblantes de oyentes, distribuidos en alto, en bajo, á derecha y á izquier-

da, sobre los cuales dirigiré alternativamente la mirada, dándome aires de cierta desenvoltura propia de un arengador popular. Pero, algunas veces elijo mal.

Una noche tomé por uno de los puntos cardinales, en el patio, á un señor gordo, que, vencido por la fascinación de mi palabra, se durmió. Otra vez (en un teatro de Montevideo), elegí un vejete elegante, el cual, azarado desde el principio por verse mirado á cada terminación de cláusula, manifestó marcadas muestras de impaciencia, hasta que tomó el sombrero y se marchó bruscamente, á la mitad de un período patriótico. Y hasta me ocurrió un caso más singular, en el mismo sitio: miraba á una hermosa señora como de cuarenta años, atentísima, pero que parecíame que se reía, y lo que es peor, que se reía en los momentos solemnes ó en los rasgos más conmovedores (á mi juicio) de mi oración; y esto, me turbaba y llenaba de despecho. Y estuve á punto de cortarme y perder los estribos al verla reír con motivo de la muerte de José Mazzini... cuando de repente, con gran asombro mío, sacó el pañuelo y se lo llevó á los ojos. Era uno de esos rostros extraños en los que la expresión de la risa y la del llanto, se pare-

cen de tal modo, que, vistos de lejos no se distinguen las lágrimas de las sonrisas. Aquel pañuelo me confortó. Pero la distracción desagradable me había hecho desperdiciar precisamente el mejor paso de la conferencia.

\*  
\*  
\*

Por lo demás, durante toda la charla, me encuentro en un estado parecido al de un hipnotizado parlante; fuera de los cuatro rostros cardinales y de el del enemigo desconocido, casi no veo nada. Ya es mucho que se me aparezcan en el espacio de una hora, como iluminados por un relámpago cuatro ó cinco semblantes más, dentro de aquella especie de densa nube que me envuelve y confunde todo. Y cosa curiosa: los aparecidos, son, por lo común, oyentes lejanos, figuras nunca vistas que, sin embargo, se me quedan impresas para siempre; mientras que hileras de rostros conocidísimos, á cinco pasos de mí, amigos que tengo á mi alrededor, que casi tocan con mi cuerpo, no los veo; y si los veo, no los reconozco, cual si fueran cuerpos sin cabeza. ¡Tanto puede en nosotros el miedo á nuestros semejantes!

Así, no sabré decir si en esta ó en la otra parte de mi discurso significaron muestras de aprobación veinte ú ochocientas manos, y rieron de todo corazón mil oyentes ó se burlaron diez. Para mí la medida del efecto está en la mirada: cuando mis cinco elegidos mantienen sus ojos fijos en los míos, dilatadas y encendidas las pupilas como si cada uno de ellos escuchase un discurso apasionado dirigido á él solo; ó cuando al final de una frase veo, así, confusamente que muchos en un momento dado se mueven como en acto casi instintivo, volviéndose á buscar reflejada en la cara del vecino la expresión del sentimiento propio, entonces, sólo entonces estoy seguro de haber puesto el dedo en la llaga. Y entonces también, como hace el que ha superado un peligro después de haber experimentado una gran opresión, me abandono por un momento á una tan imprudente petulancia, que me lleva hasta arriesgarme alguna vez á hacer conmigo mismo pequeñas baladronadas, á añadir, á cambiar, á echar á la ligera palas y medias suelas lustrosas en las roturas del calzado oratorio.

\*  
\* \*

—¡Hola, conque recitas de memoria, impostor!

No.

Sí.

Es decir, no, no lo sé á punto fijo.

Cierto que la pluma ha trabajado primero; pero en el momento de hablar me parece que la memoria no toma siquiera una mínima parte; y que es otra facultad, que no sabré clasificar, la que me ayuda. Parece concebir la oración una segunda vez, no reteniendo del primer discurso otra cosa que lejanas reminiscencias; no pudiéndome servir ni valer de ningún artificio mnemónico. Si terminada una frase no viene á mis labios la siguiente como llevada por la mano, es inútil que la busque; antes por el contrario, si la busco, estoy perdido; porque se produce inmediatamente en el pensamiento una confusión tempestuosa en la cual, no sólo se me escapa aquella frase, sino todo lo demás, andando á ciegas ya para lo que me resta por decir, perdida la razón, en la obscuridad y como un náufrago.

Y... Dios os libre, señores. Cuando tropiezo, no me queda más remedio que saltar á pie juntillas por encima del período ó el párrafo cuya primera palabra se me escapó.

Muchas veces me encuentro así, al borde del abismo, con un sentimiento de terror que me hiela la sangre en las venas; mas, desafiando á mi enemigo que me desafía, hallo fuerzas para vencer mi turbación, y antes que los oyentes lo adviertan he realizado el salto mortal y estoy sano y salvo á la otra orilla. Casi siempre, además, sucede á una de estas instantáneas obscuridades de la memoria, una lucidez extraordinaria, producida acaso por la alegría de la salvación; un sentimiento de triunfo, de seguridad y libertad, que me causa el efecto de ver todo escrito delante de mis ojos en gigantescas letras de fuego, y como si no tuviese más que leer en medio del ambiente.

Entonces comienza la lucha con la Furia. Se podrían dividir los hombres, respecto al temperamento, en dos grandes clases: los que hablan despacio y los que hablan de prisa.

Pertenezco á los segundos y siento verdadera aversión hacia los que hablan lentamente; no sólo porque me consumen la paciencia, sino porque me parece que la embrocación ó derrame oratorio, cuando nace de dificultades, se deriva de una soberbia estimación de sí mismo y del valor que se trata de

dar á cada palabra. Prefiero también la rapidez porque veo que la pasión, que siempre es elocuente, habla siempre presto, y siempre claro sin embargo. Claro está que hablo de correr, pero no de ir á romperse la crisma. Yo acostumbro tener en la mano una hoja, en la cual cree la gente que hay notas, mientras que no se encuentran escritas más palabras que: "Ve despacio," repetido diez veces.

Y también encargo á un amigo que se siente allí delante, para que yo lo vea bien y que de vez en cuando me haga el efecto del cochero que tira de las riendas al cuadrúpedo á fin de que no se desboque. Pero, todo inútil: las palabras y los períodos salen en montón atropellándose y precipitándose como torrente por una cascada abrupta de piedras puntiagudas. Bernardino Grimaldi se me quedaría atrás; los taquígrafos me mandarían al diablo; y cuanto más rápido voy, mientras la lengua y los músculos de la cara y los nervios y la sangre me parece que me obligan á precipitarme más y más, aunque no me abandone una cierta claridad de inteligencia para comprender que aquello va mal, siento, sin embargo, aguda voluptuosidad en aquella furia, como en carrera

vertiginosa y sin esfuerzo, semejante á un vuelo en que arrastrase tras de mí á compacta muchedumbre, ébria ella también y feliz en la aérea excursión...

Después... después vendrán los amigos á censurarme acremente, y me arrepentiré, de fiyo; pero, entre tanto; ¡qué placer!

Esto, sin embargo, no es más que un placer físico. La alegría suprema y sublime, algunas veces violenta hasta el dolor, se experimenta cuando en la exposición de un grande acontecimiento ó de una serie de sentimientos nobles y afectuosos, se levanta el ánimo fulgurante, logrando apoderarse del auditorio, aunque no sea sino por breves momentos. Y he observado que cualquiera que sea el arte del que habla, si su oratoria es clara y profunda, su emoción se transfunde á los oyentes: basta que el auditorio vea y sienta que el orador palpita, tiembla, sufre, llora por dentro: no es la palabra, en tales instantes la que dice más: es la música de la voz, la luz de los ojos, la transfiguración del

semblante: es la elocuencia magnética que vence á todos porque brota de las íntimas fuentes de la vida.

Puedo recordar pocos de estos momentos. Pero son de aquellos en que he vivido más poderosamente en mi existencia, en los que he amado más sinceramente mis ideas y á mis semejantes, en los que he sido más capaz de obras dignas de las palabras y menos indigno para hablar de la patria. Ciertamente que no hay fuerza que mueva el entusiasmo y la inspiración como el sonido de nuestra propia voz, repercutido en el alma de la muchedumbre.

¿Quién puede definir el estado psicológico del hombre en aquellos momentos, si él mismo no se acuerda después de ese estado sino como de un sueño misterioso?

Siento entonces resonar una voz que me parece de otro, con notas é inflexiones que no he oído jamás, veo una mano que se agita en el aire con ademanes que nunca he acostumbrado usar, y comprendo por la expresión de los semblantes, que reflejan la expresión del mío, que debo estar pálido con la blancura de los muertos. Todos temen, y leo en el rostro de un amigo la esperanza y el deseo de que pueda yo continuar, sin cor-

tarme, y el miedo de que una conmoción inesperada no confunda mi mente y sofoque mi voz.

Adivino esta inquietud en los ojos de un amigo que está en primera fila y hago un acto de vigorosa resistencia sobre mis nervios. ¡Sería una cosa tan triste, con efecto!

Pero la voz se asegura, la inteligencia se aclara, resurgen las fuerzas nerviosas, redoblándolas súbitamente la idea de que en breve se tocará al final del discurso, la meta ansiada, el término de aquella enorme fatiga de todas las potencias vitales. ¡Sús, un impetuoso esfuerzo más para no dejar que se escapen de nuestra mano todas aquellas almas antes de pronunciar la última palabra!... ¡un esfuerzo, aunque sea preciso para él caer seco y aniquilado en el último instante, temblando la palabra final en nuestros labios!...

¡Se acabó! ¡Ah, quien es capaz de percibir las muestras de aprobación en aquel inmenso suspiro del alma libertada! Y sin embargo, me acuerdo siempre de que en aquel punto, he buscado afanoso la cara malévola del oyente entre mi auditorio, para decirle con una mirada:—¿Y bien?... Será otra vez... ¡Buenas noches!...

\*  
\*  
\*

Pero entonces principia una nueva prueba.

Mientras salgo rendido, todavía temblando, he aquí un Tal en los pasillos, que rompe el círculo de mis amigos, y aferrándose por el cuello, exclama:—¿Pero usted no me reconoce? ¿No se acuerda que comimos juntos con Fulano y Zutano hace diez y ocho años en Florencia una tarde de Carnaval, en la fonda de los *Resucitados*, en la sala segunda, la del comedor, á la derecha? ¿No se acuerda usted? cerca de la ventana; haga memoria; es imposible que haya olvidado la fecha del 29 de Enero de 1869, cuando cantaban el *Ruy Blas* en el teatro Pagliano, una noche que nevaba... que comimos filetes de ternera, ¡qué diantre! acuérdesse usted... fíjese un poco... ¿no?...

Y no bien libre de este majadero, se aproxima otro con lápiz en ristre y unas cuartillas pequeñas en la mano, insinuando con tono amistosamente imperativo:—Hágame usted el favor de repetirme exactamente aquella frase que ha dicho sobre el carácter del conde de Cavour, porque la necesito, por esto y lo otro... No, no dijo usted eso, dígame las mismas palabras; usted me cambia las palabras, yo necesito que me diga ab-so-lu-ta-men-te las mis-mí-si-mas palabras.

Y hay otro que todavía en caliente, se apodera de uno para emprenderla á discutir: — Usted ha dicho que Garibaldi se embarcó en Nueva-York para Chile el día tantos de tal mes y de tal año, y se ha equivocado; puedo y quiero probar que la verdadera fecha del embarque, errónea en todas sus biografías...

¡Y las enhorabuenas de los amigos!

Uno se llega con verdadera efusión que nace del fondo de su alma: — ¡Que hermosa voz! Yo no le había oído nunca á usted; tiene usted una voz parecida á la del diputado Chaves; pero la de Chaves es más sonora, más oratoria, diría yo, más entonada... Por lo demás pronuncia usted muy bien. ¡Ah, si hubiese usted oído á Fernando Martini!

Vienen luego los desconocidos que se le pegan á uno para pedirle un consejo acerca de una conferencia que piensan dar sobre el mismo asunto; ó que piden una cita para hacerle á uno tragar un trozo de su prosa; ó que reclaman el manuscrito ó los apuntes para tomar notas; ó una nueva fontería más para un álbum; ó al menos un abrazo fraternal, y á veces... hasta lo esperan á uno á la salida, y en medio de las sombras, lo asaltan murmurando: — ¡Usted que ha hablado con

tanto corazón, bien podía darme cinco pesetas!

Se me olvidaban los medio-amigos que, exaltados por tal ó cual apreciación política ó literaria del discurso, vienen á propósito á colocársele á uno al paso, para gozar expresamente del placer de volverse de espaldas. ¡Suavissimi mores!

\*  
\*  
\*

En resumen: una lata abominable como dicen ahora los españoles, y un gran riesgo siempre aun para los conferenciantes más atrevidos. Porque el éxito, entre otras cosas, depende también en gran parte de la entrada; es decir, de la primera acogida del público, la cual á su vez, además de la previa disposición de ánimo en que se encuentra con respecto á la persona del orador, y con respecto al asunto que trata, depende también de la cara que Dios ha dado al conferenciante y del singular aspecto con que la presenta al auditorio. ¡Ah, qué amena sería la historia

de las *entradas*, si altas razones no me impidiesen contarla por entero!

Me acuerdo, por ejemplo, de una sala llena hasta los topes donde no habiendo mas puerta que la del público, tuve necesidad de penetrar á fuerza de codazos en medio de la multitud, entre cuya gente nadie me conocía; y uno de los incomodados me gritó:— ¿Á dónde quiere usted meterse; váyase á su puesto; supongo que no habrá usted pagado más que los otros?

Recuerdo también una conferencia improvisada, al aire libre, en la cual hice mi *entrada* subiéndome á una tribuna que se movía como un barco, dejando ver entre los tablones mal unidos un fondo amenazador debajo de mis plantas, y ¡lo que son las cosas! mi tenacidad en mirar á mis pies sospechosamente, fué interpretada por síntoma de extraordinaria modestia, y me valió un calurosísimo aplauso con que entendía el público que me animaría: y á la verdad, que sin él y con mi preocupación, habría hecho la triste figura durante la perorata.

También recuerdo haber llegado un poco tarde á un vasto Circo tumultuoso, ocupado por una compañía ecuestre, en el cual, para ir hasta el escenario, me vi obligado á atra-

vesar por las cuadras, á obscuras, afanosamente, pisando acá y allá todo género de inmundicias, entre dos hileras de caballos, elefantes, patos, perros, que me saludaron con un concierto infernal.

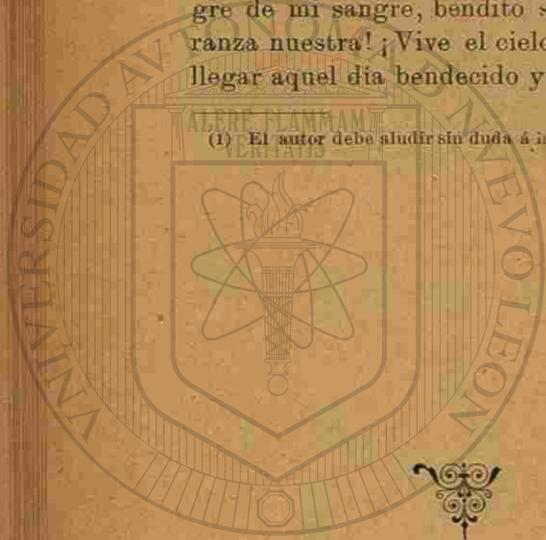
Pero lo más digno de recordarse, fué la *entrada* en la gran sala de una sociedad Filarmónica, cuyo nombre no viene á mi memoria en este momento. Desde una habitación contigua percibía yo, antes de entrar, el murmullo intenso de la muchedumbre.

Un queridísimo amigo, me dijo al oído:— Tén cuidado, sé que eres muy zorro, pero... á pesar de todo, ve preparado para un chubasco, porque... aprovecharán la ocasión, ¿comprendes? Yo sonrei señalando mis canas.

Pero cuando me presenté á aquellos dos mil oyentes entre los cuales brillaba cuanto hay de más hermoso, de más noble, de más generoso y genuinamente italiano en aquella ciudad italianísima; cuando recibí en la frente el soplo cálido y sonoro que surgió de aquellas almas, no pude resistir: sentí como una conmoción eléctrica que hizo bajar mi cerviz, y una voz que me gritó:— ¡Arriba, alzate, que no es á tí, eso es á la patria que representas!...— ¡Ah, sí;

gracias en su nombre, hermanos míos, sangre de mi sangre, bendito suspiro y esperanza nuestra! ¡Vive el cielo que habrá de llegar aquel día bendecido y suspirado! (1)

(1) El autor debe aludir sin duda a la ciudad de Trieste.



DISCURSO Á LOS ESTUDIANTES

U A N L

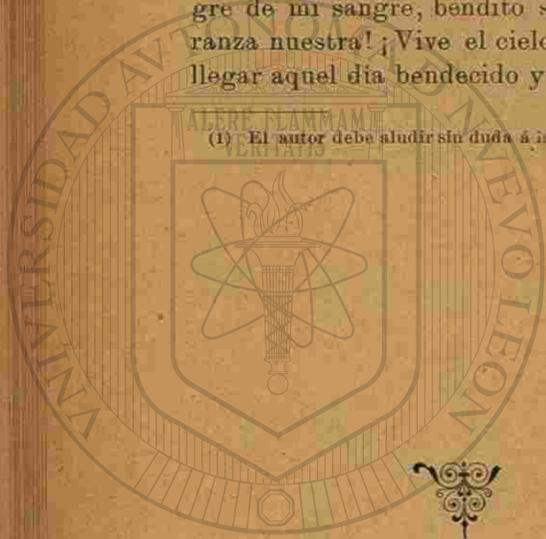
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO CASTELLANOS"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

gracias en su nombre, hermanos míos, sangre de mi sangre, bendito suspiro y esperanza nuestra! ¡Vive el cielo que habrá de llegar aquel día bendecido y suspirado! (1)

(1) El autor debe aludir sin duda a la ciudad de Trieste.



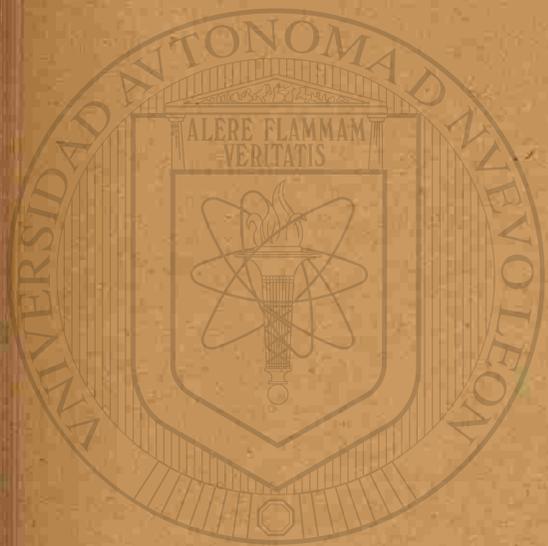
DISCURSO Á LOS ESTUDIANTES

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO CASTAÑEDA"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A vosotros, (\*) estudiantes, á los ilustres invitados que se encuentran entre vosotros, pido perdón por no haber sido bastante modesto para rechazar el innmerecido honor que se me hizo, negándome á inaugurar este Círculo con un breve discurso.

Pero sírvame de excusa lo que en vuestra invitación había: una cierta significación que acariciaba irresistiblemente aquel singular

(\*) Los estudiantes de la Universidad constituyeron no ha mucho un Círculo, y rogaron á Edmundo De Amicis que pronunciase el discurso inaugural. El eminente escritor, que en varias ocasiones demostró que al propio tiempo es un orador, así como había probado ser un poeta, se prestó gustoso á dirigir la palabra á los alumnos del renombrado Centro. Sus palabras constituyen un pequeño poema, lleno de pasión, de fantasía y de elocuencia, cuya lectura estamos seguros que interesará y conmoverá á los lectores españoles. ®

amor propio suspicaz, que se produce cuando comienza á blanquear la cabeza; vuestra invitación, quería decir que, á pesar de la desigualdad de los años, no me creéis todavía tan lejano de vosotros por el calor de los afectos y por la fe en los bellos ideales de la juventud, que no pueda ser fiel intérprete del pensamiento y el ánimo de una Asamblea de estudiantes. Y no supe vencer la tentación de mostrar públicamente el testimonio de juventud del espíritu, con cuyo título me honrásteis.

Otra razón me impulsó también: dos sencillas palabras que leí en el segundo artículo de vuestros estatutos.

Cuando en los tiempos que corren, inmenso tropel de furiosos perseguidores de la fortuna trata de extender las leyes biológicas de la lucha por la existencia, desde los reinos inferiores de la naturaleza hasta la sociedad humana, con objeto de deducir de ellas el pretexto para desprenderse de todo elevado deber de generosidad y nobleza, es consolador este vuestro intento; con el cual renegáis formalmente por vuestra parte de la primera y más dura de aquellas leyes que se denomina el egoísmo; intento con el cual procuráis atender y realizar entre vosotros

mismos uno de los más atrevidos conceptos de los apóstoles de la justicia y de la igualdad absoluta: el derecho de todos á proporcionarse los medios de vida, mediante la cultura y con el ejercicio de las propias y más altas facultades, en el campo á que la natura las destinó. *Socorro mutuo* es la expresión con que habeis significado delicadamente vuestro fin: yo lo saludo como la gentil enseña de vuestra casa.

Peró aun sin esto, aunque vuestra Asociación no hubiese tenido otro objeto que el de una reunión genial, yo la habria aplaudido y habria siempre tenido á honor el aceptar vuestra cortés invitación por varios motivos. ¿Sabeis cuáles? Pues porque el curso afortunado de muchas de las ideas más fecundas de los últimos tiempos; la formación del primer haz de defensores de muchas causas privilegiadas, convertido en el trascurso de los días en muchedumbres victoriosas; la autoridad y la fuerza de muchos hombres predestinados á grandes obras, tuvieron principio, bien lo sabeis, en reuniones habituales de la juventud dedicada á los estudios. Porque si cada uno de nosotros busca allá en su mente dónde se abrieron primero ante su pensamiento ciertos horizontes; dónde cayen-

ron ciertas arrogancias peligrosas de su orgullo; dónde se aprendieron el respeto al pensamiento ajeno, la sabia desconfianza del juicio propio, el noble ejercicio del ingenio en la crítica, halla el comienzo de todo esto en el período de sus ardientes discusiones con los compañeros de veinte años; porque, en fin, el entrecruzamiento y compenetración de los diversos órdenes de la cultura, la acción recíproca de la virtualidad opuesta de los caracteres; la educación de las facultades ágiles y batalladoras de la inteligencia; el conocimiento de los hombres, que es guía práctica y escolta amparadora de las demás facultades; la generación espontánea de las amistades que duran luego cuanto dura la vida, como estrechadas por lazo indisoluble de recuerdos sin amargura, nada de esto es casi posible sin vuestras reuniones y fuera de vuestra edad: años que colorean en vuestras controversias un ardor, una franqueza, una fe en la fecundidad de la lucha, que con el tiempo se amengua, si es que no desaparece del todo.

Sea, pues, hasta por esto felizmente inaugurado vuestro Círculo. Haced chocar, como dice el poeta, vuestros pensamientos por el lado sonoro, para que resuenen; discutid, dis-

putad, pelead, recorred por todos los ámbitos vuestro indeterminado campo en busca de aventuras y de peligros para el espíritu; afrontad audazmente todos los problemas con esta envidiable facultad de relampagueo de la inteligencia, por la cual se os aparece de improviso lo que encuentra á fuerza de afanes la experiencia y la meditación; haced flamear y retumbar sin reposo la gran fragua de las pasiones y de las ideas, y bien venidos sean vuestros debates, aun los más tempestuosos, aun aquellos que os encolericen y os agrien, si han de ser seguidos por los arranques generosos, con los cuales los caballeros de la idea se alargan la mano después de los duelos de la palabra, reconociendo que á los ojos luminosos de la Ciencia y del Arte no debe subir el humo impuro de nuestros rencores. (*Estrepitosos aplausos.*)

Pero, perdonadme, si me he separado un tanto del propósito de mi discurso: tendencia de quien habla á personas cuyo bien desea ardientemente. Y de esto no dudais, estoy seguro. No dais crédito á lo que dice un gran poeta melancólico: que el espectáculo de la juventud es odioso á los hombres maduros. No, no es verdad para la madurez que trabaja y piensa. Puede también

un hombre de corazón é inteligencia sentir en medio de vosotros aquella sombra de tristeza que suele producimos la contemplación de un retrato nuestro de veinte años atrás, el cual nos recuerda afectos muertos é ilusiones perdidas. Pero de este ligero sentimiento de amargura se liberta prontamente nuestro pensamiento, cuando la juventud que se tiene delante es aquella que se asienta en la más alta Escuela de la nación, aquella á la cual está confiado en el porvenir el honor intelectual de un pueblo. Del lamento de nuestro pasado, nosotros nos volvemos entonces hacia la admiración del vuestro, ¡oh estudiantes! Porque esto nos toca en lo más vivo del ánimo: que en la clase á que pertenecéis sea igualado el esplendor de las esperanzas con el de las tradiciones; que á lo largo de todo el camino de nuestra historia nueva, desde la primera germinación obscura de la idea nacional hasta los postreros tiempos dorados por el sol, se encuentren mil nombres de vuestras familias; que no se haya dado de setenta años á esta parte un momento triste, difícil ó solemne, en el cual la patria no haya oído la gran voz sonora de vuestras legiones expresar antes que ella sus entusiasmos más nobles y sus

resoluciones más audaces.\* (*Nueva explosión de aplausos prolongados. ¡Viva De Amicis!*)

Esos recuerdos nos despierta vuestra presencia. Habeis consolado con vuestra galana admiración los últimos años trabajados de los grandes ancianos; habeis vengado con el grito juvenil memorables injusticias; habeis sacudido culpables inercias á clases ciudadanas demasiado medrosas de todo; habeis ofrecido cabezas heróicas á los patibulos, pechos de hierro á las barricadas, regueros de sangre ardiente entre el Tessino y el Adigé, sobre los montes de Sicilia y sobre los muros de Roma. ¡Y la alegría infinita que encontramos en estos recuerdos, viene en gran parte desde la profunda, inconcusa, soberbia certidumbre, de que si la historia se empezase de nuevo, ella no tendria por vuestra causa, ni un dolor más ni una gloria menos! (*Aclamaciones, aplausos prolongadísimos.*)

Mas hay aún otra razón todavía más poderosa de nuestro afecto hacia vosotros.

Quando nosotros nos detenemos descoronados ante las múltiples y atropelladas dificultades, contra las cuales en el campo de la especulación y de la acción se estrella la generación á que pertenezco y la que me

precede, recurrimos con la mente á la juventud universitaria, como en una grande guerra dudosa, el ejército de vanguardia vuelve el pensamiento al segundo ejército que se ordena y adiestra en los campos, esperando su hora. Y con inmensa confortación nos figuramos nuevas formas del arte, más alta sabiduría de la ley, nuevas enfermedades vencidas, nuevos y maravillosos cooperadores de los brazos humanos, y alguna idea espléndida y sencilla, hoy todavía velada, que conspira para dar solución á aquel enorme problema social que nos atormenta la razón y nos tiene el alma en anhelo; y como los contornos inciertos de una hermosa tierra lejana, vemos las líneas prominentes de una sociedad más justa, más fraternal, más feliz que la nuestra: que, en el fondo es el más sagrado voto de todos.

Ahi, en medio de vosotros, todo esto se anida, despunta, se bosqueja, hierve—sois vosotros el porvenir en que tenemos puesta nuestra fe,—las esperanzas que nos ayudan á vivir con vuestras ambiciones—y la luz más viva que anima nuestro ocaso es aquella que os circunda y que irradia á nuestra espalda la aurora de vuestra juventud. (*Fra-  
gorosos aplausos interrumpen al orador.*)

Y entonces ¡cuánto os amamos! Entonces, aquel sentimiento de orgullo cerrado que mantiene, poco ó mucho, cada generación madura, se arranca como escoria vil de nuestro ánimo; entonces, no comprendemos por qué, cada uno de nosotros no ha de desear como una fortuna que vosotros paseis sobre nuestros cuerpos para subir un escalón más alto en la escala del arte y de la ciencia: entonces, bendecimos vuestros estudios, vuestras alegrías, vuestras irrupciones con un entusiasmo en el cual se halla todavía toda la frescura de vuestra edad, con un afecto del que no puedo presentaros otra imagen que la del abrazo paternal. (*Aplausos.*)

Si, os amamos como al porvenir vivo y personificado. Seguimos vuestros pasos con el sentimiento de curiosidad pensativa, con la cual se mira á quien parte para un país desconocido y admirable, como si tuviese ya sobre su persona un reflejo de las maravillas hacia las que se dirige. Y, con efecto; quién puede decir qué cosa va á ser en el futuro, esta mole deforme de la sociedad presente enya cima fulgura y cuyo fundamento vacila; qué va á nacer de las condiciones actuales del viejo mundo, arrinconado en la sombra, en medio de los opuestos crepúsculos de los

astros que se hundieron en sus occidentes y de aquellos que aún no surgieron á su orto todavía, combatidos del flujo y reflujo de muchedumbres irritadas, cuya cólera crece á medida de su propia cultura y aplastadas con el peso de inmensos ejércitos destinados á conflictos que aniquilan la imaginación, y á los cuales rechaza la razón y el corazón de los pueblos cada día con signos más amenazadores... No, ni nosotros lo sabemos ni hay ciencia que lo pueda prever.

Lo cierto es que el mundo se prepara con vastos y lentos esfuerzos á una profunda mutación, y que en la edad que se abre, tendreis que luchar como ciudadanos y como hombres, con dificultades distintas en gran parte de aquellas que nos contrastaron y contrastan á nosotros; que otras virtudes se os presentarán; que otros sacrificios os serán pedidos, á los cuales no fuimos llamados. Pero al encuentro de todo ireis con ánimo esforzado, confortados, no solamente por la fe en la victoria última de la justicia y del bien, si que á la vez, animados por este pensamiento, á saber: que por maravillosas que sean las novedades que percibáis á vuestro alrededor, no serán menores las que surgirán dentro de vosotros mismos, no

tanto por efecto natural del tiempo, cuanto por virtud del cambio de las cosas exteriores. Filigranas improvisadas y estupendas de facultades latentes fecundadas por nuevas pasiones, nacidas á su vez de inesperados acontecimientos, súbitas revueltas y carreras conquistadoras del ingenio por vías, no sólo no buscadas, sino aún ignoradas hasta poco antes; fuerzas imprevistas del ánimo, suscitadas por peligros y dolores comunes y apasionadas consagraciones de todas las potencias de la inteligencia y de la voluntad hacia órdenes de ideas, á las cuales, por espacio de veinte años no se había jamás asomado la mente, sino para combatir las ó escarnecerlas: todo esto sobrevendrá para vosotros, y tanto cambiarán algunos, que buscándose á ellos mismos allá en el arsenal de las memorias de los días presentes, se asombrarán de la propia antigua imagen. Todo esto sucederá, y acaso entre aquéllos que me escuchan existan ya novios inconscientes de la Nueva Era, campeones afortunados de ideas benéficas, víctimas ilustres ú oscuras, pero igualmente nobles de las grandes pasiones, frentes que se alzarán sobre las otras como enseñas, nombres que serán amados y bendecidos. Nosotros saludamos con reve

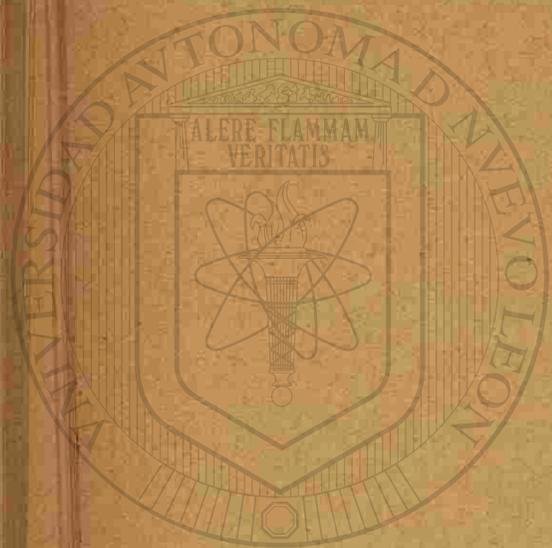
rencia en vosotros á este cúmulo de promesas, de predestinaciones, de misterios; y si algo nos turba al daros el grito de los *vivas* al partir, es el temor de no haber trabajado bastante, pensado bastante, sufrido bastante para allanaros el camino sobre el cual os lanzais, la vía en que os acompañaremos al menos con el alma, hasta que desaparezcáis en el horizonte. (*Extraordinarios aplausos.*)

Y ahora ¿qué más os podré decir?

Acabada esta bella sesión, quedareis solos en vuestras alegres reuniones; pero nosotros, en medio de las fatigas y de los cuidados cotidianos, volveremos con frecuencia la mente á las pocas horas de juventud que nos habeis hecho vivir en esta noche, entre estas paredes donde también os vendrá á encontrar el deseo de tantos que desde lejos os aman, donde vendrán á apretaros la mano colegas de otras provincias y de otros pueblos, donde tanta alegría, tanta vida, tanta primavera de pensamiento y de afectos, promete dar flores y frutos en el porvenir. ¡Que tenga, pues, larga existencia vuestro Círculo! Y que no sea solamente el lugar donde se cimenten las buenas amistades; sea al propio tiempo el sitio donde vencidós por la fuerza de la cordialidad al prójimo, se recon-

cilien los enemigos, donde los celos del ingenio se limen la punta, donde las opiniones de los partidos contrarios se cambien mutuamente el homenaje de la cortesía, de modo que pueda decir:—Émulos en los estudios, rivales en la vida, desligados de todo vínculo en la política; pero aquí, somos hermanos. ¡Eso deseo y auguro á vuestro Círculo! Á vosotros, vanguardia intelectual de vuestra generación, á los que vencerán en la batalla de la vida, á los vencidos, á los que caigan, á los que, acribillados de heridas, seguirán combatiendo mientras alienten, á todos vosotros, sangre nueva y generosa de la patria, hijos predilectos de nuestro pensamiento y esperanzas sagradas de nuestro corazón, ¡salud, fortuna, gloria! (*Prolongadísimo aplausos.*)





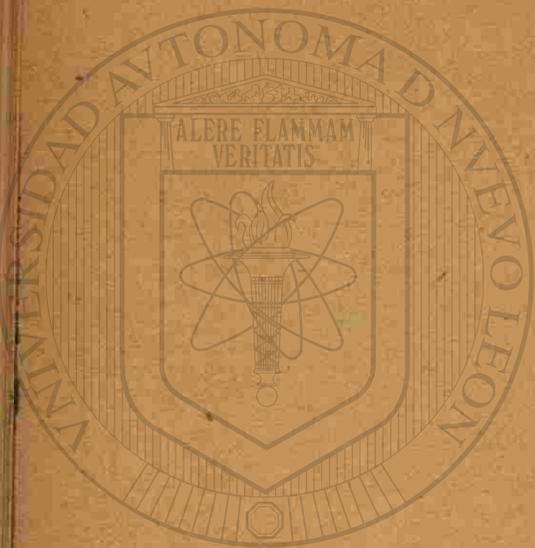
EPISODIO DE MI VIDA LITERARIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALEJANDRO NÚÑEZ  
1964 - 1984



ARTURO Ghigheri es un nombre que constituye en mi mente uno de los recuerdos más amenos de mi juventud; ameno, hasta tal punto, que en los días tristes, me lo resucitó en el pensamiento, como si se tratase de un personaje de comedia; y rarísima vez la imagen de la persona no logra ponerme de buen humor.

No recuerdo bien cómo entró en nuestra alegre brigada Florentina, compuesta de precoces delincuentes literarios; él, sí, se colaba con ciertas mañas de galopín obsequioso, y era tan bueno, agradable y servicial, que acababa por hacerse querer hasta de aquellos que lo trataban desde el principio como un intruso inoportuno.

Era parmésano, si mal no recuerdo, y empleado en una Sociedad de Seguros contra el granizo. Tenía veinticinco años y una

figura chistosa; bajito de estatura y magri-  
llo; cara redonda é imberbe, que parecía  
un poco hinchada; los ojos, un tanto salton-  
nes y la boca redonda y siempre abierta, que  
le daba á su fisonomía cierto aire con la de  
un pez; vestido no sin elegancia, pero con un  
corte de prendas, que parecía siempre esca-  
so, dejándole al descubierto determinadas  
rotundidades posteriores; los zapatos tam-  
po escapaban á esta ley de la escasez, puesto  
que los usaba descotados por punto general,  
y las mangas cortas, dejando asomar dos  
grandes puños de camisa limpisimos y que se  
veían blanquear de uno á otro extremo de  
una calle, por larga que fuera. Llevaba una  
eterna chistera y una flor perpetua en el  
ojal; andaba á pasitos cortos, menudos y  
rapidísimos, y con frecuencia, cuando le  
apremiaban obligaciones de premura en sus  
negocios, la emprendía á escape aun por los  
sitios más concurridos, provocando las mi-  
radas de los transeúntes que lo tomarían en  
más de una ocasión por un timador perse-  
gnido.

Bajo aquella honesta *gavina* perenne de  
empleado, había despuntado un día, creo  
que de repente, el tumorcillo de la ambición  
literaria. Y no se comprendía por dónde ni

de qué manera le hubiese podido nacer,  
puesto que era rigurosamente virgen de todo  
estudio antiguo ó reciente, y parecía que la  
naturaleza le había negado hasta el más  
lejano pretexto para buscar la gloria en el  
tintero. Y aun más extraña resultaba la  
cosa, en fin, porque en su oficina de Segu-  
ros pasaba por un empleado muy discreto y  
sensato.

Su pasión era la poesía lírica.

Debía haberse despertado una mañana  
con una estrofa en la cabeza, llovida sin sa-  
ber de donde, y haberse dicho:—Pues se-  
ñor, emprendo la via de las Letras.—Lo  
mismo que habría podido decir:—Pues se-  
ñor, me abono al teatro.

Cuando entro en nuestra compañía, había  
ya sacado del horno una docena de poesías  
patrióticas y amorosas. Eran todas brevisi-  
mas á lo más de cuatro ó seis cuartetas de  
versos de siete sílabas; porque *las poesías*,  
según él, *deben ser como relámpagos*. Pero es  
imposible decir todo lo que las *suyas* eran  
de candidas, de deslavazadas, de pobres,  
de insulsas, de necias. Era materia que es-  
capaba á la crítica, como sopa de sémola al  
tenedor, y que apenas se podían comparar  
con ciertos versos de libretos de ópera, he-

chos célebres á fuerza de estúpidos, tanto como la música divina, para la cual sirvieron indignamente de falsa-regla. Y las había escrito todas con caracteres microscópicos en un cuadernito de papel muy fino, formado por tres hojas cosidas con una pasada de seda y tan grande como una mano, que con un soplo se le podía hacer volar.

Bajo una de estas poesías, había escrito en caracteres mayores:

*Declamada por la joven filodramática Juliana de Tal, en una comida dada en casa de Zutano de Cual, la noche del 3 de Septiembre de 1868, en Voghera.*

Y debajo de otra se leía:

*Encomiada por Perengunito, primo, en segundo grado, de Nicolás Tommaseo. Todo su bagaje literario se contenía en aquellas tres hojas de papel transparente. Su persona, su vestido, todo estaba en armonía; todo era minúsculo, ligero, aéreo, volátil.*

Añádase á esto una singularidad cómica: que no se reía jamás.

Naturalmente, cuando entró en nuestra brigada, no despertando celos á ninguno, se le daban buenos jabones de elogios lisonjeros. Y entonces cobró ánimos para pulsar la opinión pública, como él decía, por vez pri-

mera.—“Si salgo bien de la prueba,—añadía,—como espero, dejo el destino y me dedico por completo al arte. Pero antes, quiero tentar la opinión, con un pseudónimo. En estas cosas, es preciso proceder con cautela.” Cierta noche buscamos juntos el pseudónimo, al cual daba grande importancia; y después de largas y prolijas investigaciones y discusiones, aceptó con calor el que le sugirió uno de nosotros.

—*Algo-hay-aquí*;—porque en los momentos de entusiasmo solía repetir, sin darse cuenta, las palabras pronunciadas por Andrés Chénier, yendo á la guillotina; se golpeaba con una mano la frente y exclamaba: ¡Y sin embargo, algo hay aquí dentro!—Con este estafalario pseudónimo envió la mejor de sus poesías amorosas al periódico literario *Las Veladas Florentinas*, y se quedó esperando la respuesta con grandísimo anhelo.

El director, joven sagaz, amigo nuestro, á quien rogamos que fuese benévolo, le devolvió la poesía con dos líneas atentas, diciéndole que su publicación tenía costumbre no quebrantada, de no insertar poesías amorosas.

Arturo Ghigheri se consoló de la negativa con las finas frases y hasta cumplimientos

de la misiva, y le mandó una poesía política con el título de *Francia é Italia*.

El director le respondió alabándola, pero diciéndole que su periódico no publicaba poesías que *pudiesen suscitar odios ó provocar conflictos entre las naciones*.

La idea de que su poesía fuese juzgada como peligrosa para Europa, le acarició tan dulcemente su amor propio, que tragó hasta sin pena la segunda negativa, y remitió inmediatamente una tercera poesía, intitulada: *¡Al Mar!* en versos libres, segurísimo esta vez de verla publicada.

Le respondió entonces en nombre del director el secretario de la redacción, diciéndole: "Nuestro director no publica versos libres; es una idea fija, una manía, hace mal, pero, ¿qué quiere usted? Y no hay remedio, odia los versos sueltos desde la infancia, implacablemente, por instinto. Le devuelvo el original, con pena.

A esta tercera negativa, el poeta sospechó, pero con una sospecha que obscureció por un momento su ilusión. Pensó que había en la poesía alguna *pequeña imperfección exterior* de aquellas que se escapan en el ímpetu de la inspiración, alguna palabra ó frase "no bastante clásica," que el periodista

y aun nosotros mismos, por delicadeza, no le queríamos señalar. Sacó su telaraña de cuadernillo, y colocándolo, abierto en medio de la mesa de la cervecería, nos rogó que fuésemos sinceros y le indicásemos los lunares, si los había. Pero casi no puso atención á las pocas observaciones que por mera fórmula le hizo alguno que otro. Parecía absorto en un pensamiento que expresó á media voz, como hablando consigo mismo, con una locución de reciente conquista:—*¡Ya! "me falta el lenocinio de la forma!"*

Y un momento después, dejando caer el puño sobre el velador, gritó:—*"¡Vive Cristo; quiero hacerme un estilo!"*

A aquella salida de tono, todos soltamos el trapo á reir. Pero él, sin parar mientes, añadió que comprendía perfectamente que le faltaban los estudios; y cómo quiera que reconocía la necesidad de familiarizarse con los autores, uno le preguntó:—*¿Ha leído á Parini?*—El contestó con suma desenvoltura:—No.

Otro le interrogó:—*¿Ha leído á Foscolo?* Un poco,—respondió;—pero, lo confieso, muy á la ligera.

Un tercero le insinuó:—*¿Y á Carducci?*  
—No, pero... lo he oido nombrar mucho.

Esta vez faltó poco para que rodásemos con sillas y todo, por el suelo, á fuerza de reir. Mas ni entonces se desconcertó por nuestras carcajadas, sino que se contentó con gritar:

—Eh, si, tengo vacíos... ¿quién lo duda? Pero, ahora, me cojo todos estos autores, y el primer día que tenga de ásueto, me los leo todos de rabo á cabo, de un tirón. En veinticuatro horas, se puede uno tragar mucho, y con un poco de memoria... En fin, alguna cosa hay aquí dentro. Todo está en romper el hielo. ¡Los principios, ya se sabe, son duros para todos!

Y volvió á enfilar poesías minúsculas, copiándolas en su cuadernillo.

—Haré tantas,—decía,—¡qué diablo! que alguna que *se imponga*, preciso será que tenga éxito, necesariamente.

Tiraba á *la obra maestra* como se tira al blanco; profundamente persuadido de que sin asomos de cultura, obstinándose en lanzar, como flecha del arco, verso tras verso, se podía dar de hoz y de coz, en una oda inmortal; lo mismo que aquel que se figura que no habiendo tomado en su vida un fusil, á fuerza de disparar bala tras bala, un mes seguido, se puede dar en el blanco alguna vez.

Pero cuanto más lo conocíamos, más nos asombraba. No sé en qué ocasiones, ni con qué motivo, por intervención de un tercero, había conseguido cambiar algunas palabras en la calle, al paso, delante de un café, con el célebre poeta Prati, con Aleardi, con Dall'Ongaro y aun con otros; después de lo cual, no dejaba nunca de pararlos donde los tropezaba, deshaciendo la chistera: y nos traía religiosamente noticia de ellos;—Prati está constipado; Aleardi se ha torcido un pie antes de ayer por la mañana, al salir de la Academia de Bellas Artes... Esto, para él, era estar al corriente de la Literatura contemporánea. Lo más gracioso del caso es que, después de cierto tiempo, para darse aires de familiaridad con aquellos señores, no nos los nombraba nunca sino por sus nombres de pila, lo cual daba lugar á equívocos continuos.—Esta noche llega nuestro Domingo.—¿Qué Domingo?—preguntábamos. Era Francisco Domingo Guerrazzi.— Me he encontrado á Andresito.—¿Andresito?— ¡Eh, diablo, pues al traductor del *Fausto*: Andrés Maffei.

Pero estas vanidades ridículas que en otros, nos habrían estomagado, en él resultaban agradables: tanta era la ingenua fran-

queza con que nos las mostraba. Y era tan bueno en el fondo, tan sencillo, que no sólo toleraba la broma, sino que ni siquiera la comprendía á menudo. Sucedia algunas veces que, encontrándonos siete ú ocho juntos en una esquina charlando, por la noche, él saltaba *ex-abrupto*:— Oid una poesía que... á aquellas palabras todos decíamos á una voz:— ¡Vaya, con permiso, señores, buenas noches!... Y cada uno tiraba por su lado, como para huir al estallido de la metralla, sin dejarnos ver más. Y cuando al día siguiente creíamos encontrarlo ofendido, no manifestaba la más mínima señal de rencor, como si hubiese creído de verdad que aquella desbandada obedeció á la simultaneidad de quehaceres en los siete ú ocho presuntos oyentes.

Andando el tiempo, habíase entregado— como él decía— á estudios *enormes* de lenguaje poético; esto es, á extraer de los poemas que leía ciertas frases para vestir con ellas su conversación, exornándola, y como si le brotasen espontáneamente de los labios, surgiendo naturales, y para hacer gala de ellas y de su elegante dición en nuestro círculo. Nosotros en cuanto lo advertimos, nos pusimos de acuerdo para no dejarle nunca aca-

bar semejantes desahegos poéticos. Empezaba, por ejemplo, en una discusión á decir:

— Cuando surge en el ánimo excitado...

Apenas reconocida la frase estereotipada, nos dirigíamos la palabra unos á otros interrumpiéndole á la vez, sobre otros asuntos, todos en coro, cubriéndole la voz y ahogando en su garganta su bien aprendida frase. Y se repetía tres ó cuatro veces el coro, cada vez que intentaba embocarnos la frasecilla; hasta que renunciaba á exponer su perla, mirando alrededor confuso y anonadado, con los ojos saliéndosele de las órbitas, pero sin dar señales de que advirtiera nuestro pérfido intento.

Sería imposible contar todo, y serían increíbles la mayor parte de las cosas. Para citar todavía una. Su manera predilecta de hacer creer que conocía á fondo á un prosista ó á un poeta, era lamentar el que no se le hiciera justicia. Hablando una noche de Lord Byron, exclamó con acento de ardiente convicción:— ¡Qué poeta!... ¡Es tan poco conocido!

Ó bien, de un escritor que admiraba, decía:— ¡Ese!... ¡Bah, dejémoslo estar!... — Dejemos tranquilo á Ariosto, tened la bon-

dad!—¿Guerrazzi? ¡Oh, en cuanto á Guerrazzi, dejémoslo tranquilo!

Y se encerraba en efecto, para suerte de los autores admirados, en un silencio admirable.

Entretanto, seguía descargando poesías y mandándolas á todos los periódicos, sin descorazonarse jamás por las repulsas, á las cuales atribuía siempre otra causa que la verdadera; y á cada negativa, después de haberla justificado con nosotros, exclamaba:—Y sin embargo... hay algo aquí dentro!

De vez en cuando, no obstante, le nacía una duda, aunque fugitiva. Cogía del brazo á uno ó á otro preguntando con acento afectuoso:—Dime la verdad: ¿crees que llegaré á hacerme un nombre?

—¡Ya lo tienes! —le replicó uno de nosotros sin reír, en cierta ocasión.

Y él, repuso, con franqueza:—Sí, comprendo... en un pequeño círculo. Pero la verdadera fama es muy otra cosa. ¡Oh, querido, el camino es largo y difícil; no me hago ilusiones!

Era verdaderamente de una ingenuidad sin límites. Lo estudiábamos con curiosidad casi amorosa. Buscando la manera de descubrir cómo había podido surgir y cómo podía man-

tenerse en él un concepto tan disparatado de sus facultades, lo pulsábamos acerca de mil materias, nos asomábamos á su imaginación y no veíamos más que estrechos corredores desnudos, una casa absolutamente desamueblada, en la cual las ilusiones literarias bailaban perpetua danza en absoluta libertad, cantando un himno que en el edificio vació resonaba con tanta sonoridad que no dejaba percibir ninguna voz ni eco de fuera. Uno de nuestros amigos definía admirablemente su cerebro:— *Un asilo infantil de ideas.*

Las negativas de los periódicos se siguieron acumulando de tal manera, que aguijoneado hasta por nosotros, acabó por creer que se le hacía una guerra secreta é insidiosa, por conjurados pérfidos que le impedían *hacerse un nombre*; y entonces, habiéndole nosotros sugerido la idea de fundar un periodiquillo literario semanal, que le serviría de bandera y de espada, descubrimos que él abrigaba este propósito hacia tiempo. Había calculado que con trescientas pesetas tendría suficiente para los gastos de anuncios y propaganda y para los dos primeros números; poseía algunos ahorrillos y algo obtendría entre los conocidos. Nuestras ex-

hortaciones lo decidieron. Encontró el título del periódico: *Quizás!* que constituía como una alusión á sus esperanzas. Galopó una semana por Florencia con su chistera y sus zapatitos, en busca de un impresor y de secretario ó administrador, y se dió por muerto, cazando epistolarmente un corresponsal en cada una de las partes de Italia.

Y en esto se reveló toda su prodigiosa fecundidad en punto á ilusiones.

Se había imaginado (¡y no se engañaba el pícaro!) que el periódico se habría autorizado bien y pronto, si hubiese contado como crítico musical á Verdi, por corresponsal en París á Víctor Hugo, por colaborador en Londres á Carlos Dickens, y otros de igual renombre en otros países. Y no hay que extrañar que acogiese en serio esta idea, porque él era en el mundo intelectual, lo que el niño en el mundo físico, que no teniendo concepto exacto de tamaños ni distancias, alarga la mano para coger la luna. Y con efecto, escribió á todos... El proceso de su ilusión era admirable. Decía á cualquiera de nosotros tocándonos con el codo, así como en secreto y como quien dice una novedad y una cosa muy atrevida:—¡Si se pudiese contar con la colaboración de Hugo! ¿Eh?

¿Qué dices? ¡Qué golpe, eh!—El día siguiente decía á otro amigo como la cosa más natural del mundo:—¿Sabes? He escrito para la colaboración á Víctor Hugo.—Tres días después decía á un tercero:—¡Una buena noticia: contamos con la colaboración de Víctor Hugo!—Y esperando la respuesta de París, ya creía tenerla y afirmativa.

Ni Verdi, ni Hugo, ni Dickens, no sé por qué aceptaron el ofrecimiento. Pero al *Quizás* no le importó.

Recuerdo con placer indecible la noche que nos invitó á los amigos para solemnizar la inminente salida del periódico: ¡dos frascos de vino de Chianti y dos docenas de anchoas! Las oficinas del *Quizás* se reducían á un cuarto desnudo y poco limpio, que él alquilaba por horas á la dirección de otro periódico político popular instalado en un cuarto piso. El mobiliario consistía en una larga mesa de madera en bruto, hecha de dos tablas y dos caballetes ó pies de catre, y cuatro sillas de rengadas de paja. Dos ó tres, nos sentamos en viejos cestos de papeles, vueltos boca abajo.

Ghigheri nos presentó como secretario, administrador, corrector, escribiente de las fajas y encargado de los repartos y envíos,

á un pequeño jorobado, paisano suyo, que había desenterrado Dios sabe de donde, y cuya deformidad digna de compasión no nos impidió de prorrumpir en una gran carcajada cuando nos ofreció su tarjeta, donde se leía: *Fulano de Tal, antiguo profesor de lenguas occidentales*. ¡Qué diablos! Está bien el respeto á la desgracia; pero hay ciertas provocaciones...

¡Ghigheri, con su eterna flor en el ojal, era feliz! Su cara de pescado fosforecía. Tenía sobre la cabeza como un nimbo luminoso de esperanza. ¡Y qué esperanzas! Estaba seguro del éxito; nos preguntó qué se decía del *Quizás* por las calles de Florencia. Contaba con un primer número espléndido: un soneto inédito de Prati; una poesía suya nominada *¡Infelices!* dirigida contra sus adversarios; se habían pegado por las esquinas ciento cincuenta anuncios; se había asegurado la colaboración de una falanje de señoritas. Las suscripciones crecerían por docenas... Nos hizo vaciar los dos frascos; recitó versos; habló de su padre y de su madre; emborrachó al jorobadillo, lloró, nos retuvo hasta que se consumieron las dos velas de sebo, y desde lo alto de la puerta, cuando bajamos nos gritó: —“¡Alguna cosa hay aquí dentro!”, con un

acento tan caluroso y alegre, con tal tono de persuasión, que casi salimos á la calle conmovidos.

Pero... ¡ay de mí! El periódico, que salió al día siguiente, un pedazo cuadrado de papel que parecía un pañuelo, era un tal mísero conjunto de migajas de quincallería arcádica y de lugares comunes escolarescos, que superaba las previsiones más vituperables. Figuráos después, que se había impreso el soneto de Prati, con un solo terceto, comiéndole el otro, y que el jorobadillo borracho, había hecho tal pastel en la paginación, que era preciso andar buscando de aquí para allá los miembros esparcidos de los artículos como hacen los chicos con los cubos pintados para recomponer el cuadro del rompe cabezas de la caja. Salido el segundo número, el *Quizás* espiró; pero no sin haber producido un cierto rumor á causa de la originalidad de su *Correspondencia particular*, á la cual Ghigheri había concedido grande amplitud. Aquel pobrecillo tenía la desgracia de no poder dirigir cuatro palabras á una señorita sin incurrir en las más deplorables equivocaciones. Algunas de estas que aparecieron en el segundo y último número recorrieron media Florencia. “Señorita L. L.—*Sassuolo*,”

—Mandadnos alguna de vuestra poesías. La publicaremos en primera página. Ya sois conocida hasta aquí mismo: ¡Se sabe que habeis hecho de las buenas!—“Señora A. R. D. —*Módena*.—Buena la novela. Pero hay que enmendar. ¿Está dispuesta á dejársela retocar?—“Señorita Z.—*Liorna*.—¿Cuándo se publicará el poemita? ¡Si quisiera concedernos sus primicias! Tendríamos mucho placer nosotros y ganaría mucho con ello, probablemente, su volumen.”

Por esto, la muerte del periódico fué sinceramente lamentada por muchos.

Pero Ghigheri no se amilanó. Habló de enemigos, de la conjuración del silencio; pero confesó que se había arriesgado á tan ardua empresa con fondos insuficientes.—¡Si hubiese podido durar hasta el décimo número!... Todo habría cambiado. Me había prometido un artículo Francisquito.

—¿Qué Francisquito?

—¡Sanctis! (\*). Verdi, parecía bien dispuesto. Guardaba yo ya en mi gaveta un monte de manuscritos! En fin, volveré á intentar más adelante... ¡No es un camino cu-

(\*) Francisco de Sanctis, célebre escritor de crítica, ministro que ha sido de Instrucción pública.

bierto de rosas, ya lo sabía yo perfectamente!

Y se engolfó nuevamente en la lirica. Lo veíamos alguna vez por la noche, tarde, dar vueltas con pasitos rápidos por ciertas plazas ópaseos, chistera en mano... sin duda *creando* alguna poesía... Una noche lo encontré completamente solo, plantado en una esquina, sumido en sus pensamientos. Me acerqué á él de puntillas sin que me viese, y dándole de improviso una palmada en el hombro, le dije:—¿Qué haces?—Y él, volviéndose, me contestó, me hago un *estilete* propio.

—¿Y á quién quieres matar? le repliqué.

El creía que yo le había querido interrogar en qué se ocupaba en aquellos días. Estaba haciendo precisamente una recolección de frases de la prosa de Pedro Giordani, porque después de haber pensado bien en ello, había reconocido la necesidad de hacerse fuerte también en la prosa.—Mi gran dificultad,—dijo—está en la *liga* de los periodos. Se había enamorado de esta palabra cuyo sentido no comprendía con claridad. Hablaba á cada instante de *ligas* de las frases.—¡Bella *liga*!—exclamaba al oír leer un párrafo de un periódico.

Después desapareció algunos días. Supimos que se había prendado de una dama y

que le había inspirado igual pasión. Se trataba de una literata un poco *fanè*, con un largo cuello de pajarraco desplumado, mujer de un empleado en el ministerio de la Guerra, la cual le había mandado un grueso paquete de versos alejandrinos rimados pareados, para el segundo número del *Quizás*. Se la vimos llevar del brazo una noche. Él llevaba rostro de triunfo con tal conquista. Acaso esperaba de aquel amor un soplo nuevo de nueva y poderosa inspiración; tal vez pensaba que cuadraba bien á su corona de poeta aquel poco de aureola de *Don Juan*. Volvió cierto día á nuestra tertulia y aludió á aquella su pasión con frases extraordinarias y misteriosas, las cuales, naturalmente le cortamos en los labios de repente según costumbre, con la habitual estratagema, y en cuanto advertimos que habían sido pescadas en Giordani.

Pero la intriguilla amorosa no duró mucho. Nos dijeron que el marido, habiendo adivinado la *liga*, para pasar desde el ministerio de la Guerra al Parnaso, había plantado al poeta en mitad del arroyo. Una noche nos leyó él una poesía satírica de dos estrofillas aludiendo al marido, cuyo último verso me acuerdo que decía:

“¡Nací poeta, y guay del que me toque!”

Pero se comprendía que no hubo *guay* en el marido para tocarle; porque además él llevaba una señal roja debajo de la oreja... Nos aseguró que aquello era la señal de un beso; á nosotros nos hizo el efecto de que era un tolondrón hecho con otra cosa más contundente que los labios. Pero no logramos saber más.

Licenciado el amor, volvió entre nosotros con toda la frescura de sus primeras esperanzas. Á decir verdad había alguno en nuestra partida á quien aquella obstinada alucinación comenzaba á poner nervioso, y al cual se le pasaban buenas ganas de decirle el mejor día cara á cara la verdad pura y desnuda. Pero los demás lo convencimos de que debía callar. ¡Era tan buen chico! Y por otra parte ¿á qué pro herirlo brutalmente en su amor propio, cuando todos podían recrearse á su costa? En una sola ocasión lo vi tomar á mal una broma. Fué una noche en que uno de nosotros que tenía en la mano el famoso cuadernito lo colocó sobre un platillo de café y soplándolo lo mandó como un volante á los vecinos de otra mesa. Ghigheri corrió á recogerlo, se lo guardó y exclamó con tono

de resentimiento:—¡Con los *manuscritos* no se juega!

Hago caso omiso de las burlas innumerables que se le hacían: Cartas suplicantes de editores; tarjetas dejadas en su casa de grandes escritores extranjeros, y otras cosas por el estilo, de cuyas bromas él sonreía mansamente (después de breve incertidumbre, por supuesto), y como si todas estas chanzas fuesen anticipaciones de cosas que en el porvenir le ocurrirían seguramente. Entre una y otra guasa, proseguía disparando poesías copiadas en el cuadernillo, el cual sin embargo, no sé por que cualidad milagrosa, las contenía todas sin crecer de volumen y conservando siempre algunas hojas en blanco.

Pero bajo el furor poético seguía perenne la idea del periódico. Y después de muchos esfuerzos, con efecto, consiguió por último sacarlo otra vez á luz. Salieron en esta segunda época cuatro números, y la *Correspondencia particular* continuó dando que hablar; pero la hoja murió al cabo de un mes, lo mismo que el año anterior.

Pero ¡ay! las consecuencias fueron muy otras en esta ocasión. No supimos por qué, Ghigheri vivió en otro círculo y alejado del nuestro. Dos meses pasados, volvió á nos-

otros como hijo pródigo. Se había operado una mudanza en él. Parecía cansado y preocupado. Pedimos noticias por varios lados, y nos informamos de que, á causa de sus frecuentes y prolongadas distracciones literarias, había sido despedido de las oficinas de la Sociedad de Seguros; que se encontraba en la calle y con el día y la noche, y que inútilmente buscaba ocupación llamando de puerta en puerta. De su situación pronto nos dieron muestra el estado de su sombrero de copa, que perdía su brillo, su chaqué que lo adquiría por los codos, la blancura de sus grandes puños que sombreaba con tonos azules y grises. Luego empezamos á verlo palidecer y con los ojos cargados, lo cual nos hizo sospechar que no comía ni bien ni bastante; y entonces, hasta aquellos que le habían tomado hasta manía, acabaron por tenerle compasión.

Y debo decir que ocultó y soportó la pobreza heroicamente no pidiendo nada á nadie, aceptando sólo alguna que otra comida, casi á la fuerza; constantemente más y más enroscado en sus esperanzas y más amorosamente perdido detrás de las musas, más aún: mientras más se entristecían sus asuntos, tanto más parecía que floreciesen sus ilusio-

nes. Le venían hácia arriba de las profundidades del estómago vacío las más audaces ideas. Cada día echaba fuera una nueva. Cierta día, vista la dificultad de abrirse camino en Italia se proponía ir á Francia, *hacerse un nombre* allí, y con el bautismo de la gloria parisiense volver á la patria, donde sin asomo de duda se le abrirían de par en par todas las puertas. Otra vez pensó una estupenda: escribir una novela con clave, — en verso, — por supuesto, de la cual nadie entendiese una palabra, que atormentase á todos los cerebros, como un enigma sobrenatural; y luego publicaría un libretillo, *la clave*, donde todos los misterios se revelasen, de manera que su literatura provocase una continua exclamación de asombro y de estupor; un nuevo género de placer artístico, agudísimo, ingeniosísimo, casi insoportable como el de un hombre que á cada tic-tac de su reló tuviese una visión de un mundo nuevo. Otro día, una idea fulgurante. Una fábula en octavas con ilustraciones de Domingo... — ¿Qué Domingo? — ¡Eh! ¿qué diablo! Domingo Morelli, el autor de las *Tentaciones de San Antonio*, el primer pintor de Italia. El libro habria tenido un éxito inmenso. No se presentaba otra dificultad que la pequeña de convencer

á Morelli; pero él decía, que, leída la fábula, no le habría el artista rehusado su cooperación. Y así, soñando, esperando, enflaqueciendo, repitiendo siempre su *Algo hay aquí dentro*, corriendo tras un empleo que corría más que él, comiendo Dios sabe qué y de qué manera, y mostrando cada día un poco más la trama de sus vestidos, pero sin quitarse jamás su flor del ojal, siguió tirando por espacio de casi un año.

Luego desapareció del modo más raro.

Estábamos sentados delante de cierto café seis ó siete amigos. Él estaba más triste que de costumbre. Parecía ser que de algún tiempo á aquellos días los camareros lo molestaban con miradas desdeñosas, habiendo husmeado su hambre. En un momento dado, excitado un poco por la cerveza que había bebido, quizás en ayunas, sacó del bolsillo su cuaderno y principió á leer versos dedicados á su madre, en los cuales, bajo la habitual mezquindad de la forma, había, sin embargo una cierta dulzura de sentimiento; y leyendo se conmovió, y se le saltaron las lágrimas; y estaba precisamente en el instante en que iba á obtener un éxito mediano, un *succés d'estime*, el primero de su carrera literaria, cuando el destino adverso se in-

terpuso. Tenía el cuadernito abierto sobre la palma de la mano; hacía viento, y una ráfaga se lo arrebató, tirádoselo al suelo. Mientras se lanzó á recuperarlo, otra racha de aire lo llevó más lejos, como hoja seca. Alguno de nosotros se echó á reír. Los camareros del café soltaron el trapo á grandes carcajadas. Encarnado como la grana por el despecho, continuó persiguiendo el cuaderno, que prosiguió escapando, volteado por el viento, bailando en el remolino. Era una cosa bufá y triste á la vez; nunca se había visto una tan sincera imagen del hombre que corre detrás de una ilusión. ¡Y parecía que el viento arreciaba ante su desesperación: las hojas se descosieron, se desparmaron, revolotearon más ligeras, y él siempre detrás de unas y otras, con una mano sujetándose el sombrero de copa, acudiendo con la otra para apresar ésta ó aquella hoja, hasta que desapareció allá tras de la esquina cercana de la iglesia de enfrente. ¿Qué sucedió en su ánimo después? ¿Se ofendió por las risotadas de los mozos? ¿Se le cambió el corazón y los sentimientos con respecto á nosotros de repente? ¿Quién es capaz de saberlo!

El hecho es que no volvió más desde aque-

lla noche que no tornamos á verlo al día siguiente, ni en los sucesivos, y que nadie de cuantos lo conocían le echó la vista encima en Florencia desde entonces hasta hoy. Y nosotros nos quedamos con aquella última impresión cómica y compasiva á la vez del pobre Ghigheri, arrebatado con todo su patrimonio poético, todas sus esperanzas de gloria por una ráfaga de viento.

No lo volví á ver más que una vez sólo, diez años después, en Milán, donde nos encontramos cara á cara, dándonos un encontrón al doblar una esquina; nos reconocimos inmediatamente. Él me saludó con cierta cordialidad contenida y un tanto melancólica. No había cambiado mucho. Sólo en las sienes tenía algunas canas, y de la boca de pescado abierta le colgaban los labios, caídos en las comisuras. Ya no llevaba la flor en el ojal; nada de sombrero de copa; nada de puños: iba vestido como artesano limpio. Al primer saludo reconocí la nota buena é insinuante de su voz. Le pregunté:—¿Y la poesía?—Ahora estoy en la prosa,—me respondió. Y me explicó su contestación, enseñándome una mano, en la cual llevaba un papel con una muestra de trigo. Era agente de granos.

Después de esto, un poco embarazados ambos, sin saber qué decirnos, nos despedimos.

— ¡Hasta la vista! — le dije.

— Adiós — me respondió.

Pero como ocurre con frecuencia entre personas que se encuentran de nuevo, pasados muchos años, dados apenas diez pasos en dirección opuesta, nos volvimos uno y otro para mirarnos mutuamente la facha por la espalda, furtivamente.

Yo fingí haberme vuelto para volver a saludarle, y él con sonrisa triste se tocó con la mano la frente y pronunció sin duda algunas palabras, que no oí, pero que adiviné debían de ser: — Y sin embargo... ¡algo hay aquí dentro!

Y desapareció.

¡Pobre Ghigheri, todavía le duraban las ilusiones.

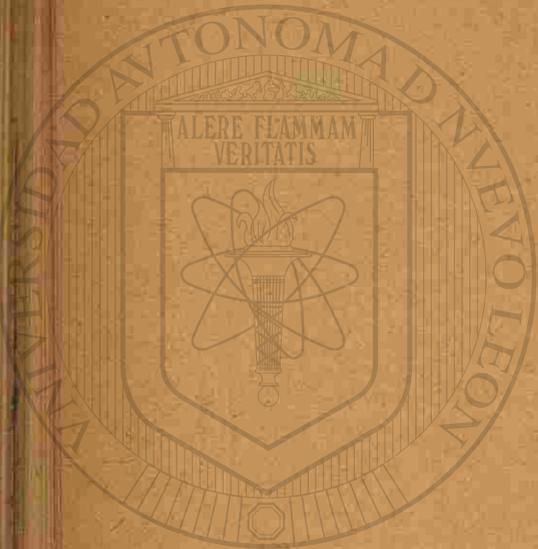
¿Pobre Ghigheri?

¡Ah, Dios mío, si bien se reflexiona!.. Todos nos señalamos ó golpeamos la frente con la mano diciendo: ¡Algo hay aquí! El creía que detrás de su frente había poesía, mientras no había sino granos de trigo. Cierto; pero otros creen que hay mucho de muchas cosas, mientras que no hay sino muy poco

y de una sola cosa; otros creen que todo lo que tienen dentro es cosa de ellos, en tanto que es materia de otros; otros, en fin, creyendo haber sacado á luz de su parto durante veinte años pensamientos libres y generosos, advierten un día con amargura que no han dado á luz sino nonadas, mentiras heredadas y adulaciones cobardes, fundadas en el conubio social en que han nacido. Y para todos llega más tarde la ráfaga de viento que nos arranca el cuaderno de las manos, y todos hacemos la triste figura corriendo tras de él, hasta desaparecer como Ghigheri detrás de una Iglesia.

¡Ah, ríe de nosotros á tu vez, pobre Ghigheri, y en gracia á la sinceridad con la cual me declaro de tu familia, si un día reconoces tu retrato en estas páginas, acepta la broma, como veinte años há, y perdona á tu viejo amigo.





OBSERVACIONES

SOBRE

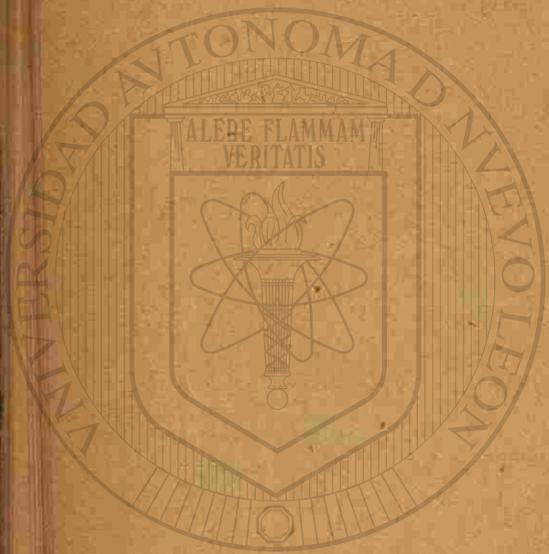
LA CUESTIÓN SOCIAL

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO



CUANDO por segunda vez me hicisteis la señalada honra de invitarme á hablar sobre el asunto que yo eligiese libremente, vino me el deseo de ocuparme de *la cuestión social*.

Pero al punto recapacité que no era honrado el venir aquí á discurrir acerca de un tan árduo problema, exponiendo juicios y opiniones que acaso no todos admitirán como buenos, sin hallarme convenientemente preparado para discutirlo. Y dije para mí: no entraré esta vez en el fondo de la cuestión; no enunciaré ni uno solo de los principios del socialismo, los cuales por otra parte son suficientemente conocidos. Me limitaré á hablar á mis jóvenes amigos del deber que

---

NOTA Conferencia pronunciada por el autor en la noche del 11 de Febrero de 1892, en la Asociación Universitaria de Turin.

en mi sentir corresponde á ellos mejor que á nadie, de ocuparse en el asunto, y hasta yo mismo cumpliré mi parte de deber dando el ejemplo.

Debo anticipar que no tengo la osadía de dirigir mis palabras á aquellos de entre vosotros que siguen los estudios sociales y económicos en el curso universitario, porque ellos podrían muy bien venir á ocupar mi puesto y hablar en mi lugar. No me dirijo sino á aquellos de vosotros que no cultivan esas enseñanzas, y que supongo constituyen la mayoría. Y el hecho de que yo presumo que son la mayoría no es extraño: porque es racional, natural y común, que en la vida agitada de pasiones y de pensamientos que á todos alcanza, cualquiera que sea la edad, nos vemos obligados, la mayor parte hoy en día, á dejar que se nos escapen por espacio de mucho tiempo fases, aspectos completos de la sociedad, órdenes enteros de ideas, y hasta sucesos clarísimos, periódicos, que para el observador atento equivalen á signos indudables de una gran transformación social.

Me preguntareis ante todo: ¿Pero qué entiendes tú por cuestión social?

Hé ahí una pregunta cuya mejor manera de ser contestada es hacer otra.

Y hé aquí ahora mi respuesta interrogativa:

Este hecho de la vida miserable y del descontento justificado de los más, hecho común á pueblos ricos y pobres, cualquiera que sea su grado de civilización, ¿es efecto de una ley natural ó de las leyes humanas?

Esta fuerza que acumula en un polo de la sociedad la riqueza y la cultura, y en el otro el pauperismo y la ignorancia, que restituye casi para una sola clase los beneficios de la civilización y de la ciencia, que cierra casi por completo á las muchedumbres la educación y la vida del espíritu; que mantiene frente á frente tantos tesoros superfluos y tantas necesidades sin satisfacción, tantos ocios felices y tantos trabajos desesperados, ¿es el destino de la humanidad ó se deriva de viciosas instituciones sociales? Que la civilización que avanza aplaste bajo sus plantas á millares de criaturas humanas; que bajo los pies de esta sociedad incivil esté abierta como una amenaza para todos la espantosa voracidad de la miseria; que cada día tome formas más salvajes esta lucha por la existencia, que absorbe lo mejor de las fuerzas de todos, pervierte la conciencia y hace fieros los corazones, enterrando alrede-

dor de cada vencedor á cien vencidos; que millones de hombres que trabajan se encuentren reducidos á temer y maldecir todo nuevo invento del ingenio humano, como castigo tremendo, cuyo objeto es disminuir la necesidad de sus sudores; que el pan, que la subsistencia de innumerables familias, dependan, aún en circunstancias normales y ordinarias de las múltiples vicisitudes de una desordenada y furiosa guerra mercantil, de la cual no tienen ni culpa ni conciencia, ¿es todo eso una necesidad ineluctable ó una consecuencia de larga serie de errores? Que, por último, cada nación abrigue en su seno dos pueblos, de los cuales uno desconfía y teme y otro se estremece ó amenaza; que para contener, no unos pocos rebeldes, sino muchedumbres enteras, sean necesarios el terror de las leyes y la fuerza de las armas; que los clamores alegres de unos cuantos que, entonan himnos al progreso, se hallen constantemente cubiertos por el lamento inmenso, creciente, implacable, de una multitud infinita, ¿es eso producto de misteriosa ley social contra la que nada puede el hombre, ó efecto del egoísmo humano penetrado con las instituciones y con los usos, ó producto de algún impedimento enorme que

reside en el organismo de la sociedad, removido el cual, circularía normalmente la sangre por todos sus miembros, devolviendo la salud y la paz? En una palabra: ¿hay ó no hay remedio alguno supremo, ó conjunto de remedios para tamaño acumulo de males?

A esta pregunta contesta el socialismo:—Sí. Y millones de voces responden:—No.

Y bien; yo no he venido aquí á sostener la afirmación. He venido (porque supongo que en la clase en que vivís, os ocurre con más frecuencia oír la segunda contestación) á deciros: No aceptéis como buena la respuesta que os sugieran; buscad vosotros mismos la contestación; he venido á combatir las razones de aquellos que quieren quitarnos de la cabeza el buscar cuál de aquellas respuestas es más justa y razonable, fundándose su pretensión en que aceptéis á pies juntillas la que ellos prefieren y que es la que esperan infundiros.

Estas razones son varias y de muy diversa índole, y creo que á casi todos os habrá ocurrido oírlas todas.

La más obvia es ésta. Os dicen:

Recogeos en vuestros propios estudios, pensad en terminar vuestra carrera para ser útiles á la sociedad, y habreis cumplido

vuestro deber; que otros se dediquen á pensar en enderezar el mundo. No hagais caso á éstos. No es honrado creer que se sirve á la sociedad limitándose á seguir los estudios, sirviendo á los intereses propios y egoistas. Las condiciones del tiempo en que vivimos son tales, que conviene corregir la definición antigua del hombre honrado diciendo que para serlo no basta á nadie ni siquiera el ejercicio de las más preeminentes virtudes privadas, si cierra los oídos y el corazón al grito de los dolores humanos, si no se dedica directamente á la regeneración de sus semejantes y al triunfo de la justicia; si no dedica al menos una parte de su actividad á buscar concienzudamente á qué doctrina social, para el bien de todos, debe dirigir sus fuerzas.

No deis oídos tampoco á los que os aconsejan la abstención, diciéndoos que os ocupareis más tarde de las cuestiones sociales; porque los mismos que ahora os recomiendan que os atengais á vuestros estudios, serán los que mañana os recomendarán que os atengais á vuestros propios asuntos, ó negocios ó profesiones respectivas, y os que-rrán relegar á la fortaleza de la casa ó de la oficina ó del despacho ó del taller, como

ahora os quieren encerrar en el santuario de la literatura ó de la ciencia.

Ocupaos ahora de la cuestión social, ahora que teneis la inteligencia y el ánimo abiertos á todas las grandes ideas; ahora que podeis experimentar en vosotros la verdad de lo que dijo un doctísimo economista, que para entender la ciencia social es preciso que el corazón intervenga más bien que el pensamiento; ahora que la dureza de la lucha por la existencia y la experiencia de las miserias humanas, no os han endurecido todavía el sentido de la generosidad y de la compasión. Millares de hermanos vuestros, á los cuales la fortuna ha negado las confortaciones y los honores del estudio y cerrado la vía de toda comodidad y bienestar, confían en la obra de la juventud estudiosa, esperando que, al menos vosotros, os preocupareis desapasionadamente de la causa de ellos; y á ello mismo, nosotros os exhortaremos á la vez, aun cuando de vuestras meditaciones hayais de ser llevados á la fe opuesta á nuestra fe: puesto que nosotros también, á semejanza de aquel fogoso flagelador de la *Indiferencia religiosa*, preferimos los adversarios declarados que combatiéndonos soplan en la hoguera de nuestros entu-

siasmos, á los indiferentes que rehusan pelear: ante los cuales se nos caen las armas de las manos, y se apaga el fuego sagrado en nuestros corazones.

Ocupáos de la cuestión social desde ahora, porque de ningún modo conseguireis evitarla en el porvenir, cualquiera que sea vuestro campamento, á la derecha ó á la izquierda; porque ella se os levantará por doquiera en medio de vuestros estudios solitarios, en el ejercicio de vuestras profesiones, en la educación de vuestros hijos, en el cumplimiento de vuestros deberes de ciudadanos; porque ella penetra desde ahora por entre todos los pasos que se dan en la intrincada trama de la vida, y se asoma á todos los resquicios de la inteligencia; porque todas las cuestiones de política europea y las luchas de los partidos parlamentarios, las espléndidas fiestas de las artes y las industrias, y las grandes solemnidades patrióticas, hasta las formas internacionales, no son sino episodios de la Historia que la ocultan por breves lapsos de tiempo, pasados los cuales, ella aparece en el horizonte altísima, inmóvil, eterna, como la pirámide de Chéops, cuando se sosiega el viento del Sahara y se aquietan los inmensos remolinos de la arena.

Ni aun debería rebatir á los que os aconsejen que echeis á un lado la cuestión social, porque no se refiere sino á una clase sola ó ciertas clases, pero no á la vuestra; y no debería rebatirlos, porque estoy convencido de que en vosotros el egoísmo no ha abierto brecha para que consideréis con menosprecio á una clase social tan importante por su número, tan necesaria por las funciones que desempeña, tan benemérita por sus fatigas; clase sin la cual la nación no tiene fundamento, la patria no tiene defensa, el mundo no tiene ni vivienda, ni vestidos, ni utensilios, ni pan.

El argumento además considerado intrínsecamente carece de valor, es absolutamente falso. La cuestión social hoy en el día alcanza á todas las clases, porque hasta las clases medias, si bien con menor intensidad por el momento y con efectos menos dolorosos á la simple vista, todas, más ó menos se resienten de los daños de que se quejan las clases inferiores. Ya hay una gran parte de la burguesía, para quien la existencia va siendo tan precaria como para las clases llamadas con gran propiedad trabajadoras; en todas las esferas del comercio y de la industria, las pequeñas fortunas ó las medianas, se encuen-

tran oprimidas en la lucha desesperada con los grandes capitales; hay un pueblo de propietarios que mendiga; una concurrencia de cien párias para cada jornal que apenas basta á cubrir las primeras necesidades de la vida; miles de jóvenes de ingenio y de cultura á quienes no es posible ganar lo que un bracero, antes de tener treinta años; hay la vejez pensionada que disputa el puesto á la juventud que se estrena, la mujer que se lo disputa al hombre que recela del muchacho que comienza á trabajar: una tal lucha de naufragos alrededor de cada tabla que sobrenada, que cuando uno por negligencia ó por fuerza deja de aferrar la suya, no le queda ya casi esperanza de agarrarse á otra, anegándose las más de las veces en las profundidades de la miseria.

El puesto humildísimo que por la inferioridad forzada de su educación y por la falsedad vanidosa de la nuestra se asigna en la sociedad al trabajador que vive de la manos, cuya obra se honra en abstracto, y se desprecia personificada; y la escasa y mudable, y amenudo humillante merced con que aquella obra es retribuida, produce el efecto de que todos huyan ó busquen la manera de huir de cualquier manera del foso de las clases infe-

riores. De aquí se sigue, que haya un exceso de producción hasta en el campo de la inteligencia; que exista una superabundancia enorme de juventud culta, á la cual la ilustración no sirve para nada, como el oro sería inútil al hambriento en medio del desierto: un ejército de reserva intelectual, que, como el de la clase obrera, ofrece su trabajo con rebaja y acepta toda condición con tal de vivir, y ni aun á este precio encuentra medios de subsistencia. Y el torrente crece cada día, y el desbordamiento ya se percibe por todas señales y en todos lados, hasta el punto que, aún en el país que debe á su grande instrucción llevar la supremacía política y militar en Europa, se ve el Gobierno obligado á negar su asentimiento á la creación de nuevos institutos de enseñanza porque los que existen se consideran ya no solo suficientes sino sobrados para la necesidad de candidatos que la sociedad reclama.

Dejad ahora que á la mujer (puesto que también para ella existe la cuestión social), se le ofrezcan francos todos los caminos, como sucederá por fuerza invencible de las cosas; suponed que se cumpla la aspiración soñada por todos, de un licenciamiento general de los ejércitos que arrojaría en la con-

currencia del mercado millares de jóvenes, los que, por la indole de su educación peculiar y por las preocupaciones naturales de la sociedad actual, rehusarían dedicarse á los trabajos mecánicos, y entonces, veremos un proletariado de clase media no menos temible (aunque menos numeroso más poderoso y más activo) que el de la plebe, por lo mismo que es más culto. Y en realidad, ese proletariado ya puede decirse que existe y que solo está contenido por un ténue vínculo de tradición y de intereses con la clase superior; y en algún país se ha convertido en una de las fuerzas más vivas del socialismo, como un foco peligroso de descontento y de rebelión, encendido en el seno mismo de la burguesía. Que si por el momento y entre nosotros especialmente se deja percibir menos, porque se halla esparcido y vacilante, y porque encontrándose sus elementos en más directa dependencia de los privilegiados de la fortuna corren mayor peligro de ser señalados con el dedo y arrojados á la calle, dejad que cesen sus temores, que se agranden sus esperanzas con el ensanche del socialismo en la muchedumbre, en el parlamento, en la prensa, y lo vereis entonces levantar el grito de la reivindicación sin que se le

pueda negar el derecho á levantarle. No deis, pues, oído á quien os cuente que la cuestión social no es más que una cuestión agrícola y obrera (lo cual me parece que ya con esto sólo bastaba para ser algo), no, la cuestión social es la cuestión de todos, excepto de un puñado de sordos y de ciegos.

Otros os dirán:—¿Á qué ocuparos de la cuestión social?

Ella existe desde que el mundo es mundo. No han cambiado si no los nombres: en lugar de esclavos, siervos; en lugar de siervos, asalariados: los vencidos de la lucha darwiniana han llenado siempre los ámbitos del mundo con sus querellas. El socialismo permanecerá en el estado permanente de espantajo y de freno al individualismo prevaricador, y el efecto será bueno, pero nada más. La miseria de la mayoría está—como dijo Thiers— en los *planes* de la Providencia.

Preguntad antes de todo á los que tal afirman, si la Providencia enseñó á Thiers ó á algún otro que se sepa, su *plan*. En cuanto á la teoría de Darwin, contentémonos con preguntar si las leyes de la lucha entre las razas inferiores se han de referir á la humanidad, donde los vencidos que, en vez de desaparecer se multiplican, no tendrían

más que unirse, y pueden hacerlo, para que los vencedores se desvanecieran como nube de polvo al ímpetu del huracán.

¡Que la cuestión es tan antigua como el mundo! Concedámoslo. Pero lo que no es tan antiguo como el mundo es el grado á que ha llegado el desarrollo del principio de la igualdad, que es el hecho más general, más constante, más rebelde á toda oposición humana que se conoce en la historia. Lo que no es tan antiguo como el mundo es la conciencia adquirida de esa misma igualdad de naturaleza y la conquista consolidada de la igualdad civil y política que hace sentir más que nunca las desigualdades económicas; es la cultura mayor que hace precisamente más agudos en el ánimo de las muchedumbres los sufrimientos que causa el espectáculo de la inmensa disparidad de vida en las clases sociales; es la *miseria relativa* acrecentada desmesuradamente con la multiplicación de las riquezas y los refinamientos sensuales de la existencia, en un pequeño número; es el decaimiento progresivo de aquel espíritu religioso de resignación que hacía soportar los males presentes con la esperanza de una recompensa futura; es, en fin, un clero de todas las iglesias, que,

solicitando reformas sociales, ó sea, reconociendo que hay remedio posible á los males de la tierra, hace comprender á los desgraciados, si no con las palabras con los hechos, que no se puede pretender de los infelices la antigua resignación.

Si, la cuestión social será tan antigua como el mundo; pero lo que es nuevo es el gigantesco poderío que ha acumulado el oro en manos de dichos particulares, que se levantan como soberanos en medio de pueblos libres, que poseen vastísimas propiedades, grandes porciones de la patria como Estados propios, que tienen en su bolsa la suerte de cientos de miles de hombres y que pueden turbar en provecho privado los intereses de una nación entera y corromper cínicamente muchedumbres ó poderes públicos. Lo que es nuevo es que enfrente á estos monarcas de la riqueza y á sus omnipotentes federaciones que ensanchan á su alrededor como siniestra banda la servidumbre moral y el mercenarismo, hayan salido sociedades de setecientos mil trabajadores, *Uniones de oficios*, numerosas como pueblos, organizadas como ejércitos; y que en todas las ciudades de los países civilizados, llamados á reunirse por la grande industria, se

vayan aglomerando los proletarios en batallones y regimientos que se entienden, se disciplinan y fraternizan. Lo que es nuevo también es que se reúnan Congresos de obreros, en los cuales intervienen delegados de diecinueve naciones que representan cinco millones de trabajadores; que haya países donde veinte ciudades se declaren en favor de la *socialización* de la tierra; que en el país más culto y más poderoso de Europa se manden al Parlamento treinta y cinco campeones de la nueva idea con mayor número de votos que los obtenidos por cualquiera de los otros partidos militantes de la nación; lo que es nuevo es un acuerdo internacional de agitadores que con una palabra de consigna lanzada desde París á Sidney y desde Berlín á Nueva York, hace desertar en el mismo día del año, de los talleres, á nueve millones de operarios y dormir sobre las armas á diez ejércitos, como bajo la inminencia de una colisión de Estados. Lo que es enteramente nuevo, es, que esparcen cada día, por todas partes, hacia todos los sitios, por toda la haz de la tierra, millares de hojas que predicán una esperanza común y animan una sola pasión, acumulándose en las bohardillas y en los tugurios

como provisiones de pólvora y de guerra.

Y hay otra cosa nueva: que millares de trabajadores pobres de distintos países, acabadas las diez horas de fatiga, estenuados, se someten á una nueva faena, para instruirse en las primeras horas de la noche, acerca de las cuestiones sociales; se quitan el pan de la boca para mantener el periódico que les protege, y consagran los últimos restos de fuerza, de energía y de actividad á la propaganda de sus ideas é intereses, á la organización de su partido, permaneciendo en esta obra con tanto afán y ahinco, que á algunos, consumidos por esta fiebre de entusiasmo sordo, cuesta la vida, su propia causa y la propagación de sus principios.

Y no es ni menos nuevo ni menos grave que esta gran muchedumbre inculta é hirviente, tenga y sepa mantener á su cabeza, á un estado mayor intrépido de hombres de estudio y hombres de Estado, porta-estandartes de todo arte y de toda ciencia, que defienden la causa de ellos en todas las regiones del pensamiento y en todas las pruebas de la vida.

Por fin, la cuestión social será antigua, cuanto antiguo es el mundo; pero aquello que pertenece enteramente á nuestro tiempo, creo yo, que ni siquiera existió en los

últimos años que precedieron á la revolución francesa, en los cuales las clases amenazadas iban contra el porvenir con una casi atrevida distracción; es esta turbación que todos sentimos, cualquiera que sea la condición de nuestra fortuna, cualesquiera que sean nuestras ideas sociológicas ante el actual estado de cosas; es este descontento que sentimos en el corazón y en la inteligencia; es esta lucha sorda y continua entre nuestra conciencia de ciudadanos y nuestros intereses privados; es este sentimiento confuso de culpa; es este presentimiento vago de algo grande y fatal, que nos hace mirar alrededor con ojo inquieto, como viajeros sin guía, que avanzan á la ventura por tierra inexplorada.

Hay también quien trata de alejarnos de estos pensamientos, afirmando que es necesario no dejarse arrastrar por ilusiones de ciertas sacudidas, engrandecidas por la apariencia que le prestan determinados acontecimientos; que en realidad, el movimiento es lentísimo, interrumpido ó entremezclado por inconciliables discordias, que hay grandes períodos de sosiego, y que ni siquiera serán los hijos de nuestros hijos los que verán á la sociedad en grave peligro. Tam-

poco hagais caso de estos. Bajo las mayores apariencias de tranquilidad, mejor dicho, bajo éstas precisamente, el movimiento procede con una celeridad no esperada, ni aun por quien lo secunda. El socialismo germánico dió sus más grandes pasos en el período de las leyes excepcionales, por los cuales parecía haber quedado destrozado é inútil. La mayor parte de sus conquistas se realizan en el silencio y estriba en su misma continuidad el fenómeno de que no nos consenta advertir su progresión, exactamente lo mismo que no sabemos percibir ni apreciar la progresión en la crecida de las aguas de un río. Por la parte donde fué combatido, á la ira que habia sido precedida por la mofa, ha sucedido ahora una discusión universal y casi continua, en la cual á los cultos paladines de la burguesía ocurre bastante frecuentemente, con gran estupor de ellos mismos, que tropiezan con adversarios de taller y menestrales, que en punto á materias económicas, no les van en zaga. Poco á poco, el socialismo invade el periódico, el libro, el teatro, penetra en las academias de los doctos y en los gabinetes de los monarcas, se levanta sobre los pergaminos, asalta una tras otra las cátedras, las cuales, en

más de un Estado, con mayor ó menor restricción de ideas, son en grandísima parte ya suyas. Puede asegurarse, casi, que mientras menos se difunde en la superficie, tanto más se propaga de abajo á arriba. Ni la vasta polémica científica que el socialismo promueve sobre todas las cuestiones, que la social provoca y á ella se ligan (y se ligan todas), cada día arranca á sus adversarios una concesión, desarma una resistencia, hace aceptar una idea. Cada día, en el ejército formidable que tiene enfrente, en el campo de la política, en el de la ciencia, en el de la literatura, un combatiente se detiene incierto, ó arroja las armas, ó hasta las vuelve contra sus mismos amigos; y muchos que continúan combatiendo, se sienten ya despuntar en el alma el amor hacia el enemigo y ya son desertores de su causa allá en el fondo del corazón, y si no desertan de hecho, es por razones de interés personal, ó por temor, ó por miramientos sociales, ó porque no tienen fe en el triunfo de una causa justa, que creen muy lejano. Y de semejante mezcla de conciencia y vacilaciones se notan mil señales y efectos en toda la escala de los ciudadanos, desde el maestro de escuela que se ve embarazado para dar la razón á la in-

fancia de tantas monstruosas anomalías sociales que no se pueden paliar con los antiguos sofismas, al juez, que no sabe cortar la palabra en los labios del acusado vulgar que es una declaración de principios que leyó él mismo en el libro de un Senador del Reino, hasta al escritor burgués que no puede ya escribir para el pueblo sin ciertos giros y torturas de estilo con infinitos artificios acerca de la cuestión que se le presenta inevitable y molesta á cada paso, resolviendo en la mente toda su vieja preceptiva moral y patriótica; hasta á los grandes predicadores de la higiene pública, hasta á los administradores oficiales de la instrucción popular que dudan y se descorazonan viendo su obra chocar por todas partes y estrellarse contra la férrea barrera de la miseria y contra la arquitectura misma de la organización social.

La resistencia á las nuevas ideas pasa siempre del campo de la conciencia al de los intereses, el cual puede también todavía ser denodada, tenaz, terrible; pero en cambio le falta el calor de las grandes y bellas pasiones, ante las que la furia de los adversarios, duda alguna vez y se detiene. De donde resulta que los que asaltan, iban ayer á paso de marcha y hoy á paso de carga, y mañana

irán á la carrera; y no hay que creer que los detengan las discusiones gran cosa, ni las divisiones que existen entre sus filas. —Según la afirmación de un socialista— todas las teorías y concesiones diversas del socialismo, desde el socialismo de Estado del profesor alemán, hasta el comunismo patriarcal del novelista ruso, vistos desde lo alto no aparecen antagonicos, sino antes bien, se muestran como los escalones graduales de un vastísimo panorama, ó mejor como las formas sucesivas, las actuaciones ó las tentativas de actuación, poco á poco más amplias de una misma idea; así, en orden á la acción, fautores del colectivismo, apóstoles de la sociedad sin Estado, ministros socialistas de la Iglesia católica ó protestante, aun proponiendo reformas diversas y deteniéndose en distintas sectas, ya que todos están de acuerdo en el fondo, y casi concordes en la violencia contra la crítica de lo actual, concurren todos, violentos ó pacíficos, al mismo efecto final; todos preparan ó impulsan á las muchedumbres á la gran evolución; todos, ora levantan en alto el libro de Marx, ó la Biblia, ó el hacha, todos laboran para ensanchar y para acelerar un movimiento, del cual no se

encuentra otro igual—para decirlo con las palabras del más autorizado periódico inglés—si no es tornando la vista á los primeros tiempos del Cristianismo ó á los de la descomposición del imperio romano.

Otros, también, aun reconociendo la importancia del movimiento socialista de Europa, os dicen:—No os preocupeis, porque nuestro país se encuentra fuera de ese movimiento, y repiten la frase pronunciada el año último en la Cámara por un ilustre pensador, según el cual, por razón de la índole y de las condiciones peculiares del pueblo italiano, se necesitarán siglos, antes que el socialismo arraigue en nuestro país. ¡Pues, tampoco creais á éstos! ¡Cómo si alrededor de Italia hubiese la gran muralla del Celeste Imperio, y como si el socialismo doctrinal y popular que se nos ha entrado por las puertas en estos últimos años hubiera de detenerse en las mismas vías que ha emprendido! Ciertó que la cuestión social entre nosotros será más bien agrícola, de igual modo que entre nuestros vecinos de Levante, así como por la constitución particular de nuestro suelo, revestirá caracteres singulares; pero esto no quita importancia al asunto ni disminuye la urgencia que reclama. Ciertó que

el terreno está acaso menos preparado entre nosotros para el socialismo, porque la cultura del pueblo es más baja que en otras partes; porque apenas está naciendo la gran industria; porque en más de la mitad del país, como reconocen los mismos socialistas, la clase obrera, como entidad colectiva no ha nacido aún y en la otra mitad apenas ha nacido. Pero no debemos creer que no existe el ejército, porque se halla disperso en guerrilleros, en lugar de presentarse apretado y formando columna cerrada; ni que la falta de organización quiera decir falta de elementos, ni tampoco entender que faltan las pasiones, porque falten ó sean informes las ideas. Y en este punto precisamente deberían reconocer los ilusos que estriba el mayor peligro. Las verdades generales del orden social y económico, se encuentran en el estado de intuición instintiva hasta en el ánimo de los más incultos, — según un axioma antiguo — y hasta la parte más ignorante del proletariado del pueblo italiano conoce esas verdades y las comprende aunque confusamente. Las ideas, como dice un gran psicólogo, sembradas en mentes incultas y fecundas se desenvuelven en excrecencias salvajes y se transforman en monstruosas quimeras; que

es el caso que sucede entre nosotros, tanta, donde hay temeridad de doctrinas, cuanto menor es la capacidad verdadera para poner en práctica hasta las más razonables.

En lugar, pues, de alegrarse de la ignorancia y de la falta de orden colectivo que retarda el movimiento, tendremos sobrado motivo para dolernos de ello, puesto que es precisamente esta ignorancia y este desorden lo que hace impaciente y turbulenta á la muchedumbre, como en quien el furor de los deseos no está templado por la conciencia segura de las propias fuerzas y del propio porvenir, ni por la satisfacción que tienen las clases obreras de otros países, sintiendo la solidez del propio organismo, y de numerar día por día sus progresos y sus victorias; de donde sacan la virtud de esperar con apariencia tranquila, preparándose con recogimiento. Porque son cultos y porque están organizados, estudian y discuten; y porque estudian y discuten, ven todas las dificultades del problema social y no creen que se pueda resolver de un golpe; y por esto ni rompen ni amenazan romper en la violencia.

Á la verdad, que si yo estuviera en el caso del más egoísta y del más medroso conservador, yo desearía que nuestras clases prole-

tarias recorriendo el camino de treinta años en uno solo, llegasen de repente al grado de madurez civil á que han llegado en Alemania ó en Bélgica, y lo desearía, para estar seguro de que esta mutación, que, con el tiempo, es inevitable, del centro de gravedad del sistema social, desde las clases medias hasta las inferiores, se llevase á cabo sin funestas sacudidas. Yo querria estar persuadido de cada sagrada verdad como lo estoy de esta; á saber: de que cumple una obra santa y benéfica todo joven culto italiano, que cualquiera que sea su juicio acerca de la esencia y el porvenir del socialismo, estudia con amor las causas, las doctrinas y las vicisitudes, para poderlas exponer con claridad al pueblo, y hacérselas comprender y discutir con él mismo, arrancándole peligrosas ilusiones y excitándolo á instruirse, ayudándolo á educarse, á organizarse, á ponerse en condiciones de realizar sesudamente la mayor parte de sus aspiraciones, el día de mañana.

Por esta razón, en vez de decirnos: dejad á un lado la cuestión social, porque sois italianos, os digo: ocupáos de ella más y más, por lo mismo que sois italianos; haced cuanto dependa de vosotros, porque nuestro pue-

blo no permanezca demasiado atrasado con respecto á los demás en estas materias, y si quereis que cuando vea á sus vecinos en la meta no le tiene la aspiración de llegar á ella de un salto, que podría lanzarlo y lanzarnos á todos juntamente en un precipicio, del que difícilmente se podría salir. Colocáos á la cabeza de este movimiento, á su lado al menos, en lugar de poner obstáculos á su paso, ó de dejarlo andar solo, moviéndose á impulsos del instinto ó del acaso.

¡Día vendrá en que sereis bendecidos por aquellos mismos que ahora os suplican que no hagais nada ó hagais lo contrario, ora rogándoos, ora amenazándoos! ¡Todos están de acuerdo en excitarnos á amar y servir á la patria! Y bien: la amareis y servireis de esa manera. ¡Porque la patria no es sólo la tierra, la historia y la bandera; la patria es vísceras y sangre humana, y la felicidad del pueblo se halla por encima del poder del Estado, y la justicia es más grande que la gloria!

Existe además el coro de los mil que os gritan: ¡Pasad adelante, no os detengais, la cura de la enfermedad social es una *utopía*! ¿Pero no ha despreciado todavía la historia del mundo este grito de mal augurio, tantas

veces engañoso, y que tantas ha engañado cuantos fueron los pasos de la civilización; esta palabra de utopía, vacía de sentido, tan cómoda para la pereza intelectual, tan útil á los intereses amenazados, de la cual han abusado tanto todos los temores, todas las ignorancias, con la cual se han vilipendiado, escarnecido, rechazado todas las conquistas más gloriosas de la mente humana?

Todos os acordais de la tempestuosa noche del *Innominado*, el personaje creado por el ilustre Manzoni en su modelo de novelas *Los novios*. Recordareis el momento en que, á punto de romperse el cráneo de un pistolazo para librarse de los remordimientos que le desgarran el alma, se pregunta á sí mismo: "Y si esta otra vida de que me hablaban cuando era niño, de la que hablan siempre como si fuese cosa segura; si esta otra vida no existe; si es una invención de los clérigos... ¿qué hago, para qué morir, qué importa lo que he hecho?... ¡Es una locura mía!". Pero entonces cruza por su mente, como un relámpago, un pensamiento tremendo: "¿Y si existe esta otra vida? Y ya os acordareis de lo que pasó entonces por aquel espíritu, ante aquella duda! Pues bien: algo semejante ocurre en el alma de quien

está agitado por la nueva idea. Los que tal sienten se preguntan: ¿Y si esta posibilidad, que tantos afirman como segura de disminuir los dolores del mundo, de hacer triunfar entre los hombres la fraternidad y la justicia; si esta idea es una utopía, un sueño de filántropos alucinados; si tuviera razón aquel famoso párroco inglés que fijó el destino de la humanidad entre dos fórmulas matemáticas, qué importa entonces lo que yo haga? ¿Por qué he de combatir los privilegios de los cuales gozo, malquistarme con la sociedad en que he nacido, torturarme el corazón y el cerebro por males que no tienen remedio, en vez de mirar á mis intereses y vivir feliz?... ¡Es una locura!

Pero en este instante relampaguea en el pensamiento un rayo como el anterior de el *Innominado*: ¿Y si no fuera una utopía? Y él también, ante esta duda, se ve oprimido con un sentimiento que descorazona y anonada. Si; ¿y si no fuese una utopía? Utopía se puede llamar á toda idea que no haya obtenido todavía la consagración de ser practicada. ¿Y qué grande idea social ha sido experimentada antes de ser aceptada y realizada? Y el acuerdo de tantos que la creen realizable, ¿no es ya una garantía de que efectiva-

mente no carece de condiciones de ser práctica? ¿No es esa la primera cualidad exigida para la *actuabilidad* de una idea?

Si, y si á esta organización social donde obtiene uno la riqueza, de las venas y de los huesos de mil, que condena millones de hombres á un trabajo de bestias no confortado por ninguna dulzura en la vida, por ningún goce intelectual, por ninguna esperanza de mejor fortuna; que desmembra millones de familias, que hace de cientos de casas un inferno, que oprime y agota á la mujer, que diezma, corrompe y deforma á la infancia; si á este estado de cosas que sometiendo á una parte de los trabajadores á una fatiga inhumana, lanza en el ocio obligado y en el hambre á la otra mitad, la cual después de haber luchado en vano por salir adelante, cae en la mendicidad, en la prostitución y en el delito; si á esta malaventurada división del mundo que, provocando abajo el odio y encima el terror asemeja la sociedad civil al triste castillo de la Edad Media, en que la familia de los señores, sentada al banquete se extremece al ruido de los sollozos y de las imprecaciones de los prisioneros sepultados bajo sus piés; si á este montón de horrores hubiese un remedio de ver-

dad, ¿qué hombre sería yo que no me cuida, que no busco de ayudar en la medida de mis fuerzas á disminuir el mal, sino que antes por el contrario concuro, aun no queriendo, á acrecentarlo, y quiero fabricar sobre él mi fortuna? ¿Con qué cara puedo yo hablar de progreso, de civilización, de fraternidad, de patria?

Y aun cuando fuese una verdadera utopía, un sueño irrealizable la renovación de la sociedad que nos proponen, aun cuando no hubiere sino una mínima parte de idea sana y de esperanzas fundadas, ¿no debería yo dedicar todas mis fuerzas á que por lo menos se pusiera en práctica y se llevara á cabo?

¡Utopía! Hace poco que se apagó por siempre aquella voz y aquella límpida y vasta inteligencia de un ilustre economista que decía: "El derecho de propiedad se modificará en sentido socialista, ó se borrará el consorcio civil." Menos aún hace que se enterró á aquel generoso cardenal Manning, que dijo que no se podía continuar en el camino de la venta abusiva de la fuerza y de la actividad humana, en el camino por el que se hace de los niños y de las madres, máquinas vivientes, y de las esposas y padres bestias de carga.

Reposa, no lejos de aquí, el gran estadista italiano que nos profetizó la guerra civil si no se mejoraba la suerte de las clases inferiores; con lo cual se ve que él no estimaba como locura aquel intento. Está vivo aún y habita entre nosotros, aquel venerado ministro de Inglaterra que dijo á los trabajadores: — Vosotros sereis dentro de poco los dueño del mundo.

Hay, finalmente, insignes inteligencias en todas las razas y en todos los pueblos que estudian los males y los remedios, que afrontan por todos los lados el problema, y buscan uno por uno los órganos vitales de la nueva sociedad con maravillosa constancia y con fe invencible.

¡Oh! Pensemos un poco si el orden general establecido en la sociedad que ha venido mudándose profundamente á través de los siglos, ha llegado á un grado tal de perfección que deba dar un alto á la historia, que no se pueda ya corregir ó cambiar ninguna de sus formas actuales, ninguna de sus esenciales instituciones, sin causar un mal peor á la mayoría, á la cual resulta todavía intolerable.

Contestar afirmativamente, comprenderéis que por lo menos sería muy atrevido.

Veamos: vea cada cual con la propia reflexión si lo que se propone, es verdaderamente una utopia.

Por último, pues, os repito, que os ocupeis cuanto podais, cuanto os lo consientan vuestros estudios, de la cuestión social.

Á aquellos de vosotros que aún nose hayan asomado á la nueva literatura (ya variadisima é inmensa), ó por timidez del ánimo que se refugia allá en las profundidades de la conciencia, ó por el falso concepto difundido por aquellos á quienes beneficia, de que las ideas socialistas sean por su propia esencia de naturaleza acre y violenta, ó peculiares de gente envenenada por la mala fortuna, les digo:

Entrad, penetrad en estos asuntos aunque sea poco; no os detengais en su parte árida ó vulgar, erizada de cifras é hinchada de retóricas; saltad sus nebulosas lagunas, y vereis cuántas bellas y nobles almas se han consagrado á esta causa; cuántos afortunados del mundo se han erigido en ser caballeros andantes y denodados paladines; cuántas páginas espléndidas y llenas de pensamientos filosóficos, cuántas rebosando piedad y amor y todos los sentimientos más delicados y santos cuenta ya entre su literatura;

hallareis revelaciones de miserias que ignorabais por completo y que avasallarán vuestro pensamiento; vereis ejemplos de virtudes y de heroísmos que os arrancarán gritos de asombro y admiración, rayos sublimes de esperanza y quizás sueños, pero tan vastos y luminosos que toda vuestra alma saldrá conmovida y sometida como ante una visión de la humanidad ideal de Cristo.

Y á aquellos de vosotros que estando ya iniciados en estos estudios, han rechazado de primera impresión las conclusiones, les recomiendo: — Desconfiad de vosotros mismos, haced un esfuerzo más para proseguir, para desligaros de las preocupaciones en que vosotros y yo mismo hemos nacido; de las ideas que nos fueron inculcadas con la educación y de la sugestión de las costumbres y los hábitos de la vida, más fuertes que las ideas mismas; haced todavía otro esfuerzo para corregirnos de aquel nuestro congénito defecto en el órgano visual de la inteligencia, el cual hace que se nos aparezca el mundo de escorzo, el cual defecto de visión nos hace mirar como intereses de la sociedad entera, lo que no son sino intereses intelectuales y materiales de nuestra clase; haced este esfuerzo aunque sea por poco tiempo, aun-

que es difícil porque se trata de salir de nosotros mismos, pero es muy fecundo porque al que lo realiza se muestra cada cosa bajo un aspecto novísimo, pareciéndole que principia de nuevo la vida del espíritu y como si se avanzase en un mundo ignorado. Y si hecho este último esfuerzo permanecierais firmes en vuestras primeras ideas, descubridlas y luchad á cara descubierta, porque en la gran batalla sereis más respetados y más útiles como enemigos apasionados que como escépticos espectadores; y nunca descenderéis al innumerable enjambre de los políticos fariseos que se arrastran ante el que está en alto por ambición y adulan al que está en bajo por miedo; que fingiendo compasión y afecto á la plebe á la cual desprecian, llevan una mano al corazón y otra á esconder la bolsa, para pedirle después con ambas, el voto en los comicios.

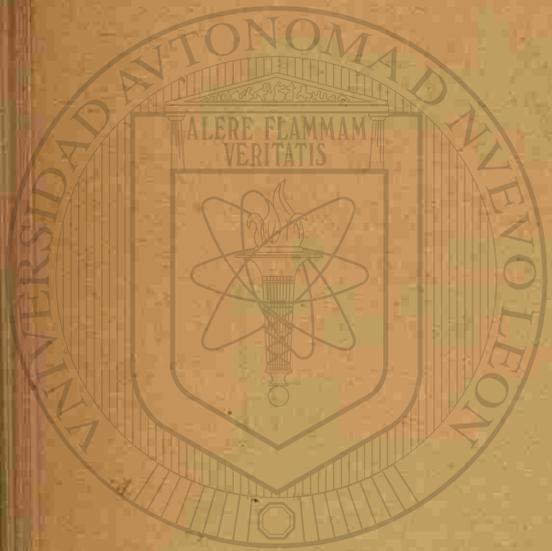
Á aquellos de vosotros, finalmente, que sentís como yo, os mando el saludo del compañero y el abrazo del hermano, y os digo: — Perseverad, jóvenes predilectos, en el campo más trabajoso, en la parte rigurosamente económica de estos estudios, porque el periodo idílico del socialismo está cerrado hace algún tiempo, porque ha llegado á tal

grado de madurez que no basta aportarle el simple tributo de la pasión: es ya deber de todos, traducir los sentimientos en ideas, responder á cada lamento del pueblo con una investigación pronta y tolerante de la inteligencia. Y marchad hacia adelante sin ningún otro fin, sin esperar ninguna gratitud; no buscando el premio sino en la altísima satisfacción de la conciencia por obrar bien, por no tener ya necesidad de mentir, ni de sofocar la voz del alma, ni de enmascarar el egoísmo; lo cual os resultará más fácil de lo que creéis, porque la gran cuestión social que toca á todas las ciencias como el Océano besa todas las tierras, tiene también esto de benéfico: que aplasta con el peso de su grandeza y ofusca con la fuerza de su esplendor toda mezquina vanidad, todo rastrero interés del que á ella se consagra. Comprendiéndolo dignamente, abrazareis con vuestro entusiástico afecto, no sólo la clase social que más lo merece y más lo necesita, si que también la vuestra, por la cual os penetrará en el corazón una nueva y profunda solicitud por el bien; sentireis surgir en vosotros nuevas fuerzas de actividad, nuevas aptitudes desconocidas; sentireis en vuestro ingenio y en vuestro pecho dilatados, estremecerse el soplo de la

humanidad como la palpitación de una segunda juventud más poderosa y más dulce que aquella que os hierve en la sangre y salta á la vista en vuestro rostro.

Vosotros conoceis la tremenda imaginación de Carlyle, que representa al mundo actual como una landa selvática y caótica cubierta de pestilentes brumas, gravada con la pesadumbre de una atmósfera de plomo, en la cual estallan diluvios y serpean relámpagos de revolución, y por entre las vastas tinieblas, no relucen sino fosforescencias de filantropía, sin percibirse el brillo de una sola estrella en el cielo.

Pues bien: falta una imagen al cuadro: una multitud inmensa que ocupa todo el horizonte, estenuada y llena de laecria, mirando hacia un punto donde blanquea el cielo con los brazos extendidos, invocando al nuevo sol, el sol que enjугue las lágrimas, que dé calor á sus miembros, que le embellezca la tierra, que le haga amar la vida... ¡Oh, este sol brillará, tengamos en ello absoluta fe! Y ojalá que vosotros, que sois jóvenes, lo veáis surgir, y felices aquellos que, saludando su primer rayo, puedan decir á su propia conciencia: "¡Hélo ahí; yo lo desée, y lo he esperado tranquilo y satisfecho!,"



ESTUDIA Y SEGUEN BUENOS

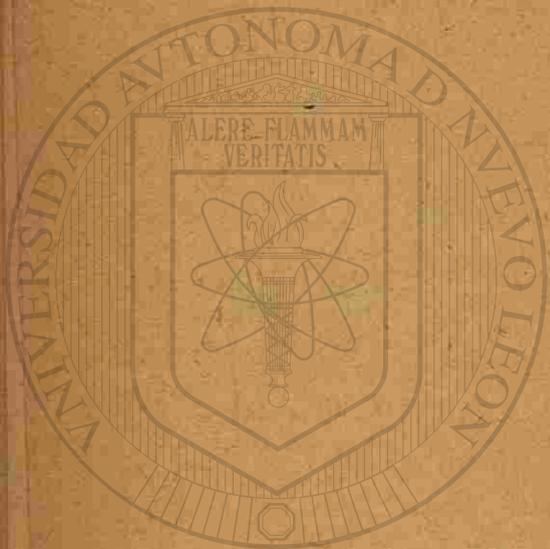
UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE DE MONTECARMEL, NUEVO LEÓN





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFO"

Ago. 19

Un ilustre asesor de Instrucción pública, que todos los años os dirige la palabra, me invita hoy á que lo sustituya.

¿Qué os puedo decir yo, sino aquello mismo que él os dice, que os dicen todos, que todos os repiten en la casa y en la Escuela, y que año tras año se dice á los niños de todos los países?

Os dicen:—"Estudiad;—os dicen:—"Sed buenos.,,

Este es como un tema perpetuo que os suena en los oídos desde que teneis uso de razón.

Y es porque no existen otras palabras que expresen mejor y más brevemente cuan-

NOTA—Discurso pronunciado por E. De Amicis en la distribución de premios á los alumnos de las Escuelas elementales de Turín, en el Teatro *Victor Manuel*, en Marzo de 1892.

to debéis hacer por vuestro propio bien y por lo que el mundo reclama de vosotros para el bien de todos.

Os dicen:—“¡Estudiad!”—¿Por qué? Porque vuestra edad es precisamente aquella edad feliz y fecunda en la cual toma el ingenio su primera forma, y en la que más fácilmente todo lo que penetra en la inteligencia desciende y se estampa en el alma para toda la vida. Os dicen:—“¡Estudiad!” porque podéis en los años que contáis, adquirir ó acrecentar la prontitud de la percepción, el poder de la memoria, el arte de expresar vuestro pensamiento, con un esfuerzo de voluntad que no puede compararse al esfuerzo que necesitariais ó necesitaréis en años venideros, para lograr, no ya estos resultados, sino frutos de menos importancia.

Estudiad, os dicen, porque todos los conocimientos que se fijan ahora en la mente, constituyen como la trama sobre la cual habéis de tejer más tarde la tela de los estudios superiores; y si aquella primera urdimbre es débil, no resultará ni apretado ni resistente el tejido; porque el humor alegre en la escuela de la niñez, produce el ardor por el estudio en la juventud, que después se

convierte en verdadero culto por la ciencia en la edad madura; porque son los años de la niñez, aquellos en que se determina por impulso propio el porvenir de cada cual, ya que el camino del mundo no es otra cosa que el sendero prolongado de la escuela, y el hombre proceda casi siempre con el paso mismo que emprendió al comenzar el viaje por esta vía. Os dicen “estudiad”, en fin, porque son las primeras enseñanzas (cuyo valor exacto no sabéis apreciar ahora), son las impresiones de las primeras lecturas, las primeras buenas tendencias del pensamiento, las primeras victorias de la voluntad, las que preparan en los niños á los obreros modelos, á los empleados útiles, á los padres educadores, á los pensadores sabios, á los ciudadanos beneméritos; á la manera que las semillas esparcidas y casi perdidas en la tierra que se escapan á nuestra vista, llevan en su seno, sin embargo, con el tiempo, la dorada mies que es el esplendor de los campos y la riqueza de la nación.

Por esto os dicen siempre *estudiad*; y os dicen siempre también *¡sed buenos!* porque la cultura intelectual que no va acompañada de la bondad, no es sino un hermoso manto que cubre el egoísmo y el orgullo; no es sino

una cosa vacía y muerta, como las brillantes armaduras de los museos, dentro de las cuales falta el alma y el cuerpo del caballero.

Un gran escritor de nuestros tiempos, que llenó el mundo con su nombre, resumiendo su larga vida de ochenta y cuatro años, después de haber recordado á los Reyes y á los Emperadores, á los grandes hombres de ciencia y á los grandes hombres de Estado, á los generales, los artistas, los obreros, á todas las gentes de todas las clases sociales, á todas aquellas, en suma, cuya casa había visitado, concluyó con estas palabras que fueron como el testamento de su sabiduría: "Después de haber visto pasar á toda esta gente delante de mí, yo reconocí que no hay bajo el cielo sino una sólo cosa ante la cual debemos inclinarnos, el Genio; que no hay sino una cosa sólo ante la cual debemos prosternarnos, la Bondad."

Él pronunció esta sentencia antes de morir, en uno de aquellos momentos en los cuales el hombre siente y dice la verdad; él, hombre de genio, colocó por encima del genio, la bondad. Porque la bondad es entre las virtudes del corazón y de la mente lo que entre los planetas el sol, que calienta é ilumina á todos y á todo; porque es fuer-

za, delicadeza, piedad, consuelo, perdón; porque es la madre de la rectitud, de la abnegación, y del valor; no habiendo valor verdadero que no se derive de nobleza de ánimo, y no habiendo nada verdaderamente noble que no sea bueno.

Por esto os repetimos constantemente:—"Sed buenos", aun comprendiendo que ni siquiera los mejores entre vosotros, estais en condiciones de poder apreciar toda la grandeza del bien que puede producir por todas partes la bondad de los niños.

Pero pensad en ello. Vuestra bondad causa los siguientes efectos: el maestro, trabaja con mejores ánimos; vuestros padres, trabajan más contentos; vuestras madres, cumplen sonriendo y alegres sus deberes; vuestra bondad, hace que se soporten las privaciones y las desgracias de la familia con más serenidad, con más firmeza; quiere decir vuestra bondad, que el último lamento del postrer adiós de quien os ama, es mitigado por el más dulce de los consuelos: por la seguridad de que los hijos que quedan solos en la tierra, si no son afortunados, serán al menos queridos, porque serán buenos. Vuestra bondad es la dignidad y la gracia de la escuela, la concordia y la son-

risa de la casa, la bendición de la vida y de la muerte de quien trabaja para vosotros y por vosotros sufre.

He ahí por qué os repetimos mil veces: *estudiad, sed buenos*. Y también os lo repetimos, porque cada vez que vuelve á nuestro pensamiento el hermoso tiempo de cuando éramos niños como vosotros, el recuerdo de haber desperdiciado años preciosos, de haber sido ingratos con un buen maestro ó soberbios y crueles con un compañero infeliz, de haber hecho llorar ó ruborizarse á nuestra madre con nuestra disipación ó con nuestra dureza, hoy todavía, después de tanto tiempo, en medio de tantas otras preocupaciones y amarguras, es aquel recuerdo como una punta acerada que nos hiere en lo más hondo de nuestras entrañas, allá en las fibras más delicadas del corazón; y nosotros queremos que el corazón de nuestros hijos nunca sangre por semejantes heridas. Nosotros os recomendamos, pues, el trabajo y la bondad, no solamente porque son los primeros deberes humanos, no sólo por el bien de vuestras familias y por el de vuestro prójimo, y porque bondad y trabajo son instrumentos de fortuna, sino porque tengais libre la vida de remordimientos y amarguras, porque seais

un día más felices, esteis más satisfechos en vuestra conciencia, y por ende más alegres trabajadores, y esteis más serenamente preparados para la adversidad, mas merecidamente respetados y amados que nosotros. Si, nosotros queremos que crezcáis más buenos, más ilustrados, más rectos, más magnánimos que nosotros; y por esto vuestra educación es el más sagrado de nuestros desvelos y vuestro porvenir la más santa de nuestras esperanzas.

Dejad, pues, que se os repitan estos consejos incesantemente, pues representan en nuestro espíritu como un eco de nuestra infancia lejana y producen bien, hasta á nosotros mismos que os los dedicamos.

Estudiad con ánimos, venerad á vuestros padres, amad á los maestros, respetad la escuela, honrad el trabajo, sofocad en el fondo de vuestras almas generosas apenas despunte, la soberbia insensata é incoble que se funda en los privilegios de la fortuna; no envidieis sino las almas grandes, no os ligueis sino á las almas bellas; despreciad, abominad el ocio, el egoísmo, la corrupción, la injusticia donde quiera que se encuentren y cualquiera que sea la máscara con que se encubran: empezad desde ahora entre vos-

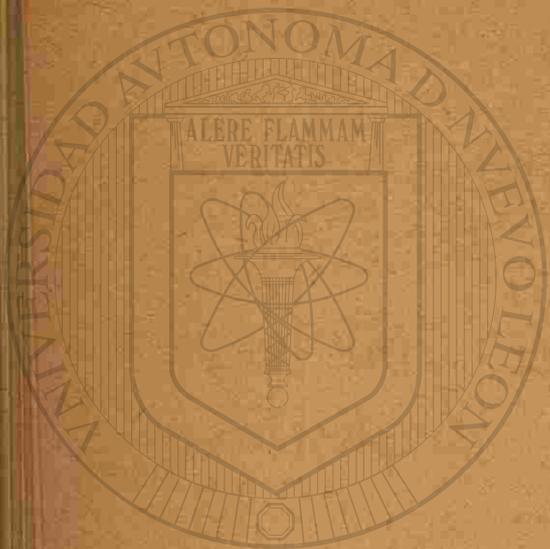
otros á ser protectores de los débiles, amigos de los desventurados; y amaos como hermanos, porque sois hermanos tres veces; en la pequeña familia de la escuela, en la gran familia de la patria, y en la inmensa de la humanidad que debemos abrazar por completo en el generoso abrazo de la esperanza y del amor.

Y ahora volved al trabajo. Tornen á él los que han obtenido premio con sincero sentimiento de modestia, que es la mejor prueba de haberlo merecido; vayan aquellos que, aunque estudiaron no lo obtuvieron, confortados con el pensamiento de que la más alta recompensa del mérito está en la satisfacción tranquila de la conciencia y no en la turbadora alegría de la ambición; y aquellos que no hicieron cuanto debían, salgan de aquí con el propósito tranquilo y vigoroso de ganar el tiempo perdido, animados por esta certidumbre, á saber: que aún en las inteligencias que parecen menos favorecidas por la naturaleza, hay siempre alguna facultad singular, como una chispa oculta, la cual, antes ó después, al soplo de la voluntad resucita y prende llama, y entonces también las otras facultades, hasta las más inertes, se reaniman, y toda la mente se ilumina y se dilata.

Tornad, pues, á vuestras casas con la sonrisa en el rostro y en el alma, conservando un buen recuerdo de este día, doblemente solemne porque es el del natalicio del Rey de Italia y la fiesta de la infancia escolar; llevad al cumplimiento del deber, sean las que fueren las circunstancias de la vida, la serenidad y la fuerza; sed, como buenos hijos de Italia, fuertes como vuestros Alpes y serenos como vuestro cielo.

Se eleva en el horizonte la aurora del siglo XX. ¡Es vuestro siglo, hijos queridos! ¡Id á su encuentro como un ejército alegre é intrépido.

Nosotros, que, con el corazón emocionado, os deseamos prosperidades en el viaje para el cual ya os despedimos; nosotros no deseáramos vivir largamente sino para confortaros en vuestros primeros dolores y bendecir vuestras primeras victorias, y por saludar, triunfante por vuestra cooperación también, la bandera de la civilización, que transmitimos á vuestras manos, glorificada por el genio, y santificada por la sangre de nuestros padres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SÁENZ DE JUBERA HERMANOS, EDITORES  
CAMPOMANES, 10

Eulenburg.

G. De Amicis.

(OBRA TERMINADA)  
DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

DE  
**MEDICINA**  
y Cirujía prácticas.

Ilustrado con numerosos grabados, vertido directamente del alemán por el doctor D. Isidoro de Miguel y Viguri. 13 tomos, 195 pesetas.

R. de Campomanes.

**EL AMOR DE LAS MADRES**

(Pequeño poema.)  
Edición ilustrada, 1 peseta.

G. De Amicis.

**IMPRESIONES DE AMÉRICA**

Un volumen, 3 pesetas.

G. De Amicis.

**IDEAS SOBRE EL ROSTRO  
Y EL LENGUAJE**  
y pruebas fotográficas.

Edición ilustrada con fotografías. Un tomo, 3 pesetas.

Salmerón.

**Dramaturgia Castellana.**

ESTUDIO SINTÉTICO  
Acerca del Teatro Nacional.

Un tomo, 2,50 pesetas.

**TURÍN, LONDRES Y PARÍS**  
Un volumen, 2,50 pesetas.

Raimundo de Miguel.

**POESÍAS**

SEGUIDAS DE UN APÉNDICE QUE CONTIENE LA TRADUCCIÓN DE LOS DOS PRIMEROS LIBROS DE LA ENEIDA Y VARIAS COMPOSICIONES LATINAS DEL MAESTRO FRANCISCO SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, VERTIDAS A LA LENGUA CASTELLANA EN VARIEDAD DE METROS.

Un tomo en 4.º, 7 pesetas.

**M. Siner de los Ríos**

Y  
J. AL DEGUER.

**Curso de Literatura Española**  
Apuntes crítico-biográficos  
y trocos selectos.

Un tomo de más de 750 páginas, 8 pesetas.

Rebolledo.

TRATADO  
DE

**Construcción general,**

Segunda edición corregida y aumentada e ilustrada con más de 800 grabados intercalados en el texto, 48 pesetas.

G. De Amicis.

**EN EL OCÉANO**

(VIAJE A LA ARGENTINA)  
con una carta-prólogo del autor.  
Un tomo, 4 pesetas.

F. Chnet.

### ÚLTIMO AMOR

Un tomo, 3,50 pesetas.

Guy de Maupassant.

### NUESTRO CORAZÓN

Dos tomos; cada uno, 2 pesetas.

N. Koya.

### Oradores políticos.

(PERFILES)

EDICIÓN ILUSTRADA

Un tomo, 5 pesetas.

F. Boccell.

### EL TANNHAÜSSER

DE RICARDO WAGNER

Un tomo, 2 pesetas.

F. Verne.

### CÉSAR CASCABEL

Cuatro cuadernos, 4 pesetas.

A. Lanco.

### ROMANCIERO

DE

### DON JAIMÉ EL CONQUISTADOR

PREMIADO

por la Real Academia Española.  
Un tomo 3 pesetas.

S. Loti.

### LA NOVELA DE UN NIÑO

Un tomo, 2 pesetas.

N. Roy Díaz.

### HIERRO Y FUEGO

(POESÍAS)

Un tomo, 3 pesetas.

P. Bourget.

### CORAZÓN DE MUJER

Un tomo, 2 pesetas.

Campoamor y Valera.

### La Metafísica y la Poesía.

Un tomo, 3 pesetas.

### FRESCOS DE GOYA

en la Iglesia de S. Antonio de la Florida

Grabados al agua fuerte por Galván. Obra premiada. Texto de D. J. Rada y Delgado. Un volumen folio, encuadernado en tela, 40 pesetas.

### LOS SECRETOS DE LA BELLEZA

DE LA CARA Y DEL CUERPO

### DEL HOMBRE Y DE LA MUJER

TRATADO COMPLETO

DE HIGIENE Y EMBELLECIMIENTO

Un volumen en 8.º, encuadernado a la inglesa, 3,50 pesetas.

U. González Serrano.

### ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Un volumen, 2,50 pesetas.

O. Fenillet.

### HONOR DE ARTISTA

Un tomo, 3 pesetas.

Xavier de Montépin.

Pesetas.

La Hija de Margarita.....	15
Madame de Trèves.....	3
El último Duque de Hall.....	3
Una Nueva Bailarina.....	2
Simona y Maria.....	6
El Proceso de Saint-Maixent.....	2
La Condesa de Rahón.....	2
La Confesión de un Bohemio.....	3
El Vizconde Rafael.....	2
La Fatalidad.....	1,50
La Venganza del Vizconde.....	2,50
Pivoine.....	1,50
Mignone.....	2
El Secreto de la Condesa.....	2,50
El Chalet de las Lilas.....	7,50
La Señorita de Compañía.....	5
La Perla del Palais-Royal.....	2
La Hija del ASESINO.....	2
El Secreto del Titán.....	2
La Sirena.....	2
Una Pasión.....	2
La Gitana.....	2,50
Los Amores de Olivier.....	2
La Amiga del Marido.....	2
El Médico de los Pobres.....	2
El Castillo del Águila.....	2
Genoveva Galliot.....	2
El Crimen del Teniente.....	2
El Hijo Adoptivo.....	2
Blanca de Présles.....	2
El Incendiario.....	2
La Metamorfosis de Ovidio.....	2
Mamá Lisou.....	2
La Condesa de Keroual.....	2
Perina Rosier.....	2
El Consejo de los Doce.....	2
Perdita.....	2
Cortesana y Duquesa.....	2
La Matrona.....	2
Una Araña Parisiense.....	2
La Baronesa de Worms.....	2
Dinah Bluet.....	2
La Vizcondesa Germana.....	2
Angela.....	2
Rigolo.....	2
Los Ojos de Emma-Rosa.....	2
La Celestina.....	2
El Rastaquouère.....	2
La Sonámbula.....	2
El Condenado.....	2
La Agencia Rodille.....	2
La Heredera.....	2
El Hotel del Gran Ciervo.....	2

Cuatro Mujeres.....	2
La Casa de Salud de Auteuil.....	2
Paula Baltus.....	2
Olimpia.....	2
Gabriela.....	2
La Casa Roja.....	2
La Mansión del Misterio.....	2
La Reina de la Noche.....	2
La Salpetriere.....	2
El Mercader de Diamantes.....	2
Arnoldo Desvignes.....	2
Una Familia Parisiense.....	2
La Novela de la Miseria.....	2
Los Amores de un Loco.....	2
El ASESINO de Marieta.....	2
La Mujer del Prusiano.....	2
El Marido y el Amante.....	2
La Hija del Maestro de Escuela.....	2
El Idiota.....	2
Juana-Maria.....	2
Maria-Juana.....	2
Adriano Couvreur.....	2
El Médico de Brunoy.....	2
El Parque de las Ciervas.....	2
El Compadre Leroux.....	2
Pascual Saunier.....	2
La Hada de los Sauces.....	2
La Caza de las Medallas.....	2
Berlanga de Sotas.....	2
El Casamiento de Lascars.....	2
Los Piratas del Sena.....	2
Joel Macquart.....	2
Las tres Hijas sin dote.....	2
La Condesa de Gordes.....	2
Las tres Hermanas.....	2
Por las Mujeres.....	2
El Príncipe Totot.....	2
El Vitríolo.....	2
Los Maridos de Valentina.....	2
La Viuda del Cajero.....	2
El Crimen de la Taberna Roja.....	2
El Marido de Ju-pa.....	2
El Vengador.....	2
El Bigamo.....	2
El Sonador Despierto.....	2
La Fiesta de Jagarnath.....	2
El Crimen de Auteuil.....	2
La Robadora de Amor.....	2
Historia de un Amor.....	2
La Cartomántica.....	2
La Hija del Loco.....	2
Las Golondrinas del Puente d'Arcole.....	2
El Proteo Parisiense.....	2
Pamela.....	2
La Señora de Franco-Boisy.....	2
El Marido de Margarita.....	2
La Condesa de Nancy.....	2

## COLECCION JUBERA

### TOMOS PUBLICADOS

- VOLUMEN I.—**Roberto Helmont**, (DIARIO DE UN SOLITARIO), por *A. Daudet*, que forma un volumen en 8.º con más de 110 fotograbados y 16 cromotipias. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.
- II.—**Treinta años de Paris**, (A TRAVÉS DE MI VIDA Y DE MIS LIBROS), por *A. Daudet*, con 118 fotograbados tirados en diversos colores y una elegante cubierta al cromo. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.
- III.—**Recuerdos de un hombre de letras**, por *A. Daudet*, con 98 fotograbados tirados en diversos colores y cubierta al cromo. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.
- IV.—**La lucha por la existencia**, por *A. Daudet*. Un volumen en 8.º con 12 fotograbados tirados en color, 8 heliotipias, y cubierta al cromo. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.
- V.—**Mujeres de artistas**, por *A. Daudet*. Un tomo en 8.º con 100 fotograbados y una elegante cubierta al cromo. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.
- VI.—**Urania**, por *C. Flammarion*, que forma un tomo en 8.º con 91 fotograbados y cubierta al cromo. Precio: 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en piel á la inglesa.
- VII.—**La Bella Nivernesa**, por *A. Daudet*. Un tomo en 8.º con 158 grabados y cubierta al cromo. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.
- VIII.—**Sor Filomena**, por *Edmundo y Julia de Goncourt*. Un tomo en 8.º con más de 90 fotograbados y una bonita cubierta al cromo. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.
- IX.—**Tartarin de Tarascón**, por *A. Daudet*. versión castellana. Un tomo en 8.º con más de 100 fotograbados y una elegante cubierta al cromo. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.
- X.—**Los hermanos Zemganno**, por *E. Goncourt*. Un tomo en 8.º ilustrado con fotograbados y cubierta al cromo. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado á la inglesa.
- XI.—**De mi cosecha**, por *A. Miralles*. Un tomo en 8.º ilustrado con fotograbados y cubierta al cromo. Precio: 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado á la inglesa.

